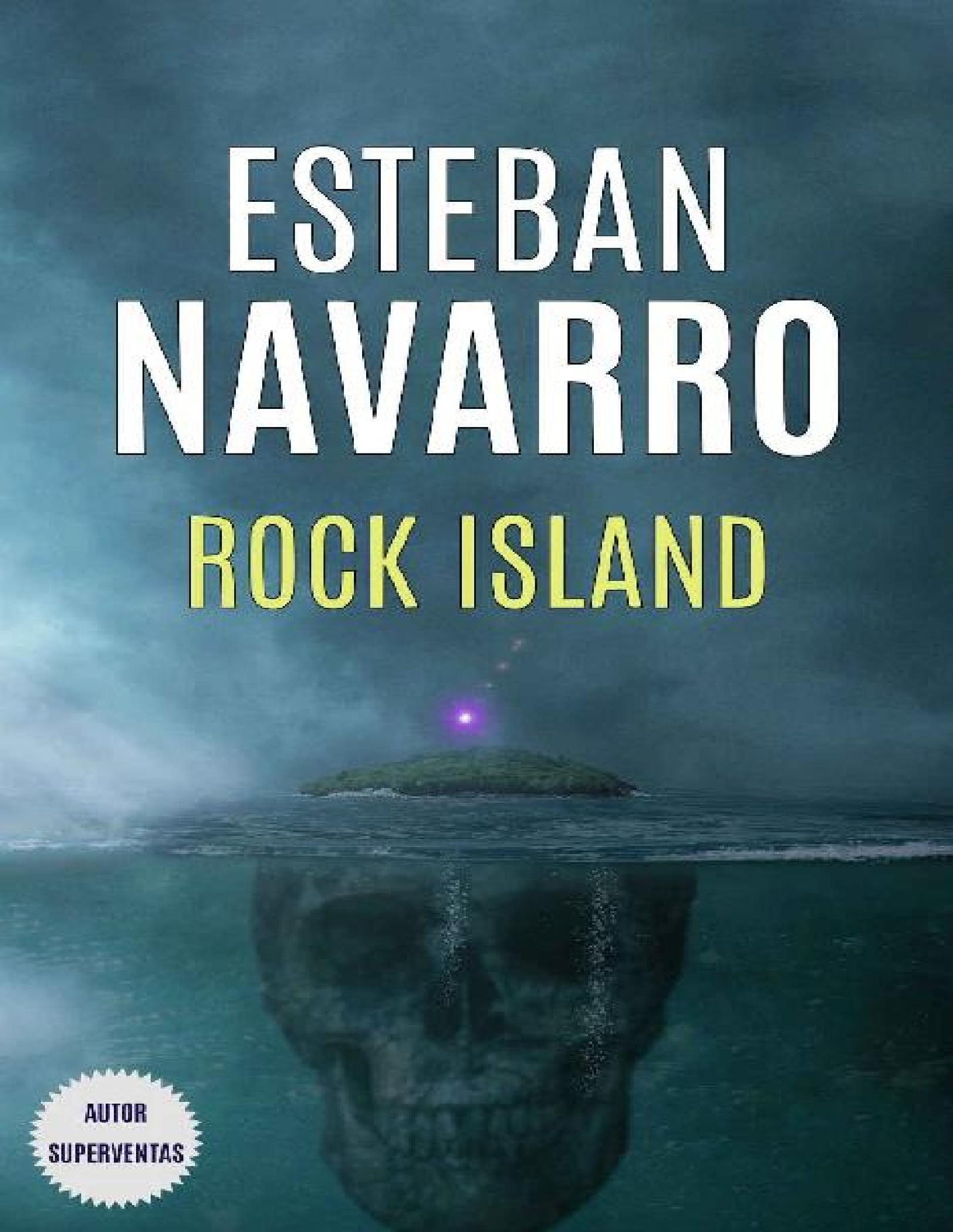


# ESTEBAN NAVARRO

## ROCK ISLAND



**AUTOR  
SUPERVENTAS**

# **ROCK ISLAND**

**Esteban Navarro**

© Esteban Navarro Soriano. Mayo 2020

esteban.orravan@gmail.com

Portada: Pixabay License

ISBN: 9798640150971

ASIN: B087NNRB25

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del titular del Copyright, bajo las sanciones establecidas por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y su distribución mediante alquiler o préstamo público de ejemplares.

*A Ester.*

*A Raúl.*

*A ti.*

Si te portas bien, me verás otra vez;  
si lo haces mal, me verás dos veces.

**Mulholland Drive** - *David Lynch*.

# Capítulo 1

Recuerdo que una voz femenina me preguntó la hora. Me giré para responderle y fue la primera vez que la vi. En ese instante eran las diez de la noche del tercer viernes de noviembre, justo seis semanas después desde que me decidiera viajar a Ho Chi Minh.

—Sí, claro —balbuceé con cierto nerviosismo—. Faltan cuatro minutos para las diez —le dije, emitiendo una inapreciable sonrisa.

—¿También vas a Vietnam? —me preguntó a continuación.

La chica expelía una mirada entre curiosa y cínica. Como si le sorprendiera verme en la estación y, al mismo tiempo, se burlara de mí. Yo recordé que esa misma pregunta, tal cual, me la había hecho mi madre cuando le comenté lo del viaje, unas semanas antes:

—Mamá, me voy de viaje.

—¿De viaje? ¿A dónde, hijo?

—A Vietnam.

—¿También vas a Vietnam?

Mi madre siempre iniciaba una pregunta anteponiendo un ‘también’ delante, como si ya conociera a alguien antes que hiciera lo mismo que tú hacías. Creo que mi madre no soportaba que yo fuese el primero en algo y por eso siempre tenía que haber alguien antes que yo.

—Sí. —respondí a esa chica—. Voy a Vietnam.

Desde esa estación partían trenes hacia dos direcciones opuestas: o a la frontera francesa o al aeropuerto. En la segunda opción, la del aeropuerto, había viajes a muchísimas ciudades. Yo iba a Madrid, porque desde allí esa noche había un vuelo directo a Ho Chi Minh. Un vuelo de veintisiete horas. Pero aquella chica me preguntó si viajaba a Vietnam. ¿Cómo coño podía saberlo ella?

—Qué coincidencia —chascó la lengua con garbo—. Yo también viajo allí.

Y emitió una sonrisa que le iluminó la cara. Entonces pude contemplar lo hermosa que era. Me llamó la atención que vistiera pantalones cortos cuando el frío en la estación era insoportable. Pero no me importó porque la chica tenía unas piernas realmente preciosas. Lo mismo que esa chaquetilla vaquera de entretiempo que no pegaba nada en el mes de noviembre. O esas botas Martens que le adelgazaban las piernas. O esa camiseta fina que transparentaba los dos botones de sus pechos.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunté.

—¿El qué?

—Que también viajo a Vietnam.

—El billete —me dijo señalando mi mano—. Lo sé por el billete. —Y elevó el suyo por encima de su cabeza y se lo pegó en la frente, como si fuese una visera.

Entonces miré mis manos tiznadas con el color azul del billete que sostenía entre los dedos. Lo aprisionaba entre el pulgar y el índice, en un intento inútil de controlar mis nervios. Incluso el sudor de mis manos empapó las cifras negras y las desplazó emborronándolas. Qué estúpido, me dije. Ella supo que mi destino era Vietnam, porque los billetes azules como el mío eran para los destinos internacionales.

—¿El de las cero horas y cuarenta y cinco minutos? —le pregunté.

—El mismo —asintió.

La megafonía advirtió que faltaba poco para que partiera el tren que nos llevaría hasta el aeropuerto de Barcelona. Unos cuantos viajeros se dieron prisa en asir sus maletas y formaron cola delante de una línea amarilla que marcaba la puerta del convoy. Me fijé que, al igual que yo,

los dos solo portábamos una bolsa de mano. Pocas alforjas para tan largo viaje, me dije.

—En poco más de dos horas estaremos a bordo del avión —me voceó para que yo la oyera entre el barullo de pasajeros subiendo al tren.

—Si todo va bien, sí.

—No me has dicho tu nombre —me gritó antes de subir.

—Javier. ¿Y el tuyo?

—Sonia.

Y su figura se perdió en el interior del vagón, como si fuese un fantasma desvaneciéndose al alba.

## Capítulo 2

Ya en el aeropuerto, observé como un taxi de color negro, con las puertas y el maletero amarillo, se detuvo ante la entrada principal. El pasajero era un hombre mayor, de unos setenta y cinco años. Estaba delgado y vestía elegante, con traje a medida, y era el orgulloso poseedor de una barba canosa muy arreglada. Solamente portaba una maleta de mano de color muy oscuro, con hebillas plateadas.

Cuando llegó al mostrador de la agencia de viajes, le dijo a una chica joven y de tez sonrosada:

—Tengo una reserva para el vuelo de las cero horas y cuarenta y cinco minutos.

Al escucharlo supe que ese hombre viajaría hacia Madrid en el mismo avión que Sonia y yo.

La chica tecleó en el ordenador y disipó el protector de pantalla.

—¿Su nombre? —le preguntó sonriendo de forma efusiva.

—Blas. Hice la reserva hace dos días desde una agencia.

La chica asintió con la cabeza.

—Tiene que hacer escala en Madrid, primero, y desde allí sale un vuelo hasta Ho Chi Minh. El fin de semana no hay aviones directos —le explicó con dulzura.

—Lo sé. Ya me lo dijo su compañera que me atendió, cuando compré el billete.

—¿Va a facturar equipaje?

—No.

La recepcionista siguió tecleando en el ordenador y en unos segundos la impresora escupió un folio que doblé y le entregó de inmediato.

—Que tenga buen viaje, señor.

El hombre se sentó en un banco que había casi enfrente de la agencia de viajes y muy cerca de donde yo me había sentado. A esa hora no había mucha gente en la terminal y escogió uno que tan solo estaba ocupado por una anciana de al menos ochenta años, que aprisionaba entre sus piernas una maleta de aspecto anticuado. La mujer tenía el pelo completamente blanco y vestía de oscuro. Lo más llamativo era una enorme cruz nacarada que le colgaba del pecho con una gruesa cadena de plata.

—¿También va usted a Vietnam? —le preguntó la anciana.

—Sí. A esta hora solamente hay este vuelo —respondió el hombre de la barba, sin mucho ánimo.

Luego se ladeó ligeramente, dando a entender que no le interesaba seguir con la conversación.

Miré hacia un panel de publicidad que teníamos enfrente y vi nuestro reflejo. Una anciana que parecía que fuese vestida de luto. Un abuelo, a juzgar por las arrugas de su cara, aunque al tío se le veía ágil y en buena forma física. Y un joven, yo, que todavía dudaba de si viajar a Ho Chi Minh era una buena idea o no. Pero después de un año horrible, decidí invertir el dinero del finiquito de la empresa de paquetería en un viaje aventurero. Lo necesitaba, necesitaba evadirme. Necesitaba olvidarme de todo, incluso de mí.

Sonia se entretenía en el quiosco de prensa hojeando revistas que cogía y dejaba en su sitio de nuevo. La tía estaba un montón de buena. Y lo sabía. Y si no, ¿por qué vestía con esos mini pantalones en pleno invierno? Me pregunté.

—El avión me lleva hasta Madrid y allí hago transbordo en otro vuelo —siguió hablando la anciana, ajena al gesto de desaire del hombre que se había sentado a su lado.

—No hay vuelos directos desde aquí el fin de semana —se molestó.

—Estoy un poco nerviosa, es la primera vez que subo a un avión y tengo miedo.

—Es comprensible.

—A usted lo veo muy tranquilo.

—Porque no es la primera vez que subo a un avión.

—¿Y la primera vez estaba tan nervioso como yo?

Él no respondió. Comprendí que quería que aquella mujer se diese cuenta de que no le interesaba para nada su conversación. Además intuí que ella buscaba hablar con cualquier pretexto. Supongo que ni él ni yo nos creímos que una abuela de ochenta años jamás hubiera subido a un avión.

—Voy a ver a mi hijo que vive en Ho Chi Minh —continuó hablando la anciana. El hombre sacó un libro de su maleta—. Así seguro que se le pasa el tiempo antes —le dijo mirando el libro.

—Aún falta un rato para que salga nuestro vuelo.

—¿Qué está leyendo?

—Una novela policíaca —respondió.

—A mí siempre me han gustado las novelas policíacas —alabó la mujer, mientras se pasaba un dedo por debajo del ojo—. Pero lamentablemente he perdido mucha vista en estos últimos años y ya no puedo leer como antes.

—¿No usa gafas?

—Debería, pero no me he terminado de acostumbrar a ellas.

La anciana se quedó mirando con descaro a su interlocutor.

—¿Es usted policía?

Él sonrió, mostrando unos dientes tan brillantes que no había duda de que eran postizos.

—¿Por qué me pregunta eso?

—No sé, como me ha dicho que lee novelas policíacas, he pensado que lo era.

—Pues no, señora —replicó irritado—. Leer novelas policíacas no lo hacen a uno policía.

—Entiendo.

Me percaté de que el hombre comenzó a otear hasta donde le alcanzaba la vista, buscando un lugar donde poder guarecerse del acoso de aquella anciana que se le empezó a hacer insoportable.

—Bueno, señora, la dejo tranquila que tengo que ir un momento al servicio —dijo cogiendo el libro y su maleta de mano.

Se levantó, marchándose y dejando a la anciana sola en el banco.

### Capítulo 3

Mientras esperaba en el aeropuerto, toqueteando el teléfono móvil, medité en el buen porte que tenía ese hombre que había dejado a esa anciana con la boca abierta. Por sus arrugas me convencí de que sobrepasaría la setentena, pero su aspecto era de alguien más joven. A través de la mampara de publicidad volví a ver mi propio reflejo, el de alguien poco atractivo para las mujeres. Parcialmente calvo, con entradas prominentes, una barriga de la que nunca conseguí deshacerme y un rostro vulgar. Mi única ventaja era mi edad: treinta años. Y mi altura y corpulencia, sobrepasaba el metro ochenta y tenía unos brazos grandes y unos hombros enormes. Pero la juventud y la fortaleza no lo hacen a uno atractivo.

—¿Cómo lo llevas? —me preguntó Sonia, surgiendo detrás de mí.

—Aquí, esperando.

—¿Conoces a alguien en Ho Chi Minh?

—No.

—¿Y dónde vas a alojarte?

—Un amigo me ha dicho que allí se puede alquilar un apartamento por cuatro perras.

—Sí. Eso me dijeron a mí también las otras veces que viajé allí. Y te puedo asegurar que es mentira.

Sonia aparentaba ser más joven que yo, quizá un par de años. Y me sorprendió que viajara sola.

—Te preguntarás por qué viajo sola —me dijo como si me hubiera leído el pensamiento—. En realidad este viaje lo planeamos con una amiga, pero en el último momento su madre enfermó gravemente y ella optó por quedarse haciéndole compañía. Y como yo no podía hacer nada por ella, decidí seguir adelante.

No creo que Sonia superara el metro sesenta de estatura, pero estaba delgada y su silueta era artística. Tenía unos ojos muy profundos que me dificultaban que pudiera mirarla directamente cuando conversábamos y de ella destacaría su pelo corto, como si fuese un chico haciendo la mili, y negro. Lo que más me costaba era no mirarle el piercing dorado del ombligo desnudo.

—¿Has estado en Ho Chi Minh alguna vez? —me preguntó ante mi silencio prolongado.

—No. Es la primera vez.

—Siempre hay una primera vez —dijo—. Yo he viajado varias veces. Cada vez mejor que la anterior —añadió—. Tengo muy buenos recuerdos de allí y por eso regreso.

Y cruzó las piernas, mostrando unos tobillos relucientes. Cuando levanté la vista, buscando un punto de desenfoco que me distrajera de mirarle las piernas, mi mirada se fue a dar de bruces con la de la anciana, que no nos quitaba ojo.

## Capítulo 4

Sonia me invitó a tomar un café en el bar del aeropuerto. A través de la cristalera pudimos ver a los abuelos que conversaban animadamente.

—Hacen buena pareja —me dijo.

—No son pareja —contravine.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque estaba sentado a su lado cuando se conocieron. De hecho, él no la soporta y se cambió de sitio para no hablar con ella.

—Pues ahora están juntos —sonrió.

Sonia se ausentó para ir al baño y yo me quedé embobado escuchando a los viejos. De momento supe sus nombres: Blas y Marta. Porque justo en ese momento se presentaron. Blas se quedó mirando el culo de Sonia mientras cruzaba el vestíbulo, y Marta, risueña, le preguntó:

—¿No será usted uno de esos viejos verdes que se chiflan por las jovencitas?

Él se contrarió profundamente, pero no se sintió ofendido en ningún momento.

—Disculpe, únicamente admiraba la belleza de esa chica.

Los dos se rieron y a mí me parecieron unos alcornoques.

Cuando Sonia regresó del baño, me preguntó por mi número de billete.

—¿Por qué?

—Para saber si viajamos juntos.

Extraje el billete del bolsillo de mi chaqueta y se lo mostré.

—¿Sí?

—No. No nos sentamos juntos. Tengo doce números más que tú. Al subir hablaré con la azafata para que nos deje sentarnos juntos.

Me fijé que el hombre del libro se había levantado, dejando a la mujer sola. Ella seguía sosteniendo entre sus dedos la cruz nacarada y la comenzó a frotar. Sonia también lo vio y se acercó hasta ella y le dijo:

—No tenga usted miedo, señora.

—¿Tanto se me nota?

—Yo todavía no puedo olvidar la primera vez que me subí a un avión —le dijo Sonia para tranquilizarla—. Las piernas me temblaban como un flan y apenas podía decir una frase entera sin que me rechinaran los dientes. Supongo que una nunca se acostumbra.

—Es la primera vez que viajo en avión —se sinceró la anciana—. Y no creo que llegue a acostumbrarme nunca.

—No se preocupe, mujer, si necesita algo yo estaré cerca de usted. —Y le frotó el brazo con cariño.

—¿Se sienta usted a mi lado en el avión?

Sonia se encogió de hombros.

—Déjeme ver su billete —le dijo a la anciana.

La mujer abrió una cremallera de la maleta que cobijaba bajo sus piernas y sacó el billete que protegía en una pequeña carpeta de cartulina azul.

—Veamos —murmuró Sonia—. Se sienta usted al lado de mi amigo —dijo señalándome con la barbilla.

Mientras las dos mujeres hablaban, se acercó hasta ellas el hombre que ya había regresado del baño y las saludó:

—Hola.

Sonia sonrió.

—Estamos aquí mirando el billete de esta mujer —le dijo—, y me he dado cuenta de que comparte asiento con mi amigo. —Me señaló con la mano otra vez—. ¿Me puede enseñar su billete?

—Sí, claro.

—Usted y yo compartimos asiento —comentó Sonia al ver el billete—. ¿Qué les parece si los intercambiamos? Así ustedes dos irán juntos y yo podré sentarme al lado de mi amigo —me volvió a señalar por tercera vez.

—No hay problema —aceptaron los dos al unísono.

Y Sonia intercambió su billete con el de la anciana, para sentarse a mi lado.

## Capítulo 5

La llegada a Madrid estaba prevista para la una y cincuenta y cinco minutos de la madrugada del sábado cinco de noviembre. Recuerdo que antes de que el avión despegara, Sonia sacó su teléfono móvil de la mochila y envió un mensaje de WhatsApp. Yo no tenía a nadie para enviarle un mensaje, pero me sentí estúpido por no hacerlo. Así que saqué mi móvil y envié un sms al número de mi ex. Como ese número lo dio de baja hacía unos meses, desde que cortamos, según dijo para que no la acosara, la muy estúpida, sabía que ese mensaje no llegaría a ningún sitio y se quedaría vagando por el espacio astral durante toda la eternidad.

Justo después de despegar el avión, Sonia me dijo:

—Me gusta la noche.

Su mirada se perdió por la ventanilla.

—Desean alguna cosa —nos preguntó una azafata, vestida con un impecable vestido rojo, cuando pasó por nuestro lado.

Sonia rechazó el ofrecimiento con un gesto amable de su mano. Yo la secundé. Antes de subir ya habíamos tomado un café en el bar del aeropuerto y no nos apetecía nada más.

En un par de minutos, ella ya había conciliado el sueño. La observé clandestinamente mientras se acurrucaba en el asiento. Delgada. Nervuda. Decidida. Incluso durmiendo sonreía. Unos cuantos asientos delante viajaban la pareja de ancianos con la que intercambiamos los billetes. Él estaba leyendo, mientras ella se mantenía despierta observando la cabina del avión, como si se estuviera preguntando si allí dentro había alguien.

Un balanceo del avión advirtió de la maniobra de la nave buscando la pista.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó Sonia con una voz ligeramente ronca.

Ella ni siquiera se enteró cuando el comandante avisó del aterrizaje. Y yo no la desperté al comprobar que llevaba el cinturón abrochado.

—El avión está tomando tierra —respondí.

En el interior del aeropuerto había mucha gente, pero también mucho silencio. El hombre se sentó en un banco vacío y extrajo el libro que había estado leyendo durante el viaje. De vez en cuando levantaba la cabeza y cruzaba la mirada conmigo. A su lado permanecía la anciana en silencio.

—¿Otro café? —me preguntó Sonia.

—Ahora invito yo —le dije.

Ella se quitó la chaquetilla vaquera y dejó los hombros al descubierto. El hombre del libro la miró con deseo.

—¿Por qué Vietnam? —le pregunté.

—Porque este año ha sido muy duro para mí y estoy cansada de trabajar. Necesitaba urgentemente unos días de descanso.

Una chica joven se acercó hasta nosotros desde el mostrador del bar. Limpió la mesa con una bayeta y nos preguntó:

—¿Qué van a tomar?

—Un café solo —respondió Sonia.

—Lo mismo —asentí.

Cuando la camarera se fue, Sonia me preguntó:

—¿Casado?

—No.

—¿Separado?

—Tampoco.

—¿Viudo?

—No tengo novia, si esa es tu pregunta; aunque la tuve... ¿Y tú?

—Soltera y sin compromiso.

—¿Llevas poco equipaje para un viaje tan largo? —le dije observando su mochila con pegatinas de monumentos de ciudades europeas como París o Londres.

—He metido todo lo que tengo en este macuto —lo palpó con una mano—. Vivía en un piso de alquiler y excepto la ropa que llevo, y la que hay en mi mochila de viaje, nada era mío; ni los muebles. Estuve estudiando veterinaria, pero como no he terminado la carrera no me puedo emplear en ninguna clínica. Así que hasta que no encuentre trabajo, no tengo donde caerme muerta.

—Es posible que no encuentres trabajo en Vietnam y el dinero se acaba pronto —le dije, pensando que esa era su idea del viaje.

—No me importa. Cuando se me acabe el dinero regresaré a Barcelona. Necesito despejarme lejos de aquí. Y cuanto más lejos, mejor.

La megafonía avisó de la pronta salida del vuelo a Ho Chi Minh, faltaban diez minutos para las cinco de la mañana. Los pasajeros comenzaron a desperezarse en los bancos. Me fijé un momento en el hombre del libro, aprovechando que no me estaba mirando. El tío se guardó las gafas de lectura en un portafolios y observé el brillo de sus ojos. A pesar de las horas intempestivas, y el rato que llevaba leyendo, su expresión era descansada. Alargó la mano hasta tocarle el hombro a la anciana que dormía a su lado y la balanceó un par de veces, desadormeciéndola.

—Señora, esta a punto de realizar su segundo viaje en avión.

La mujer bostezó y miró a izquierda y derecha, como si no supiese en ese instante donde estaba.

Sonia buscó su asiento, el número ocho. Ya me dijo durante el café que intentaría cambiarlo otra vez, para estar juntos. No sé cómo convenció a un pasajero de unos cuarenta años, que vestía elegante y portaba un maletín de ejecutivo, para que se cambiara por ella. Pero lo cierto es que yo prefería viajar en compañía de Sonia que con ese hombre. Presentí que entre ella y yo se había establecido un rollo muy bueno. Solo esperaba que perdurara lo suficiente como para que ella supiera que yo no era tan raro como podía parecer en un inicio.

## Capítulo 6

Llevábamos un montón de horas de viaje y Sonia se entretuvo la mayor parte del tiempo escuchando música.

—¿Qué estás escuchando? —le pregunté, señalando los auriculares del iPod.

—Jethro Tull.

—¿Es un cantante?

—Un conjunto de música. ¿No los conoces?

—No.

—Toma. —Extendió la mano entregándome uno de los auriculares—. ¿Qué te parece?

—Suenan bien —le dije cuando solo había escuchado unos pocos segundos.

—Es la canción Rock Island, del álbum del mismo título.

—Me gusta —comenté, devolviéndole el auricular.

El hombre del libro se giró un segundo y nos observó arrugando los labios.

—¿A qué hora llegaremos? —preguntó en voz alta la anciana, sin dirigir la pregunta a nadie en concreto.

—A las ocho, hora española —respondió Sonia desde su asiento y quitándose un instante uno de los auriculares de la oreja.

—Estoy muy nerviosa —dijo la mujer, agarrando con fuerza la cruz de nácar—. ¿Es normal que los motores hagan tanto ruido?

—Sí, es completamente normal —le respondió el hombre del libro—. Usted esté tranquila, que todo saldrá bien. Se lo digo yo que he viajado un millón de veces.

La anciana tenía razón, el ruido era ensordecedor. El avión cruzó un banco de nubes y la visibilidad en ese momento era nula.

—Es normal esto —pregunté tratando de que no se me notara nervioso.

Sonia me tocó el brazo.

—Estás temblando —me dijo.

El hombre del libro arrugó un puñado de folios que sostenía en las manos.

—No. No es normal. Por la hora que es ya deberíamos estar a punto de tomar pista.

Al fondo del pasillo estaban las dos azafatas con los rostros desencajados. Se miraban entre ellas y se percibía que no sabían muy bien como actuar. El avión se columpiaba como si fuese una hoja de papel cayendo desde un ático y se fuera a golpear con cada una de las plantas en su fatídico descenso.

—¡Nos vamos a estrellar! —gritó la anciana, tratando de ponerse en pie. Pero el ajuste de seguridad del cinturón se lo impidió.

Algunos objetos comenzaron a volar por encima de las cabezas de los pasajeros. Las azafatas se sentaron al lado de la cabina del piloto y se abrocharon sus cinturones. Yo comprobé que el mío estaba perfectamente anclado. La anciana agarró con fuerza el crucifijo. Sonia no hacía más que girar la cabeza y mirar en todas direcciones. Se quitó los cascos del iPod y los guardó en uno de los bolsillos de su mochila. El resto de pasajeros gritaban desgañitándose, sus rostros mostraban el horror. Ya no se veían las nubes. Ya no se veía nada. Un libro me golpeó la cara. Me toqué la sien con la mano y comprobé como sangraba levemente. Entonces me di cuenta de que el avión estaba del revés.

Hubo unos segundos de silencio. Todo se calmó hasta que un golpe seco rompió la tranquilidad. Y los gritos se apagaron.

## Capítulo 7

Busqué desesperadamente zafarme del agua que lo inundaba todo, cuando el océano estaba a punto de cubrirme la boca. Tosí un par de veces, a riesgo de ahogarme, y luego carraspeé para no agotar el aire que aún quedaba en la cabina. El cinturón de seguridad, oprimiéndome el estómago, me recordó que seguía en el interior del avión. Lo palpé con mi temblorosa mano izquierda, tensando el cierre para asegurarme de que pasara lo que pasara, yo seguiría ahí, amarrado. El restallido de unos cables iluminó la cabina el tiempo suficiente como para permitirme ver que mi camisa estaba empapada en sangre.

—¡Qué cojones! —mascullé.

Miré hacia la chica que viajaba a mi lado, pero en su lugar había un señor de unos cuarenta años que había colocado su maletín de ejecutivo entre las piernas, como si fuese un balón de gimnasia.

—¿Y Sonia? —le pregunté.

No me respondió porque su nuca se había dislocado y le salía media lengua por la boca. Enseguida me palpé todo el torso buscando el orificio por donde toda esa sangre se desparramaba por mi ropa. Traté de concentrarme siguiendo la estela del dolor que una herida me hubiera producido. Pero no había dolor, solo un amasijo de adrenalina que me inundaba como ese océano salado y frío que me rodeaba. El asiento delantero se había desencajado y me aprisionaba los pies. Leí una vez que para que se saliera de la guía el asiento de un avión, el impacto tenía que ser terrible. Entonces busqué con los dedos el cierre del cinturón. En ese instante pensé que lo mejor era que me soltara y me moviera libremente por el interior del habitáculo, si no quería morir ahogado bajo toneladas de aluminio, titanio y acero.

Mientras mis dedos se arrastraban por el cinturón recorriéndolo hasta dar con la hebilla, recapitulé mentalmente en esa nueva situación. Para entonces ya no tenía ninguna duda de que el avión había colisionado contra el océano. Fue cuando comprendí por qué las líneas aéreas siempre procuraban sobrevolar el mar, para que en el caso de accidente el avión no se desplomara sobre la población. Todos esos ridículos pensamientos asaltaban mi mente mientras trepaba por el conglomerado de asientos buscando la ventanilla para salir de allí.

—¿Cuánto tiempo tardarán en llegar los guardacostas? —me pregunté tratando de tranquilizarme—. Veamos, un avión de este tamaño no se estrella sin que desde algún centro de control se percaten. Es un Boeing, con unos doscientos pasajeros a bordo, por lo que en estos momentos habrá un montón de gente buscándonos.

Miré mi reloj y vi como marcaba las cinco de la madrugada. Pero esa era la hora de Madrid, por lo que allí, donde coño estuviera ahora, serían las diez de la mañana. El reloj se perdió bajo una lengua de agua que lo cubrió por completo. Luego contuve la respiración porque el agua me taponó la nariz. La boca. Los ojos. Todo era agua. En ese momento supe que iba a morir y comprendí que nada de lo que hiciese me salvaría. Solo tenía que abrir la boca y dejar que el océano llenara mis pulmones. Ojalá me hubiera roto el cuello como ese pasajero desconocido que viajaba en el asiento de al lado.

Para mi sorpresa, el nivel del agua descendió bruscamente y el aire volvió a moverse a mi alrededor. Recordé como en algunas películas ese era el instante de la muerte, cuando crees que estás vivo, pero en realidad tu cuerpo no es más que un tronco duro y pesado que se desliza lentamente hacia el abismo.

El fuselaje comenzó a chasquear emitiendo unos intermitentes crujidos, como si fuese un viejo barco manteniéndose erguido en un temporal. Pensé que si estaba muerto, o en fase de morirme, no

tenía sentido que percibiera una serie de sonidos que provenían del mundo de los vivos, como el del avión lanzando lastimeros llantos de su estructura fragmentándose. Entonces comprendí qué es lo que estaba ocurriendo: el fuselaje del avión se estaba colocando bien para hundirse definitivamente en el océano. Y si yo lo percibía es que aún no estaba muerto. La cola viró en redondo y la parte donde yo estaba se situó en la zona más alta, lejos del agua.

—¡Cómo en el Titanic! —grité.

Toda la estructura comenzó a resquebrajarse. Prácticamente no quedaba un espacio lo suficientemente grande como para que pudiera apoyarme y yo me sostenía por los pelos, agarrado a un asiento que en cuanto se soltara me arrastraría hacia el fondo. Era curioso pensar que el golpe de esos casi cincuenta metros que me separaban del agua, sería lo que me mataría. Distinguí el brillo de la luna posándose sobre el agua, como un espectador inanimado que no quisiera perderse el momento álgido cuando el avión se deslizase en lo más profundo de la oscuridad.

Algo me golpeó la cabeza. Era una bolsa de viaje. Luego volaron unas cuantas maletas y toqué un cuerpo con la mano. Distinguí entre penumbras el color rojo del uniforme de las azafatas. Una larga cabellera rubia se enredó en mis dedos húmedos. Entonces comencé a escalar hacia arriba apartando cuerpos malheridos, equipaje destrozado, trozos de metal retorcidos. Me giré y vi como el nivel del agua comenzó a subir bruscamente detrás de mí, tratando de atraparme en esa locura.

Lo último que recuerdo es que salté al vacío.

## Capítulo 8

Después de que el avión se sumergiera y me arrastrara unos metros, mi cuerpo comenzó a elevarse por encima de las olas. Al no ver el cielo, creí que estaba nadando hacia abajo. En algún documental de la tele había visto que en estos casos lo mejor es quedarte inmóvil y dejar que la corriente te empuje hacia la superficie. Y así fue. El ruido de las burbujas envolviéndome, apenas me dejaron escuchar el sonido del avión mientras se desencallaba y se precipitaba a la profundidad. Asomé la cabeza entre chaquetas, bolsos y teléfonos móviles. Uno de ellos me golpeó en los dientes y noté el sabor de la sangre en la boca. Pude bracear unos cuantos metros, los suficientes como para contemplar el fuselaje mientras se sumergía arropado por millones de burbujas de agua. Un remolino de pompas blancas de espuma lo cubrieron antes de que su cola desapareciera.

El agua no estaba fría, pero sabía que no tardaría demasiado tiempo en morir, porque mi cuerpo no estaba acostumbrado a esos dieciocho grados que habría en ese momento. Comencé a nadar en línea recta con un temor horrible a que el avión me arrastrara hacia el fondo en su inmersión. Conforme braceaba, mis piernas se transformaron en pesados troncos de madera que hubieran decidido dejar de obedecer mis órdenes. Sentí como si estuviera arrastrando una estatua de bronce cobijada entre mis rodillas. Mis dedos chocaron contra algo duro. Pensé que era un tablón de madera, pero al agarrarme no noté que se desplazara, por lo que supe que fuese lo que fuese estaba inerte. Traté de escalar notando como la sangre resbalaba por la punta de mis dedos y subí lo suficiente como para que mis pies dejaran de estar sumergidos en el agua. En ese instante tuve la sensación de estar a salvo; aunque no sabía dónde estaba. Me giré y miré el cielo. Vi la luna. Y cerré los ojos.

## Capítulo 9

Una luz punzante como un alfiler se me clavó en el ojo derecho y me obligó a abrirlo. Era como si alguien me estuviera señalando con un puntero láser. Al abrir los ojos vi que se trataba de los primeros rayos de sol. Me palpé la ropa y, a excepción de los zapatos de piel que seguían húmedos, el resto se había secado; aunque emitía un desagradable olor a moho. Rastreeé con la vista la superficie que me había cobijado y distinguí que estaba sobre una roca de un par de metros de ancho, aunque mucho más profunda, ya que incluso se empotraba en el agua. Me incorporé, ayudándome con las manos, y aprecié un manto de arenilla de color blanco. Caminé unos diez metros hasta que vi como, mezclada con la arena, había un conjunto de algas deshidratadas. Poco a poco comencé a comprender la situación. El avión se debió estrellar en algún punto entre Madrid y Vietnam. Y la corriente marina me atrajo hasta la playa de alguna de las islas que hay en esa zona, que, por lo visto, se cuentan por miles.

Mi reloj digital se estropeó y los números no estaban completos. Y mi teléfono móvil no sabía donde estaba. Seguramente saltó del bolsillo de mi chaqueta durante la colisión. Pero aunque se hubiera salvado, de poco me iba a servir, porque una vez se moja la batería es imposible ponerlo en marcha. Seguí caminando hasta que llegué a un grupo de palmeras que reconocí como las del fruto del salak. Tenían unos troncos estrechos de varios metros de alto y estaban repletos de salaks. Me tranquilizó saber que nadie los recogía, porque en el suelo había varios podridos.

Tomé conciencia de que estaba en una isla, que además no parecía excesivamente grande, a juzgar por el tamaño de la playa. Decidí remontar una pendiente serpenteada por arbustos, con intención de alcanzar la cima. Si conseguía llegar al punto más alto, podría divisar, con más claridad, donde me hallaba. En el camino me crucé con algún árbol frutal y varias plantas con aspecto de comestibles, pero como yo era muy poco campestre, y no tenía ni idea de supervivencia en la montaña, pasé por al lado como si tal cosa.

Antes de llegar arriba, cuando apenas me faltaban unos metros, deseé que desde la cima pudiera contemplar una ciudad moderna, llena de calles, coches y gente deambulando. Me ilusioné imaginando una especie de paraíso indonesio o malasio, lleno de gachís cariñosas con ganas de pasárselo bien. Pero cuando alcancé la parte más alta, comprendí que estaba en una isla despoblada. Lo supe porque había los restos de lo que supuse fue un faro. Una edificación de madera resquebrajada, algunos de sus tablones estaban hechos trizas, de no más de cinco o seis metros de altura.

—¡Hola! —grité con fuerza, pero nadie respondió desde su interior.

Antes de decidirme a entrar dentro, recorrí un par de veces el perímetro asegurándome de que no estuviera violando una propiedad privada. No quería meterme en un lío por acceder a un lugar que tuviese un propietario. Tenía que recordar que estaba en un país extranjero, cuyas leyes quizá no fuesen tan benévolas como las nuestras y el allanamiento de morada se castigara con pena de muerte.

Franqueé la abertura donde en tiempos tuvo que haber una puerta y me centré en un espacio de unos cuatro metros cuadrados donde, y a juzgar por los restos, debió residir el farero cuando ese faro funcionaba. Sobre una mesa desportillada había un cazo oxidado, un vaso metálico, un par de platos rotos, y medio tenedor. Imaginé que con la llegada del GPS ese faro había perdido toda razón de ser. Por una estrecha escalinata ascendí hasta la torre, hueca, el faro se lo debieron llevar, y en su lugar había una enorme palangana metálica que parecía una paella gigante. Desde allí vi el camino por donde había subido y se distinguía un trozo de la playa. Mirase a donde mirase, solo se veían rocas, arena y océano. De la parte trasera no podía ver nada, porque había

un bosque frondoso de mucha altura que me dificultaba distinguir parte de la orilla de la isla, pero sí que se veía el océano al fondo. Océano y más océano, hasta donde alcanzaba mi vista.

—Menuda mierda de isla —protesté como si alguien pudiera oírme.

Descendí cojeando por el mismo sendero que había transitado para subir, hasta que llegué de nuevo a la playa. El trayecto era tan corto que no tardé ni veinte minutos. Mi desesperación iba en aumento ante la certeza de que estaba en una isla desierta. Y me angustiaba estar allí solo, sin forma de alertar a nadie y sin alimento ni provisiones de ningún tipo. Tom Hanks se tiró cuatro años en *Náufrago* hasta que lo rescataron. Pero yo no sé si aguantaría tanto tiempo.

Estaba de pie en la playa, dando vueltas en círculos y mirando hacia el horizonte, cuando percibí dos siluetas que se dibujaban cerca de un conjunto de rocas que había en una de los vértices de la orilla. Fuesen quienes fuesen, venían caminando hacia mí. Y no sabía de dónde habían salido, porque desde el faro no vi a nadie ni a ninguna embarcación próxima. Y desde el lugar de donde venían no había nada.

—Es el chico del avión —gritó una voz femenina—. Lo he reconocido por la ropa.

Fue entonces cuando los reconocí a los dos. Eran los viejales con los que había coincidido en el avión. Los dos venían caminando por la arena como si estuvieran de vacaciones. Ni siquiera los percibí azorados e incluso antes de llegar a mi altura se entretuvieron señalando la parte alta de la isla, desde donde yo había bajado hacía unos minutos.

—Creí que no se había salvado nadie más —les dije.

—Es una alegría que estés aquí —comentó la anciana, formándose una amplia sonrisa en su rostro.

—¿Saben si se ha salvado alguien más? —les pregunté perturbado.

La mujer se sentó en el suelo con torpeza y el hombre se apoyó en uno de los árboles. No tenía que olvidar que rondaban los ochenta años y si yo estaba extenuado, ellos lo tendrían que estar mucho más.

—No lo sé —habló él, respirando agitadamente—. El océano me arrojó hasta la costa y allí vi a Marta, tumbada sobre la arena —la señaló con la barbilla.

—Yo he subido hasta allí arriba —señalé con la mano— y solo hay un faro de madera abandonado. Es una isla pequeña, de apenas unos kilómetros cuadrados. Y no creo que viva nadie aquí.

—¿Estás seguro de que es una isla? —me preguntó el hombre, con desconfianza.

—Seguro del todo. Está rodeada de agua por todas partes. Vamos, una isla de manual.

—¿Un faro de madera has dicho? —consultó de nuevo.

—Sí, desde aquí no se puede ver bien porque lo tapan los arbustos. Bueno, si os asomáis podréis ver la cúpula de la casa. Lo cierto es que parece una ermita.

—Pues será muy antiguo —afirmó como si supiera de qué estaba hablando; aunque yo sabía que no tenía ni puta idea—. Creo que en todo el mundo no hay ningún faro de madera, no resistiría el paso del tiempo sin un mantenimiento continuado. ¿Y el avión? —me preguntó a continuación.

—Ni idea. —Escogí los hombros—. Supongo que en el fondo del océano. Yo vi como se sumergió, pero desde que me desperté en esa roca —la señalé con la mano—, que no he visto ningún rastro del accidente.

—El avión tuvo que lanzar algún tipo de señal de socorro antes de colisionar —observó la mujer—. Es lo que se presume normal en estos casos. Así que seguramente los guardacostas nos estarán buscando.

—¿Y solo nos hemos salvado nosotros? —inquirí de nuevo—. Mira que había mogollón de pasajeros, creo que unos doscientos. O puede que más. Alguien más se ha tenido que salvar.

—Desconozco si por esta zona hay más islas —repuso el hombre con bastante acierto—. Quizá haya más supervivientes repartidos por aquí cerca. Bien, vamos a hacer una cosa —soltó de repente, recomponiéndose del agotamiento inicial—. Utilizaremos aquellas ramas —señaló hacia un grupo de árboles— y algunas de aquellas rocas, las más pequeñas, para escribir una señal de socorro lo suficientemente grande como para ser vista desde el cielo.

—Me parece bien —acepté obediente.

—Si pasa un avión de reconocimiento por aquí cerca y lo ve todo tranquilo, es posible que no vuelva a pasar durante mucho tiempo. Tú, Marta —se dirigió a la mujer que seguía sentada sobre la arena de la playa—, quédate aquí y descansa.

—Pero yo quiero ayudar —replicó molesta como una niña consentida.

—No. Es mejor que descanses hasta que no sepamos dónde estamos y con qué nos vamos a encontrar. ¿Cómo te llamas? —me preguntó, dirigiéndose a mí directamente.

—Javier —respondí algo molesto por su espontáneo liderazgo.

—Bien, Javier, yo me llamo Blas. Vamos a aquellas rocas —las señaló con la mano—. Cogemos unas cuantas piedras, las que podamos portar entre los dos, y escribiremos un mensaje en la arena lo suficientemente grande como para que lo pueda ver un avión desde el aire. Esta isla es tan pequeña que no creo que nadie sepa ni que existe. Y si la isla no existe, tampoco existiremos nosotros.

—¿Qué clase de mensaje?

Después de hacer la pregunta me sentí estúpido, porque supe la respuesta antes de que él me la dijese.

—Tenemos que caligrafiar la palabra ‘HELP’. Es el lenguaje universal de auxilio.

—Ya sé lo que significa help —proferí sin ocultar mi enfado—. Pero no tardarán en hallarnos porque a esta hora nos están buscando con desesperación. O quiero creer que lo están haciendo —me corregí yo mismo.

—No creas. Por lo que tengo entendido nadie sobrevive a un accidente de avión de estas características, lo que significa que lo que están buscando es el avión —subió el tono de voz con su última palabra—, pero no a los supervivientes. Quizá los únicos que se han salvado seamos nosotros tres.

La anciana frotó con la mano la cruz que le pendía en el pecho.

## Capítulo 10

Marta se puso en pie con una agilidad nada acorde a su edad y se quitó la chaquetilla de lana. Su falda oscura y floreada resaltaba sobremanera sobre el blanco de la arena. Se acercó anadeando hasta un grupo de palmeras de salak. En ese momento pensé que esa mujer jamás alcanzaría ninguno de esos frutos, a no ser que se encaramara en una escalera.

Blas y yo nos encaminamos hacia el grupo de rocas que indicó antes. Mientras andaba por la arena me dije que esas rocas no eran naturales, más bien parecía un espigón construido por alguien para evitar que el océano se comiera la playa. Eso explicaría la existencia del faro y el esfuerzo que supuso mantener esa isla visible para que ningún barco chocara contra ella.

—¡Agarra de allí! —me ordenó.

—¿De dónde?

—De esa esquina.

Y me señaló una roca que al menos tendría medio metro de ancho. La ausencia de aristas cortantes demostraba que había estado siglos sumergida en el agua o que alguien la había pulido.

—Cría de mejillones —mencionó Blas, justo cuando yo estaba pensando en por qué la roca tenía esa forma.

—¿Mejillones?

—Sí —se reafirmó—. Por lo visto alguien utiliza esta isla como paraíso de fin de semana. Conozco un montón de sitios así donde los pijos vienen a pescar y divertirse. Lo que significa que no estaremos aquí mucho tiempo. Antes de jubilarme regenté una carpintería durante cuarenta años y entre mis clientes tenía a una importante asesoría fiscal que me confesó que estaban hartos de confeccionar declaraciones de Renta para gente que ocultaba su dinero en paraísos fiscales. La de veces que me hablaron de estos parajes idílicos a donde se traían a sus amantes. Esta isla, estoy seguro de que es uno de esos lugares.

«Menudo gilipollas», pensé. Me estaba empezando a hartar su chulería.

Nos costó un esfuerzo colosal desplazar el primer pedrusco por encima de la arena. Cuando la dejamos en medio de la playa, y mientras recuperábamos el resuello, observamos a Marta como amontonaba pequeñas piedras, no más grandes que un ladrillo, formando frente a la palmera lo que parecía una escalera.

—¡Seguimos! —me dijo emitiendo una especie de sonrisa.

Cuando regresamos a las rocas, Blas se giró y miró lo que habíamos escrito en medio de la playa y me dijo:

—Esa será el punto de la señal de admiración.

—¿De qué señal hablas?

—Ya hemos convenido que hay que escribir la palabra HELP en letras bien grandes —me dijo—. Y para que esté correctamente escrita hay que hacerlo entre símbolos de admiración.

«Será idiota». «No solo había que escribir la palabra que él había escogido, sino que había que hacerlo en perfecta ortografía».

—No tenemos tiempo —objeté—. Con poner cualquier signo que delate nuestra posición, será suficiente. Incluso podríamos escribir ‘SOS’, más corto y más explícito.

Blas enmudeció durante unos segundos y yo sentí como si hubiera triunfado.

—Me parece una idea estupenda —soltó de repente, para mi incertidumbre.

A lo lejos, Marta seguía recogiendo varios salaks con la mano, los más próximos, y los iba dejando en el suelo sobre su chaqueta extendida.

—¿Cómo es la cima? —me preguntó Blas, señalando a la parte más alta de la isla.

—Despejada —respondí.

—¿Puedes ser más concreto?

—Es una llanura no demasiado extensa, de apenas unos metros cuadrados.

—¿Está limpia?

—¿Limpia de qué?

—¿De hierba?

—Sí. Solo hay tierra fina de color marrón y la arquitectura del faro.

—¿Hay sitio para guarecerse?

—Sí, claro. El interior del faro es una habitación. Aunque hay más mierda que en el palo de un gallinero.

—Dormiremos allí —aseguró dominante.

No le dije nada porque en eso tenía razón. El lugar más seguro para protegerse era la parte más alta de la isla y dentro del faro.

—¿Por qué? —nos preguntó Marta, acercándose hasta nosotros. Sobre su chaqueta doblada en los brazos portaba varios salaks.

—Si os fijáis —Blas se dirigió a nosotros dos—, todo esto está atiborrado de restos de algas marinas. Lo que solo puede significar que la marea sobrepasa la arena. Ergo dormir en la playa no es una buena idea.

«Ergo, ergo, ergo... ¡Imbécil!».

—Entonces, si estás en lo cierto —le dije—, mañana no quedará ni rastro de nuestra señal de auxilio.

—Es posible, es posible —repitió como un tarugo.

El sol se ocultaba en el horizonte mientras nosotros caminábamos hacia la cima de la isla. No hablábamos y cada uno se sumergió en sus propios pensamientos. Yo pensé en Sonia. Y me dije que también era mala suerte naufragar en una isla desierta en compañía de dos puretas; cuando lo ideal sería que los que estuviéramos allí, en esos momentos, fuésemos Sonia y yo. Me reconfortó pensar en las cosas que haríamos allá arriba, dentro del faro. Incluso me entretuve en imaginar como lo arreglaríamos para hacerlo habitable y como lo decoraríamos como si fuese una cabaña de la costa de Haití, con cuadros naif pendiendo de las paredes y cócteles tropicales esperando sobre una mesa de bambú a que los sorbiéramos.

—¿De qué te ríes? —me preguntó Blas, poniéndose a mi altura.

—Oh, nada. Me estaba acordando de un chiste que me contó un compañero de trabajo cuando le dije que me iba de viaje.

—Cuéntamelo a ver si me hace gracia.

—No lo pillarías —zanjé la conversación.

## Capítulo 11

Un manto de estrellas, luminosas y centelleantes, rellenaban el cielo azul oscuro. La temperatura había bajado al menos diez grados, pero aun así era soportable.

—Aquí será un buen sitio —dijo Blas, traspasando el hueco de la puerta—. Pocos turistas pasan por aquí, ni siquiera huele a orín —sonrió.

Y como si buscara que Marta y yo siguiéramos su ejemplo, el tío se sentó en el suelo y seguidamente se recostó de lado cerca de la mesa.

—¿Y si alguien ve la señal de socorro en la playa? —le pregunté, apoyado en el marco.

—Si alguien la ve no hay de qué preocuparse —respondió mientras apartaba con el pie unas latas de conservas, abiertas y oxidadas, que había en el suelo—. Si es un avión, cosa rara, ya que desde un avión es imposible ver la señal que hemos dejado en la playa, a no ser que vuele muy bajo, avisará por radio al aeropuerto más cercano y hasta mañana a primera hora no se organizará ningún grupo de rescate. Si es un barco, algo más probable, entonces no se irá sin nosotros.

Marta estaba caminando en círculos en el exterior del faro, como si todavía no estuviera segura de que quedarse a dormir ahí arriba fuese una buena idea. Mientras lo hacía acariciaba esa ridícula cruz nacarada que portaba colgada del pecho. Me sorprendió que el océano no se la hubiera arrancado cuando se estrelló el avión.

—El avión en el que viajábamos tuvo que hacer algún tipo de señal de socorro antes de precipitarse al océano —dijo tratando de autoconvencerse de que nuestra estancia en esa isla sería corta.

Y luego colocó las dos manos en su frente y se puso a otear el horizonte.

—Échate —le recomendó Blas, quitándose su jersey de marca y utilizándolo como almohada—. Es mejor que descanses y mañana ya veremos qué pasa.

Al tío no se le veía nada preocupado. Incluso parecía capaz de ponerse a dormir en ese faro como si estuviera en un campamento de fin de semana.

—No sé cómo puedes dormir —gruñí para que me oyera.

—No podemos hacer otra cosa hasta que no sea de día —replicó sin que se le percibiera molesto.

Marta accedió incómoda al interior del faro y se recostó con torpeza al pie de la escalinata. Pensé que si la temperatura seguía bajando no sobreviviríamos; nuestra única ropa era la que llevábamos puesta.

—¿Qué hay arriba? —consultó.

—Es donde estaba el faro —respondí—. Aunque ahora no hay nada, solo una sala vacía con el suelo carbonizado y una enorme palangana metálica.

—Eso es porque este faro sería de aceite —apuntó Blas sin abrir los ojos—. Por el estado en que se encuentra, y el hecho de que esta construcción sea de madera, quiere decir que es del siglo dieciocho, por lo menos. Y que yo sepa en esa época los faros eran de aceite o de leña. Y aquí no veo muchos árboles como para mantener una llama encendida.

—¿Qué crees que ha pasado? —le pregunté a Blas, antes de que se durmiera.

—¿Con el faro?

—No. El accidente.

—Esta zona es famosa por los accidentes de avión —murmuró desde el suelo.

—¿Famosa?

—Sí, es una zona conocida por los numerosos accidentes de avión y de barco. Aquí han colisionado más aviones y han naufragado más barcos que en cualquier otra parte del mundo.

De repente no me apetecía hablar con él. Ese tío era un listillo que sabía de todo, y lo que no sabía se lo inventaba. Me tumbé en el suelo boca arriba, cerca de la puerta de acceso, colocando las manos cruzadas por detrás de mi cabeza.

—Yo no me echaría ahí —cuestionó Blas, abriendo un solo ojo.

—¿Por qué?

—Esta isla puede que esté abandonada, pero estoy seguro de que hay especies autóctonas que sabrán apreciar un buen manjar.

—¿Qué clase de especies? —me incorporé atemorizado.

—No tengo ni idea, pero quizá haya zorros o algo de ese estilo. No creo que nos devoren, pero un mordisco en tus pies sí que podrás llevarte —señaló con la barbilla hacia mis pies descalzos que asomaban por fuera del hueco de la puerta.

—No hemos visto nada ni al llegar ni al subir a esta cima —repuse molesto.

La sonrisa cínica de Marta me indicó que el abuelo se estaba burlando de mí.

Recogí los pies hasta situarlos detrás del hueco de la puerta y me recosté de lado. Estaba tan agotado que no tardé en quedarme dormido. Lo último que escuché fueron los cuchicheos de Blas y Marta, en lo que parecía una animada conversación.

## Capítulo 12

Abrí los ojos cuando escuché un gimoteo a lo lejos. Me incorporé y noté que no había un músculo de mi cuerpo que no me doliera. Tenía la boca pastosa, un dolor de cabeza insoportable y me pinchaba el muslo de la pierna derecha. Giré la cabeza y gracias al destello de la luna pude comprobar como los abuelos estaban durmiendo; aunque Marta tiritaba de frío.

—¿Has oído? —le pregunté a Blas cuando abrió un ojo.

—¿Qué tengo que oír?

Le hice un gesto con la mano para que no hablara.

—¿Lo escuchas ahora?

Desde la playa llegaba el sonido de un gemido, como si un niño estuviese llorando.

—Ahora sí.

Blas se puso en pie y Marta se despertó de sopetón.

—Parece una gata en celo —dijo—. En el pueblo tenemos muchas y cuando llega la época de aparearse emiten unos maullidos parecidos a este.

Blas y yo nos acercamos a la vez hasta la esquina de la cima. Desde nuestra posición era imposible ver nada. Todo estaba oscuro y apenas se distinguían los finos rayos de la luna peinando la orilla del agua.

—Ahí abajo hay algo —musitó Blas, con un temor que no quiso ocultar.

—Serán esos pijos adinerados de los que me hablaste ayer —le dije—. Seguramente vendrán aquí por la noche a divertirse.

—No. No. Si fuesen turistas o piratas, tendríamos que ver las luces de las linternas. Pero ahí abajo está todo oscuro.

—¿Piratas? —nos preguntó Marta, asomando por nuestra espalda—. Quizá son gaviotas —sugirió.

—Las gaviotas no salen de noche —rechacé.

—¿Estás seguro? —me preguntó Blas.

—Sí —asentí; aunque no lo sabía.

El lamento que venía de la playa siguió aumentando su tono hasta hacerse insoportable. Hubo un momento que me pareció la bocina de un barco mercante avisando de su proximidad a la costa. Y lo quise compartir con ellos.

—Creo que puede ser un barco.

—No —negó tajante Blas—. Viví unos años cerca de una zona portuaria, y jamás había escuchado un sonido parecido. Y estamos en lo mismo: si fuese un barco se verían luces.

«El gilipollas tiene respuesta para todo», me dije.

Las nubes que cubrían el cielo comenzaron a abrirse lentamente, empujadas por una leve brisa que venía del horizonte. Fue entonces cuando la luz de la luna enfocó la costa lo suficiente como para distinguir algo cerca de la arena de la playa.

—¡Allí! —señalé con mi mano.

—¡¿Qué?! —preguntaron los dos a la vez.

Me di cuenta de que ninguno llevaba gafas y, dado su edad, seguramente no verían bien. Y más siendo de noche.

—Sobre una de las rocas donde cogimos las piedras esta tarde —les dije—, hay una silueta humana.

—¡Dios mío! —gritó Marta—. Se ha salvado alguien más. Corramos a decirle que estamos aquí —sugirió.

Yo pensé en Sonia y lo dije en voz alta.

—Quizá sea Sonia.

—¡Esperad! —nos reprochó Blas, poniendo su mano en mi hombro—. ¿Crees que Sonia sería capaz de emitir un lamento quejicoso como ese? —Y luego miró a Marta—. Y si fuese algún superviviente del accidente, ¿crees que se hubiera subido a esa roca a llorar, como parece que está haciendo lo que sea eso?

—A veces, en situaciones forzadas, la gente hace cosas insospechadas —le dije mientras comencé a descender de la cima.

—¿A dónde vas?! —me gritó el abuelo.

—A ver de cerca quien es. Sea lo que sea no será un monstruo —dije cuando inicié el recorrido hacia la playa.

—¿Estás seguro de eso?

Lo último que escuché fueron los murmullos de Marta cuestionando que lo que había allí abajo fuese una persona.

## Capítulo 13

Descendí a toda prisa, lo que daban mis piernas de sí, por el serpenteado sendero. Sabía que aquella figura era Sonia. Necesitaba que fuese ella. La imaginé allí, sentada. Llorando. Sus quejidos recorrían cada uno de los rincones de la isla como una mujer desvalida solicitando ayuda. En cuanto llegara a su altura la abrazaría con fuerza. Y sus manos se entrelazarían por detrás de mi espalda.

—Sonia, no sabes lo que me alegro de que estés viva —le diría hundiendo mi nariz en su pelo.

—Javier, qué suerte que estés aquí —replicaría ella mientras sonreía y con su mano me acariciaba los hombros.

Unas ramas me golpearon en la cara y me caí al suelo. Rodé varias volteretas hasta que fui a dar con una gruesa raíz que sobresalía de la tierra y me detuvo. Me puse en pie, tambaleándome, y continué descendiendo. Cuánto más cerca estaba de la costa, más agonizante se hacía el gemido de Sonia. Ella se había salvado del accidente, al igual que hicimos nosotros, pero se sentía sola y por eso nos llamaba desde la playa.

—¡Sonia! —grité—. Soy yo, Javier. Ya llego, Sonia. Ya estoy contigo.

—¡Detente, Javier!

Blas me estaba gritando a varios metros de distancia detrás de mí. No necesité girarme para distinguir su voz. Me sorprendió que un hombre de su edad pudiera correr tan rápido. De seguir a ese ritmo no tardaría en alcanzarme antes de que yo llegara hasta la roca.

—¡No sigas! —creí oír a Marta.

—¡Sonia! ¡Sonia! ¡Sonia! —comencé a gritar cuando pisé la arena de la playa y solo me quedaban un centenar de metros para llegar a la roca donde estaba ella—. Sonia, soy yo. Ya estoy aquí, cariño, no te preocupes por nada. No sabes cuánto me alegro de que también te hayas salvado.

La distinguí bajo el foco de los rayos de la luna que reflejaban su figura en el océano. No me podía detener y esperar a Blas y Marta. Detrás de un paso venía otro. Y otro. Y otro. Estaba tan cerca de ella que casi podía olerla. Solo tenía que dar un par de zancadas más y ya estaría a su lado.

—¡Cielo Santo! —grité, cuando apenas quedaban unos metros para tocar su espalda.

Ella giró la cabeza y me miró con unos ojos tan profundos que creí que me iba a volatilizar. Pero fuese lo que fuese lo que había sobre la roca, no era Sonia. Ni siquiera era humano.

## Capítulo 14

Los lamentos de lo que fuera eso se detuvieron mientras el brillo sosegado de la luna refractaba en su espalda acartonada. Era enorme, posiblemente pesaría una tonelada. Su cuerpo redondeado y fusiforme se había acomodado sobre una de las rocas de la playa. Tenía un color marrón pálido, que contrastaba con el blanco de la arena. Estaba tan cerca que pude distinguir como sus piernas entrelazadas finalizaban en una enorme cola que se sumergía en el agua, chapoteando de alegría ante mi proximidad. Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo cuando vi su rostro de morsa. ¿Qué coño hace una morsa en Indonesia? Me pregunté antes de que presintiera que había alguien detrás, a pocos metros.

—¡Corre, corre! —comenzó a gritar Blas desde el inicio de la playa—. Corre hacia aquí.

La luz de la escasa luna se reflejaba en su cabello canoso. Pude escuchar los gritos de Blas y Marta llamándome, pero mis piernas no respondían. El miedo las había paralizado por completo. Para salir de allí tenía que girarme y presentía que en cuanto lo hiciera, esa morsa saltaría sobre mi espalda y me devoraría. Sentí su aliento. Sus ojos, observándome. Entonces se ladeó, como si mi presencia allí no fuese una molestia para ella. Como si comprendiera que yo no era una amenaza.

—¡Detente! —insistió Blas.

Yo estaba caminando hacia la roca porque mis piernas no me obedecían y no podía detenerme; aunque lo intentara. Solo ansiaba estar frente a ella y tocarla. Quería abrazarla y acariciarla y decirle que todo estaba bien, que no pasaba nada. Yo solo quería que esa morsa fuese Sonia. Me acerqué tanto que vi como abrió la boca y contemplé sin espanto sus dientes afilados. El olor a pescado podrido era horrendo, pero en ese instante no me importó. Era como si su visión, mezclada con la musiquilla que surgía de su garganta y la ilusión de su boca abierta y el olor a podredumbre, no vinieran del mismo lugar.

—Javier —gritó una voz desde mi espalda, y enseguida reconocí quien era— Tenemos que irnos de aquí, ya.

Retrocedí un par de pasos hacia atrás sin girarme, mientras la morsa comenzó a arrastrarse por la arena de la playa hacia mí. Su única aleta desprendía un sonido similar a un chapoteo en el agua. Se desplazaba con lentitud, pero sabía que solo tardaría unos segundos en darme alcance.

—Sonia —la nombré al verla detrás de mí—. No sabes lo que me alegro de que hayas sobrevivido al accidente.

—No hay tiempo de explicaciones —me dijo cogiéndome del brazo—. Tenemos que salir de aquí y resguardarnos en los árboles antes de que ella nos alcance. Allí no podrá llegar —señaló con su mano hacia donde estaban Blas y Marta.

Yo miré de reojo a la morsa, mientras se arrastraba sobre la arena y no creí que fuese a alcanzarnos si nosotros salíamos de allí corriendo.

—Vamos —insistió Sonia—, ese animal puede caminar hasta diez kilómetros por hora sobre la arena, si se lo propone.

Entonces recordé que Sonia me había dicho que estuvo estudiando veterinaria, por lo que sabía de qué estaba hablando.

Comenzamos a correr hacia los árboles, donde estaban los viejos esperándonos con los rostros desencajados. Me sorprendió que él estuviese en cuclillas sosteniendo una enorme rama entre las manos, como si fuese un soldado medieval esperando el ataque de la caballería enemiga. No sé qué cojones iba a hacer con ese palo si la morsa nos atacaba, pero los viejos tienen esas estupideces.

—¡Vamos, vamos, vamos! —me gritaba Sonia, animándome para que corriera más rápido.

Hice el gesto de girarme mientras corría, pero Sonia me lo impidió tirando fuertemente de mi mano.

—No te gires —me ordenó—. Si la miras directamente a los ojos estamos perdidos.

Trastabillé cuando mis pies se liaron con unas algas y estuve a punto de caerme, pero Sonia tiraba de mí con una fuerza titánica. ¿Cómo podía esa chica tener tanta fuerza? Me pregunté cuando ya estábamos llegando a los árboles.

## Capítulo 15

Los cuatro nos reunimos al inicio de la cima. Blas mantenía en su mano la rama de un árbol, como si fuese un palo. Y Marta jadeaba al punto de la extenuación, como si hubiese sido ella la que corrió delante de la morsa.

—Te has salvado también —le dijo a Sonia mientras la abrazaba como si fuese su hija.

Vi como le pasó la mano repetidas veces por su pelo corto y negro.

—Vamos al faro —ordenó Blas, poniéndose delante y sin soltar el palo de sus manos—. Aquí no estamos seguros.

—¿Qué era eso? —pregunté conmocionado. Me sorprendía que ninguno de ellos quisiera hablar de ese monstruo que había en las rocas.

—Es lo que parece que es —fue la respuesta de Sonia.

—¿Una sirena? —exclamé sonriendo con ironía— Eso es imposible, las sirenas no existen.

—No —negó Sonia con la cabeza—. Es una morsa, pero sin colmillos. Ahora que la he visto he comprendido que las leyendas de los marineros estaban en lo cierto, ya que a cierta distancia y con ese canto que emite bien podría pasar por una mujer gruesa entonando una balada desde las rocas.

—¿Morsas en este clima? —cuestioné—. ¿Las morsas no están exclusivamente en climas fríos?

—Ya ves que no —me dijo sin modificar su semblante—. Seguramente la trajo alguien aquí cuando era una cría y no le ha quedado más remedio que adaptarse a este clima. Su capacidad de adaptación es similar al nuestro.

Cuando llegamos al faro, Blas le explicó a Sonia que nos habíamos refugiado allí, por estar más lejos de la playa. Añadió que hasta que no amaneciera no podíamos esperar a que viniera nadie a rescatarnos y le dijo que habíamos escrito en la playa, utilizando rocas y algas, una señal de auxilio. A mí me molestó que Blas hablara como si el faro lo hubiera descubierto él y como si la señal que se escribió en la arena hubiera sido idea suya, cuando el faro lo descubrí yo y la palabra que se escribió en la arena la decidí yo, pero por lo visto al viejo le gustaba ser el centro de atención.

—Lo que tenemos que hacer es avisar a los servicios de emergencias de que estamos aquí —dijo Sonia, mientras daba vueltas en círculos explorando la zona que había alrededor del faro—. ¿Ahí dentro no hay ninguna emisora ni nada parecido?

—Yo no he visto nada —respondí.

Desde la esquina de la cima nos asomamos a la playa y contemplamos como la morsa seguía allí, impertérrita. La tía había regresado a la roca y se había subido de nuevo.

—Parece una broma macabra —habló Sonia, castañeando los dientes—. Nunca imaginé que sería víctima de un accidente de avión y que sobreviviría. Y nunca imaginé que lo haría en una isla como esta.

—Pues mejor eso que nada —expelí resignado—. Al menos estamos vivos. Y teniendo en cuenta que nadie sobrevive a un accidente de estos, es mucho. Si no fuese por ese bicho que parece una morsa, supongo que tampoco estaríamos tan mal.

—No lo parece, lo es —perseveró Sonia—. Aunque no haya terminado la carrera de veterinaria, estudié lo suficiente como para saber que eso de ahí abajo es una morsa, pero con algunas modificaciones. No tiene colmillos porque quizá se los arrancaron. Y está a miles de kilómetros de su hábitat porque, como he sugerido antes, es posible que alguien la trajera aquí cuando era una cría y aquí se ha quedado, adaptándose al medio.

—¿Y cómo explicas lo de que cante? —me interesé.

—Tampoco creo que lo que hace la morsa sea cantar —explicó Sonia, palpándose los bolsillos de la chaqueta como si estuviera buscando algo—. Más bien es una musicalidad que surge de su garganta, posiblemente porque tiene cuerdas vocales.

—Una morsa con cuerdas vocales —sonrió Marta, como si lo que acabara de decir Sonia fuese una tontería.

—No te rías porque es cierto. —Se puso seria—. Las morsas tienen cuerdas vocales y pueden cantar, si se lo proponen.

—Vamos dentro, antes de que nos congelemos —ofreció Blas—. La temperatura está descendiendo mucho y hasta que no amanezca no podremos hacer nada de provecho ni alertar a nadie de que estamos aquí.

Sonia, que era la que más ligera iba de ropa, se acomodó bajo la escalera que subía al faro. Ni siquiera le importó la mierda que podía haber acumulada allí. Luego vi como siguió buscando lo que fuera en los bolsillos de su chaquetilla y supe que lo que quería era un cigarrillo. Pero no lo halló.

—Esto parece una pocilga —dijo mirando alrededor con ojos de asco.

—El hotel estaba lleno —repuso Blas, intentando ser gracioso.

Sonia sacó un teléfono móvil de uno de los bolsillos de su chaqueta. Y todos nos quedamos mirándola con asombro.

—¿Tienes un teléfono? —le preguntó Marta, curioseando. Yo estaba a punto de preguntarle lo mismo.

—No creo que funcione —puse el punto funesto—. Una vez que la batería de un teléfono móvil se moja, ya no hay manera de recuperarla.

—Es un iPhone —contradijo Sonia, como si a esos teléfonos no les afectara el agua.

—A ver —se inclinó Blas para comprobar el modelo—. Bah, a los únicos que no les afecta el agua son los de la serie diez para arriba. Este ya está muerto.

Marta arrugó el gesto, el comentario no le hizo gracia.

—Pues este se pondrá en marcha por mis cojones —profirió Sonia, apretando con insistencia el botón de encendido.

Yo me asomé de nuevo a la esquina para observar la playa, por algo era el que mejor vista tenía. Quería comprobar qué estaba haciendo la morsa y si en el horizonte se veía algún barco navegando.

—Sigue ahí —les dije al cerciorarme como su silueta no se había movido ni un ápice de encima de la roca.

—Quizá fue ella la que derribó el avión —comenzó a explicar Blas—. Ese cántico que entona se supone que obliga a los marineros a dirigirse a la costa hasta que se estrellan contra las rocas. No sabemos si también tuvo efecto sobre el comandante del vuelo.

Sonia lo miró como si estuviera desvariando.

—¿Lo dices en serio?

—Bromeaba, mujer. Pero no me negaréis que el parecido de una morsa con una sirena, no es significativo.

—Puto iPhone. —Sonia seguía obcecada en poner el móvil en marcha.

—Si tuviéramos arroz lo podíamos sumergir unas horas y se secaría la batería —dijo la anciana.

—Es una idea de puta madre —exploté—. ¿Lleva usted arroz encima?

—Todos estamos muy nerviosos —apaciguó Blas—. Propongo que nos protejamos aquí, donde la sirena no puede llegar, y con la luz del día todo lo veremos con más claridad.

—Dejad de llamarla ‘sirena’ —protestó Sonia, sin apartar la vista de la pantalla de su móvil —, ya os digo que es una morsa. O la mutación extraña de una morsa, pero no es una sirena — delectó despacio.

—Eh, mirad —señalé hacia abajo—. Allí se ve un barco.

No era un barco excesivamente grande, parecía una embarcación de pesca. Gracias a la luz de la luna pude ver como del barco se desprendió una pequeña embarcación. A pesar de la distancia, conté dos bultos.

—Dos marineros se acercan —les dije ilusionado con que alguien nos rescatara de la isla.

—No son marineros —susurró Blas, situándose detrás de mí—. Son piratas.

—¿Cómo lo sabes? —le pregunté al estar seguro de que desde esa distancia él no podía verlos.

—¿Qué coño hará un barco como ese a estas horas en una isla como esta? —fue su respuesta.

## Capítulo 16

A los únicos que podíamos ver con claridad a esos hombres, Sonia y yo, no nos inspiraron ninguna confianza. El barco nodriza se quedó embarrancado en el arrecife de arena que protegía la isla, mientras que dos marineros se aproximaron remando en una barca de pequeñas dimensiones. Me sorprendió que lo hicieran remando, lo que me dio una pista de qué tipo de gente eran. No había que ser ningún experto para averiguar que lo que esos querían es no hacer ruido.

—Por Dios —exclamó Sonia—, qué poca clase tienen.

Yo la miré de reojo, preguntándome por qué haría esos comentarios tan poco apropiados. Me sorprendía de ella su variabilidad, ya que lo mismo podía parecer una poligonera como una refinada pija.

Los marineros llegaron hasta la orilla con la barca y se quedaron en una zona donde ya no podían avanzar más. Los dos tíos que iban a bordo se bajaron y arrastraron la barca unos cinco metros hacia la arena de la playa. Luego cogieron dos petates de aspecto militar y se dirigieron hacia el primer grupo de árboles que había próximos a la pendiente que llevaba al faro, el mismo donde Blas y Marta se cobijaron cuando la morsa me llamó desde la roca.

—¿Qué hacen? —nos preguntó Blas, arrugando los ojos como si pretendiera ver lo que esos dos hacían allí abajo.

—Han dejado la barca en la arena y ahora están llegando a los árboles —respondió Sonia—. Llevan unos sacos en las manos.

—No hables tan alto —reprochó Marta—, no sea que nos oigan y sepan que estamos aquí.

—Pero qué cojones... —maldije.

—¿Qué ocurre? —me preguntó Blas.

—Mira —señalé hacia la roca donde al inicio de la noche se subió la morsa—. ¿La veis? ¿Veis a la morsa?

—Oh, sí. Ha vuelto a asomarse —dijo Sonia con temor.

Inmediatamente inició un cántico melodramático que pudimos escuchar perfectamente desde nuestra posición. Los dos piratas, o lo que fueran, se giraron y avanzaron un par de metros hacia ella. Luego vimos como se movían inquietos de un lado hacia otro, tocándose entre ellos, y basculando sus cabezas como si no supieran qué hacer. Parecían muy sorprendidos por la presencia de la morsa, y no era de extrañar, porque desde nuestra posición el espectáculo era todavía más terrible que desde la playa. Entonces comprendí el miedo que debieron pasar Blas y Marta cuando yo bajé corriendo hacia ella.

Uno de los marineros extrajo un machete del petate.

—¿Qué hace? —preguntó Marta, al ver que Sonia y yo emitíamos una mueca de desaprobación.

—Uno de ellos ha sacado una espada —dijo Sonia.

—Ni que estuviéramos en la Edad Media —fue el comentario de Blas.

—Shhhh —los silencié—. No es una espada, es un machete.

Los dos marineros se iban acercando, agachados, hacia la roca donde la morsa seguía de espaldas, entonando esa horrible melodía. Desde nuestra posición no podíamos distinguir sus rostros, pero aparentemente no se les veía preocupados o atemorizados. Más bien parecía como si quisieran cortejarla.

—Se creen que es una tía —sonrió Sonia—. Menudos paletos.

—Ya —se molestó Blas—. Por eso decimos que es una sirena.

—Les podríamos avisar —intervino Marta en susurros desde la puerta del faro.

—¿Cómo? —le pregunté.

—No sé, les podíamos gritar para que no se acercaran.

—No creo que sea una buena idea. —Blas se había situado entre Sonia y yo; aunque evidentemente desde esa distancia no podía ver lo que estaba ocurriendo en la playa—. Si esos dos de ahí abajo son gente de paz, advertirles hará que la sirena sepa que nosotros estamos aquí. Por eso no hay problema porque a estas alturas creo que ya lo sabe. Pero si esos —señaló con su dedo índice—, son gente mala, entonces sabrán que estamos aquí y quizá sean más peligrosos que ella.

—Venga ya, cómo van a ser más peligrosos unos piratas desalmados que una morsa asesina. —Se burló Sonia.

—Ella no puede caminar y arrastrándose tardaría mucho en llegar hasta el faro —comentó Blas con suficiencia—. Pero ellos nos alcanzarían en veinte minutos. Y además van armados con machetes. —Luego miró con desparpajo las piernas estilizadas de Sonia—. Y te recuerdo que son unos marineros que quizá no han visto a una mujer en semanas.

—¡Dios! —grité.

—¿Qué ocurre? —me preguntó Blas, mirando hacia abajo.

—Pero qué coño —profirió Sonia—. Uno de los marineros le acaba de asestar una cuchillada al otro por la espalda.

Blas se sentó en el suelo.

—Están compitiendo por el amor de la sirena —murmuró.

—Pero qué amor ni que ocho cuartos —le dije—. Esos dos deben tener alguna deuda pendiente y la están saldando a navajazos.

—No —se reafirmó Blas—. Ellos no creen que quien les reclama sea una morsa. Piensan que es una ninfa que está sola en la roca, entonando una melodía, y cada uno la quiere para sí.

—Esperad —intervino Sonia—. El que ha sobrevivido se está acercando a la roca.

—¿Qué hace ahora? —preguntó Marta, inquieta.

—La está abrazando. Le besa la cara y le pasa la mano por los hombros. Por Dios, qué asco. ¿No ve que es una morsa?

—Ya está —dije.

—¿Ya está qué? —preguntó Blas.

—Los dos han desaparecido bajo el océano —dije agónico.

—Es una cazadora —musitó Blas, retrocediendo hacia el faro—. Los embelesa con cánticos y cuando los tiene delante se los carga para comérselos. Pero...

—¿Qué? —lo animé a que siguiera hablando.

—¿Tú has sentido algo? —me preguntó.

—¿Sentir?

—Sí. ¿Si has tenido un impulso de ir hacia ella mientras estaba cantando?

—Ahora no. Antes, cuando estuve en la playa, puede que sí.

—Quizá su radio de acción sea limitado, como si fuese la señal de un teléfono móvil —sugirió Marta, sin tener mucha idea.

—No —espetó enérgico Blas—. Es la sirena quien decide a quién atraer y a quién no. Con su cántico ha conminado a uno de los marineros para que asesinara al otro. Y al que ha quedado en pie lo ha atraído hacia ella.

—Qué manipuladora —expelió Sonia.

—¿Ves los cuerpos? —le pregunté—. Uno de los marineros se ha sumergido en el agua con ella, pero... ¿dónde está el otro? El que ha acuchillado su compañero.

—Desde aquí no veo nada —respondió retirándose hacia atrás un par de pasos.

—¿Y dónde está? —insistí.

—Tiene que estar tumbado en la playa, sobre la arena.

—¿Estáis seguros de que está muerto? —preguntó Marta, temblándole la voz—. A ver si resulta que no está muerto y ahí abajo tenemos a una morsa gigante que mata marineros y a un marinero herido que viola mujeres.

—No digas tonterías —la increpé con rabia—. A ti quién coño te va a violar.

## Capítulo 17

Una estrella fugaz cruzó el firmamento de un lado a otro y desapareció en el horizonte. En el duermevela que me hallaba, con la tierra clavándose en mi espalda, pude escuchar a las dos mujeres cuchicheando. Frente a mí estaba Blas, recostado de lado, su boca vertía un hilillo de saliva sobre un cúmulo de tierra seca que el tío utilizaba como almohada. Era asqueroso.

Comencé a agobiarme con esa situación. Desde luego no iba a estar así, en esa isla de mierda, soportando a dos abuelos. Para una vez que me pierdo en una isla abandonada y tienen que estar esos dos ahí, dando la murga.

—¿Lo estáis oyendo? —les pregunté.

Entonces los miré y vi que los tres estaban durmiendo. Blas ya había dejado de babear y Sonia y Marta yacían recostadas debajo de la escalera de madera, acurrucadas como si fuesen una madre y una hija.

—Javier, Javier, ven...

Fuese quien fuese quien me llamaba, era una voz femenina y su voz provenía de la playa. Y de lo que no había duda es que me estaba nombrando. Me puse en pie y caminé hasta la orilla de la cima. En ese instante el clima era agradable y no hacía ni frío ni calor, como una primavera mediterránea. Y allí estaba ella, erguida sobre su roca. Se había girado y con el reflejo de la luna podía distinguir su gigantesco cuerpo. Lo curioso es que gracias a la distancia no me parecía un ser horrible, aparentaba ser una tía muy gorda con una cabeza enorme.

—¿Se puede saber de qué te ríes? —me preguntó Marta, asomándose por la puerta del faro. Parecía que seguía molesta por mi comentario anterior.

—Nada, no me hagas caso. Cosas que pienso.

—Pues no pienses y trata de dormir. No me hace gracia que estés ahí donde te puedan ver desde la playa. Te recuerdo que hay suelta una morsa gigante y un marinero herido.

—El marinero está muerto —aseguré—. Y la morsa es eso: una morsa. ¿Quién más me puede ver?

—Los marineros del barco.

—Están muertos —repetí.

—Uno, seguro. El otro, no lo sabemos —rebatí con arrogancia.

—Piensa lo que quieras —proferí malhumorado.

Constaté que los cánticos de la sirena solo los podía escuchar yo, porque de lo contrario la vieja lo hubiera comentado. Y entonces, como si el monstruo supiese que nosotros estábamos pendientes de lo que hacía, dejó de nombrarme. Me quedé ensimismado, peinando con mi vista la costa, las rocas, la arena y ¿el barco? Sí, el barco de los piratas seguía allí, varado en el arrecife de arena que no dejó que se acercara hasta la orilla. Fijé la vista lo suficiente como para distinguir un brillo que se desplazaba encima de la cubierta.

—¿Qué miras? —escuché que me preguntó Sonia, asomándose por mi espalda. La anciana se había introducido de nuevo en el interior del faro.

—El barco —le dije—. Creo que hay alguien paseando por la cubierta.

Sonia agudizó la vista ayudándose con las manos que colocó en su frente.

—Estás en lo cierto. Parece que hay alguien en la cubierta y está fumando. —Lo de la posibilidad de obtener tabaco la ilusionó—. Daría lo que fuese por un pitillo.

—¿Lo que fuese? —le pregunté resbalando mis ojos por su pecho.

—Salido —fue su respuesta.

—¿Qué habláis tanto? —Blas se sumó a la fiesta, parapetándose detrás de nosotros.

—Allí está el barco en el que llegaron esos hombres y parece que hay alguien en su cubierta —respondió Sonia.

—Lógico —nos dijo—. Ya supuse que los dos marineros que se acercaron a la playa, no serían los únicos de ese barco. Siempre se queda uno para vigilar por si acaso. No debemos olvidar que son piratas o contrabandistas, y no iban a dejar su barco a merced de otros que quisieran robarlo.

—Y está fumando —insistió Sonia, como si eso fuese lo único importante.

—Ahora es mejor que descansemos. Si la sirena hubiese querido atraer a ese marinero, ya lo hubiera hecho. Mañana, con la luz del día, todo lo veremos más claro. Sería una insensatez tratar de contactar con él ahora.

Yo miré a la barca que se balanceaba cerca de la playa.

—Cuando sea de día podemos acercarnos con la barca hasta el barco —les dije—. Y explicarle al marinero que queda lo que ha ocurrido en la playa.

—Él ya sabrá lo que ha pasado —interrumpió Sonia mis explicaciones—. No creo que esté ciego.

—No. No —me apoyó Blas—. Ten en cuenta que nosotros lo vemos todo porque estamos en la parte más alta de la isla. Desde aquí es sencillo ver todo lo que ocurre, pero desde abajo, a ras del suelo, no creo ni que sepa que sus compañeros están muertos. El hecho de que, siendo de noche, él esté dando vueltas por encima de la cubierta, significa que está inquieto. Mañana, como bien dice Javier, nos acercaremos con la barca y le contaremos lo sucedido. En cuanto lo sepa nos ayudará a huir de esta maldita isla.

—Esperemos que así sea —concluyó Sonia.

## Capítulo 18

El sol aporreó mi frente como si fuese una estaca tratando de incrustarse en mi cerebro. Tenía la boca tan pastosa que pensé que me despertaba de alguna resaca de fin de semana, cuando salía con los compañeros de la empresa de paquetería y nos perdíamos por los baretos del casco antiguo. Crucé el hueco de la puerta del faro y vi como Blas, Marta y Sonia, estaban sentados en un círculo cerca de la esquina de la cima. Sonreí al percibirlos como una tribu india en la ceremonia de la pipa de la paz.

—¿Qué hacéis? —les pregunté al acercarme a ellos.

—Marta es una tía de puta madre —sonrió Sonia, mostrándome su mano húmeda—. La tía ha estado recogiendo salaks para que podamos reponer fuerzas.

Me senté con ellos y cogí un par de piezas de esa fruta y las devoré enseguida.

—Menudo madrugón te has pegado —le dije sonriendo.

Ella no respondió.

—Siento lo de ayer —busqué disculparme.

—No te preocupes, todos estamos muy nerviosos —aceptó mis disculpas.

—Bajaremos hasta la playa y nos acercaremos hasta el barco, utilizando la barca de los marineros —nos dijo Blas, limpiándose la mano en su pantalón.

—No se ve movimiento —les dije mirando hacia el barco.

—Si te fijas en la cubierta —me dijo Sonia—, en la parte próxima al timón, o lo que sea aquello alto de allí —señaló con su mano—, hay un destello que bien puede ser de una botella de vidrio.

—No te entiendo.

—Pues que igual el tío se zampó una botella de ron y ahora está durmiendo la mona. ¿O es que no has visto Piratas del Caribe? —me preguntó arrugando los labios.

Cada vez entendía menos como esa tía podía haber estudiado la carrera de veterinaria.

Mientras descendíamos por el sendero, Marta y Blas iban delante conversando animadamente. Ella le contó que había enviudado hacía una década y que desde entonces se dedicó a vivir de su pensión. Tenía un hijo, por lo que escuché, pero no lo veía desde que falleció su marido. El chico, por lo visto, se había ido a vivir a Londres y no quería saber nada de su madre. Yo recordaba que durante el viaje, ella le había dicho que tenía un hijo, pero que vivía en Ho Chi Minh y que viajaba precisamente para verlo. En algún momento ella mintió o en algún momento yo no la entendí bien. Blas le contó que estaba jubilado, también, y que cuando trabajaba regentó una carpintería de al menos una docena de empleados, por lo que debería ser una carpintería industrial.

Sonia me hizo pasar a mí delante y ella caminó detrás.

—No quiero que me vayas mirando el culo —refunfuñó.

—Imbécil —dije sin que pudiera oírme.

En la playa apenas quedaba un esbozo de nuestra señal de auxilio. Tal y como predijo Blas, la marea se la había llevado. La barca de los piratas se había desplazado y había ido a dar contra una de las rocas próximas a donde se posaba por la noche la sirena. No sé por qué me dio por pensar que jamás alcanzaríamos el barco. Me ocurría como a los tenistas, que su campo lo ven enorme y el del contrario lo ven pequeño. Allí, desde la orilla, el barco se veía lejísimos.

Sonia comenzó a saltar sobre la arena, abriendo y cerrando las palmas sobre su cabeza, como si fuese una atleta calentando antes de correr.

—¿Se puede saber qué coño estás haciendo? —proferí enfadado.

—Hago señales para ver si el del barco nos mira.

Mientras saltaba se le veía el vientre berroqueño y el piercing del ombligo y pensé que con esos gestos el marinero se pondría cachondo y luego vendrían los problemas. Recordé cuando Blas dijo que esos hombres quizá llevaban semanas sin ver a una tía e imaginé la expresión de sus rostros curtidos en alta mar cuando vieran a un bombón como Sonia.

Marta y Blas se dedicaron a rescatar de las rocas la pequeña embarcación. El anciano se había sumergido en el agua y, hundido hasta la cintura, la empujaba hacia nosotros. Marta le hacía indicaciones desde la orilla para que no chocará con un grupo de rocas que había sumergidas.

—Un poco más a la derecha. A la izquierda. Cuidado con esa roca. Ahora, un poco más. Stop.

—Hay dos remos —gritó Blas como si esa fuese la mejor noticia del día.

Yo sabía quién sería el encargado de remar hasta el barco, por algo era el más joven de los dos hombres.

—¿No se puede acercar más? —preguntó Sonia, cuando Blas nos hizo indicaciones desde el agua para que nos subiéramos a la barca.

—Imposible —fue su respuesta—. Si acerco más la barca, después no podremos moverla sobre la arena con vuestro peso.

Mientras Marta se subía como podía, Sonia y yo caminamos dentro del agua hundidos hasta el pecho. Cuando llegamos y nos introdujimos dentro, mis ojos hicieron esfuerzos sobrehumanos para no mirar a esos dos botones negros que se le transparentaban en la camiseta mojada.

—Ten. —Blas me entregó un remo y él cogió el otro—. A ver si somos capaces de remar en línea recta.

Cuando apenas faltaban unos doscientos metros para llegar al barco, comprobé que ciertamente era pequeño. No más grande que una embarcación de pesca de las que había visto en el puerto de Barcelona. Por la sombra bajo el agua se apreciaba que estaba sobre un delta de arena que, seguramente, fue el motivo de que encallara y no pudiera avanzar más.

—Ya puestos podía haber venido a rescatarnos un crucero —refunfuñó Sonia, como una niña pequeña que se hubiera quedado sin regalo de cumpleaños.

No tuve tiempo a replicarle porque desde el barco alguien comenzó a disparar.

—¡Cubrios! —gritó Blas, quedándose sin voz.

No sé dónde coño nos íbamos a cubrir en una mierda de barca de menos de tres metros de largo, pero todos nos agachamos como pudimos. Me pegué un cabezazo impresionante contra la rodilla de Marta. Y lo primero que pensé es cómo podía esa abuela tener unas rodillas tan duras, ni que tuviera una prótesis de titanio.

—¡Somos gente de paz! —gritó Sonia, asomando una mano que balanceaba de un lado hacia otro.

—Esconde la mano —le grité—. A ver si te va a volar los dedos de una ráfaga.

—Friends —chilló Blas.

Pensé que si quien disparaba fuese adicto a las series de televisión, igual estaríamos salvados al escuchar 'Friends'.

Cuando tuve los arrestos suficientes como para asomarme, contemplé a un tío con cara de pocos amigos que nos miraba desde la cubierta del barco detrás del cañón de un arma larga. En sus manos sostenía un fusil y sus ojos le sobresalían de las órbitas, temblándole el pulso como si fuese un alcohólico con el mono.

—Friends. Friends —dije un par de veces, sin saber qué decir—. Pensé que, al igual que había hecho Blas, esa palabra inglesa tenía que ser la más conocida del mundo.

—¿Hispano? —me preguntó, relajando el brazo donde sostenía el fusil.

—Hasta el tuétano —suspiré.

## Capítulo 19

El tío nos explicó que eran estraperlistas; aunque creo que ni él sabía lo que significaba esa palabra. En realidad se dedicaban al contrabando del mejor postor. Utilizaban su conocimiento profundo de la zona para transportar cualquier encargo que les hicieran, mientras les pagaran bien.

—¿Incluso droga? —le preguntó Sonia.

—Por qué no te callas un rato —le dije con cariño.

No eran preguntas para hacerle a un tío con un barco con el que podíamos salir de la isla maldita. Nos contó que transportaban parafina y tabaco. Aunque hablaba español, nos costaba entenderlo. El barco se llamaba ‘Takdir’, por lo visto significaba ‘Destino’ en malayo. Esos tíos hablaban más idiomas que el Papa. No tenía bandera, lo que ya era sintomático de sus intenciones, aunque vimos que el estandarte llevaba en la parte de abajo varias banderas de distintos países. Unos profesionales, vamos.

—¿Parafina? —preguntó Marta con cierto temor. Quizá se pensaba que era algún tipo de explosivo.

Lo acompañamos hasta la bodega, descendiendo por una estrecha escalinata metálica, y nos quedamos absortos cuando contemplamos el mayor alijo de parafina del mundo. Allí había garrafas de cinco litros de ese aceite mineral como para inundar una ciudad pequeña.

—No sé para qué la quieren —se sinceró con nosotros el marinero—. Nos pagan por transportarla y nosotros no hacemos preguntas. De hecho, en lo que nos pagan también va el importe de nuestro silencio.

—Será para alguna clínica —anotó Sonia—. La parafina es utilizada como tratamiento terapéutico para lesiones musculares —nos explicó cuando comprobó que no sabíamos para qué se usaba.

—O para fabricar bombas —puso la puntilla Blas.

—También —aceptó Sonia—. Por eso es inflamable. Y escucha una cosa, señor...

—Humberto —respondió el marinero con galantería.

—Sí, señor Humberto. ¿Y el tabaco de contrabando?

Marta, Blas y yo nos miramos con desconcierto. Estaba visto que Sonia se moría por fumar un pitillo.

—Oh, sí. El contrabando de tabaco ya no es tan rentable como antes —sonrió, mostrando unos dientes negros de sarro—, pero seguimos incluyéndolo en nuestra travesía.

Abrió un armario de madera donde había un centenar de cartones de Camel.

—Dios mío —bramó Sonia—. Vicio del bueno.

Ella no se dio cuenta, pero Humberto la devoró con los ojos. Mientras observábamos el interior de la bodega, como si fuésemos unos turistas de fin de semana, el marinero nos dijo que habían anclado varias veces en esa isla y tenían mucha amistad con el farero.

—¿Qué farero? —le pregunté.

—El que cuida del faro —respondió elevando los hombros, como si le hubiera preguntado una estupidez.

—Se lo habrá comido la sirena —comentó Marta, con el rostro consternado.

—¿Qué sirena? —preguntó el marinero, repartiendo su mirada sobre todos nosotros.

Sonia le dio una explicación puramente veterinaria, mientras se encendía un cigarrillo que lanzó una columna de humo contra el techo. Le dijo que no era una sirena, sino que podía ser una mutación de una morsa, ya que su aspecto así lo indicaba, pero con rasgos humanoides. Nosotros nos quedamos embobados escuchando sus explicaciones. Y no porque nos pareciesen científicas,

sino por lo absurdas que eran. Una morsa es una morsa y una sirena es una sirena. Y punto.

—Una mutación con un cuerpazo —quise hacerme el gracioso; aunque nadie sonrió.

Mientras Humberto daba explicaciones del barco y en qué consistía su quehacer, yo me entretuve en observarlos a todos como si fuese un antropólogo perdido en una isla abandonada. Blas había sido carpintero y decidió viajar hasta Vietnam, solo. Imaginé que estaría divorciado, por su aspecto alegre y desenfadado y por su desenvoltura en todo lo que hacía. Sonia parecía más una choni que una veterinaria. Seguramente su principal afición sería la de pasarse los fines de semana bailando en una discoteca de polígono y fumando porros a tutiplén. La más singular era Marta. La mujer se había cubierto su pelo plateado con un pañuelo rojo y llevaba la ya característica falda floreada, doblada a la altura de las rodillas y atada con un trozo de cuerda fina. Sin medias, se le veían un conjunto de varices finas, ligeramente amoratadas, que indicaban que eran las piernas de una mujer mayor. A Humberto le debimos parecer un grupo heterogéneo de forasteros bien avenidos. Se le veía feliz porque estuviéramos allí, en su barco.

El interior de la bodega ofrecía un aspecto dejado, como en estado de abandono. Por el suelo había redes de pesca que según nos explicó las tenían para engañar a los guardacostas, diciéndoles que eran pescadores.

—Debemos darnos prisa —apremió Blas, sin prestar mucha atención a las explicaciones que nos estaba dando sobre el barco—. Falta poco para que anochezca y todavía tenemos que regresar a la cima de la isla, para cobijarnos en el interior del faro.

—Un momento, friend —le dijo tocándole el hombro. Y con la barbilla señaló una caja de madera semejante a un baúl.

Se acercó y de un puntapié la abrió de par en par. Sumergidos en trozos de corcho, como si fuesen electrodomésticos, había varias colchonetas dobladas.

—¿Quiere que nos quedemos a dormir aquí? —le preguntó Blas, con inseguridad.

—Claro, mis amigos. No hay ningún sitio tan seguro en todo el mundo como este barco —expelió orgulloso, mientras agarraba el fusil con el que nos recibió—. Este AK-47 nos protegerá de lo que sea —con su barbilla señaló hacia el techo de la bodega.

—Bien —chasqueó los labios Marta—. Tenemos un barco para irnos y un arma para matar a la sirena —los demás la miramos esperando a ver qué es lo que quería decirnos—. Pero yo propongo que nos marchemos ahora mismo de la isla con este barco.

Y seguidamente sonrió como si acabara de descubrir la piedra filosofal.

—Lamento decirles que eso no será posible —Humberto arrugó la frente, ya de por sí muy arrugada—. Si estamos aquí es porque el barco encalló al dejarse arrastrar a la deriva. El motor hizo *kaputt*.

—Significa roto en alemán —intervino Blas.

—Joder —sonrió Sonia—, también habla alemán el tío.

## Capítulo 20

—Plan B —siguió hablando Marta.

—Ya —sonreí con cinismo. No teníamos un plan A, así que no sé cómo sería el B.

—¿Qué alcance tiene ese arma? —le preguntó la anciana a Humberto.

—Mucho —fue su respuesta.

—Esperad —atajó Blas—. En el supuesto de que alguna bala alcance a la sirena, ella se refugiara en el océano y la perderemos de vista. Tampoco sabemos si es tan sencillo —se frotó la barba—. Supongamos que las balas no le hacen nada.

—Oye, Blas —intervine—. Es una sirena marina, no Superman.

Sonia se rio con ganas.

—¿Cómo sabemos que solo hay una? —volvió a preguntar Blas.

—¿Una sirena? —preguntó a su vez Marta.

—Sí. Hasta ahora siempre hemos visto una única sirena, pero podrían ser varias y no distinguirlas. ¿Vosotros sois capaces de distinguir un besugo de otro?

—Otra cosa más, por aportar algo —me aclaré la garganta para ganar tiempo y explicar bien lo que pasó por mi mente en ese momento—. ¿Y si la sirena no ha matado al marinero? Os recuerdo que uno mató al otro y el que quedó con vida desapareció, pero no vimos que la sirena lo matara.

—Vimos como lo arrastró hacia el fondo del océano —repuso Blas.

—Vivo. Vimos como lo arrastró hacia el océano, pero vivo.

—¿Qué nos quieres decir? —me interpeló Sonia.

—¿Y si no los mata? —me aclaré la garganta antes de hablar—. ¿Y si la sirena lleva los cuerpos a algún lugar oculto y permanecen allí hasta que se cansa o hasta que se escapan? No habéis pensado que quizá no los cazó, sino que los protegió. Y ahora están en un lugar seguro disfrutando del pescado que les trae esa morsa.

—Entonces —habló Sonia con cierto cinismo— ¿Qué propones?

—Quizá tenga razón —intervino Blas sin esperar a que yo respondiera—. Y es posible que el marinero que se llevó la sirena siga vivo.

—¿De qué estáis hablando? —se entrometió Huberto cuando nos vio discutiendo—. ¿Una sirena ha matado a mis compañeros?

—Es muy largo de explicar —le dije como si él fuera un zoquete—. En la isla hay algo, llamémosle un bicho, y por lo visto se ha cargado a tus dos amigos.

El tío torció el rostro como si yo estuviera loco.

—Nada de eso, mi friend, esos dos siempre están discutiendo y seguramente han cogido una borrachera inmensa y ahora están durmiendo debajo de algún árbol, después de lanzarse unos cuantos puñetazos.

A Humberto le salió un acento mexicano que nos hizo reír.

—Venga, vámonos —nos metió prisa Blas, mientras subía por las escaleras de la bodega.

—Mirad, tenemos comida y agua de sobra en este barco —nos dijo Humberto, mirándonos como si estuviera presenciando un partido de tenis—. Propongo encerrarnos por la noche aquí y mañana nos acercaremos a la isla a ver qué carajo pasa con ese pez del que tanto habláis.

—¿Y tabaco? —añadió Sonia, encendiendo su segundo cigarrillo.

Humberto abrió con torpeza un armario que estaba detrás de la escalinata y vimos un montón de latas de judías y garbanzos.

—Algo es algo —asintió Marta.

—Y esperen. —Se le iluminó la cara como si fuese un vendedor de pisos que acabase de

cerrar una venta—. ¡Tatachán! —bramó descorriendo una portezuela en cuyo interior había dos depósitos enormes de plástico—. Diez mil litros de agua. Pero no para ducharse —advirtió—, solo para beber. Para bañarse ya tenéis el mar —dijo mirando a Sonia, supuse que esperaba que ella se bañara desnuda en el océano—. Esas jarras de ahí —nos señaló dos jarras de hojalata de unos dos litros cada una—, podréis rellenarlas con el agua de los depósitos.

—Espera un momento —interrumpió Blas—. Supongo que este barco tendrá una emisora.

—Oh, claro —sonrió volviendo a mostrar una dentadura horrible—. Pero desde que encallamos aquí no funciona ni la emisora ni el móvil —dijo mostrando un iPhone cuya carátula tenía mierda para aburrir.

—Está bien —aceptó Blas finalmente—. Propongo esperar a que amanezca y un par de nosotros abandonaremos el barco remando con la barca de arriba. No sé cuánto nos podremos alejar, pero es una zona de tránsito marítimo y aéreo, por lo que en algún momento nos tendrá que avistar algún barco o algún avión.

—No estés tan seguro de eso, mi friend —contravino el marinero, respondiendo al comentario de Blas—. La probabilidad de que un barco vea una barca tan insignificante es tan remota que no creo que sea posible. Y de un avión ya ni te hablo. Somos como un grano de arena en una playa. —O en el culo, pensé yo—. ¿Y no es mejor esperar a que regresen mis compañeros?

Nosotros lo miramos sin decirle nada. Ese tío era tonto o se lo hacía, sus compis no iban a regresar, jamás.

—Nuestro avión se estrelló —siguió argumentando Blas—. Lo que significa que nos estarán buscando.

—¿Qué clase de avión? —se interesó.

—Uno muy grande —habló Sonia, inquieta—. Transportaba unos doscientos pasajeros.

—¿Y vosotros sois los únicos supervivientes?

—Sí —dijimos los cuatro a la vez.

—Veréis, no quiero ser aguafiestas, pero los accidentes de avión son habituales por esta zona y no se dan mucha prisa en buscar supervivientes, porque rara vez los hay. Nadie, absolutamente nadie, sobrevive a un accidente de avión —aseguró como si fuese un dogma.

Yo le hice un gesto a Marta desde detrás del marinero para que se tranquilizara. Me puse la mano en la sien para que ella comprendiera que ese hombre no era muy de fiar.

—¿Qué es esa caja blanca de ahí? —le preguntó Sonia.

—Un botiquín.

—Oh, botiquín y todo —sonrió—. Estáis preparados para lo que sea.

Sonia abrió la caja y comentó que era uno de los botiquines más decentes que había visto nunca. Y por lo visto, según nos dijo, vio muchos. Lo único malo es que casi todo estaba caducado, pero aun así tenía su utilidad. Le llamaron la atención varias cajas de medicamentos que ella reconoció enseguida.

—Zolpidem y Zopiclona —murmuró.

—¿Qué son? —me interesé.

—Son unos hipnóticos capaces de dormir a un caballo —fue su respuesta—. Supongo que están incluidos en el botiquín para, llegado el caso, poder operar heridas de gravedad. Eso explicaría las tijeras de cirujano y los dos bisturíes.

## Capítulo 21

Anocheía en la isla cuando los cinco nos resguardamos en el interior de la bodega del barco, cerrando la portezuela que había en la parte alta de las escaleras, la única salida a la cubierta. Humberto aseguró un pasador que encajó en un cerrojo tan estrecho, que estuvo unos segundos hasta que consiguió cerrarlo. Cuando descendió accionó un interruptor y se encendió una bombilla en el centro del techo que, por el haz de luz, apenas tendría sesenta vatios, pero era suficiente como para que nos viéramos las caras.

—Aquí no se come —protestó Sonia.

—Mañana —fue la respuesta de Humberto.

—Pues yo tengo hambre ahora —siguió protestando.

El marinero nos explicó que no se podía cocinar en la bodega del barco, porque no había ni salida de humos ni estaba preparada para hacer fuego. Nos emplazó a que por la mañana encendería las brasas en cubierta y cocinaría algo de la despensa, seguramente judías o garbanzos.

—Beber sí que se puede. ¿No? —Sonia arrugó los labios, como una niña malcriada.

—Sí, claro.

Y el marinero llenó una jarra metálica de agua que extrajo de uno de los depósitos de plástico.

—Si no fuese por el Camel iba a aguantar aquí dentro tu puta madre —profirió entre dientes, sin que Humberto pudiera escucharla.

—Tranquila —traté de apaciguarla—. Ya queda menos.

—Es mejor que no fumes aquí —amonestó el marinero—. Es un espacio reducido y el humo se condensará en el techo y nos dificultará respirar por la noche.

Una cosa estaba clara, Humberto era un tío de principios. Sin tiempo que perder me senté en un rincón muy confortable que había en la parte más alejada de la escalinata. Coloqué con cuidado la colchoneta que me tocó en suerte y me estiré sintiendo un pinchazo en la pierna derecha, como si me hubiera herido.

—Creo que es la primera vez que la cerramos por dentro —nos dijo Humberto, sacudiéndose las manos después de asegurar la portezuela—. Y desconozco cuánto tiempo aguantará la batería sin apagarse la luz —añadió para nuestro desconcierto.

Claro, pensé. La luz funcionaba con batería y esta se cargaba a través del motor del barco. Y si el motor estaba apagado, la batería no se cargaba. Y pensando en la batería le pregunté si tenía arroz.

—No. Teníamos —respondió—. Pero se nos acabó hace unas semanas y no lo hemos repuesto. ¿Para qué lo quieres?

Le iba a explicar que era para sumergir el teléfono móvil de Sonia en un recipiente con arroz para ver si se secaba la batería y volvía a funcionar, pero como pensé que no me entendería, opté por no decirle nada.

—Para comer —rechacé darle más explicaciones.

A través de las grietas de la superficie se vislumbraba la poca luz que aún quedaba del día. Humberto aprovechó para comenzar a extraer de un arcón varios objetos que dejó en el suelo sin mucho cuidado. Allí había quinqués, candelabros, gafas de buceo, cuerdas de nailon, cables eléctricos, una batería que parecía de coche y varias fundas de color negro que no sé para qué servían.

—¿Qué buscas? —le pregunté curioseando.

—Aquí está —suspiró como si acabara de hallar un lingote de oro. Y mostró un paquete roto de arroz—. Mañana te lo cocinaré yo mismo — me dijo para mi desconcierto.

—Vamos a acomodarnos —escuché que dijo Marta—. La noche será larga.

Se quitó la chaquetilla de lana y la extendió con sumo cuidado en el suelo, al lado de una caja de madera. Cuando se recostó en posición fetal la vi graciosa. A pesar de su edad, había adoptado una actitud juvenil, tumbándose como si estuviéramos en un campamento. Sonia seguía de pie, deambulando de un lado hacia otro, moviendo los dedos de la mano como si notara a faltar un cigarrillo entre ellos. Humberto se acercó con la mano extendida y al final de sus dedos sucios había un paquete de Camel abierto.

—Hubiera dado lo que fuese por otro pitillo —le dijo Sonia, alargando su mano y extrayendo un cigarrillo del paquete.

—¿Lo que fuera? —le preguntó Humberto maliciosamente.

Pensé que ese estaba más salido que un marinero que hiciera varios meses que no atracaba en un puerto. Y luego me reí por dentro al pensar que eso era precisamente Humberto.

—Solo un par de caladas y lo tiro —le dijo encendiéndose el cigarrillo y chupando como si estuviera sorbiendo por una pajilla de plástico.

Blas estaba toqueteando unas herramientas que había en una caja de madera con un escudo en su lateral.

—¿De dónde habéis sacado esto? —le preguntó.

Supuse que Blas percibió que esa caja no encajaba allí.

—Oh, lo hallamos en un barco a la deriva hace unas semanas. Lo encontramos en un trayecto en que transportábamos armas y requisamos todo lo que pudiese salvarse de su interior.

—¿Un saqueo? —preguntó Sonia, mirando la punta del cigarro como si fuese la estrella polar.

—No —negó rotundo—. Era un barco a la deriva, sin tripulación. Por esta zona siempre aparece alguno, ya que son barcos que se averían y sus patrones no tienen dinero para repararlos y los abandonan.

—¿Qué es, Blas? —me interesé al observar sus ojos de estupor.

—Herramientas de carpintero —respondió con ilusión—. Aquí hay todo lo necesario para acometer una reparación: una cinta métrica, un nivel, dos cinceles, dos martillos de diferentes tamaños, lápices, varias escuadras, sierras, un taladro manual, lijadoras, clavos y tornillos.

—¿Taladro manual?

—Sí. —Lo elevó por encima de sus ojos para mostrármelo—. Hacía años que no veía uno como estos. Es un taladro que funciona de forma manual. —Y giró una manivela con la mano, mientras la broca giraba—. Se tarda más en hacer un agujero, pero lo hace.

Nosotros perdidos en una isla fantasma y ese papanatas feliz porque había hallado un taladro que funcionaba sin electricidad, fue lo primero que me pasó por la cabeza.

## Capítulo 22

En algún momento me quedé dormido, pero no me di cuenta. Lo último que recuerdo es que Blas estaba explicando algo relacionado con la carpintería, mientras que Marta y Sonia susurraban desde su rincón. Me desperté cuando un fino haz de luz se colaba por una rendija del techo, lo que me indicó que estaba amaneciendo. En ese momento Blas roncaba como una locomotora. Marta no se había movido del mismo sitio donde estaba recostada cuando me quedé dormido y Sonia se había desplazado un metro hacia la izquierda. Se había echado boca arriba y sus pechos apuntaban a la trampilla del techo.

—¿Habéis oído eso? —preguntó Blas, aturdido.

—¿Qué? —repuse.

—Los tablones de la cubierta han crujido.

—¿Estás seguro? —le pregunté.

—Sí, sé lo que es un crujido de la madera —afirmó con pedantería.

—Será el marinero —murmuré al percatarme de que no estaba en la bodega con nosotros.

—Shhhh. —Marta se había parapetado cómicamente detrás de una de las cajas.

—Podemos llamarlo —sugirió Sonia.

—No creo que sea una buena idea —cuestionó Blas—. Si hablamos en voz alta, la sirena nos puede oír desde la roca y delataríamos nuestra posición.

—Pero aquí estamos seguras. —Sonia se había puesto en pie y se sentó al lado de Marta.

—No creáis. La sirena no podrá correr por tierra, pero sí que puede nadar. Y nosotros estamos en un arrecife que tiene acceso desde el mar.

El viejo siempre pensando en lo mejor, me dije. Y mi espalda se mojó de miedo cuando caí en ese detalle, en que la morsa podía acercarse al barco nadando.

—¿Crees que es ella? —le pregunté a Blas, confiando en su criterio.

—No lo sé —fue su respuesta.

Y se puso en pie y se acercó hasta el pie de la escalera, donde estaba el Kalashnikov del marinero apoyado en la madera.

—A ver si te vas a hacer daño —bromeó Sonia—. Que las armas las carga el diablo.

Y las disparan los gilipollas, pensé.

—Ya sabía yo que la mili me iba a servir de algo —dijo cogiendo el fusil y observándolo con atención, como si estuviera buscando algo.

—¿Qué se supone que vas a hacer? —le preguntó Marta, mirándolo con inquietud.

Entonces yo me di cuenta de un detalle que hasta ese instante habíamos pasado por alto.

—¿Oís a la sirena cantar? —pregunté susurrando.

Los demás negaron con la cabeza, excepto Blas que seguía enfrascado observando el fusil.

—No se la oye —asintió Sonia.

Blas se había quedado inmóvil debajo de la trampilla, como si fuese una estatua de mármol. Tenía apoyado el fusil en su hombro derecho mientras apuntaba hacia arriba. El cañón del arma basculaba de un lado hacia otro, como si estuviera esperando el instante que alguien traspasara la portezuela para abatirlo.

—Espera, Blas —intervino Sonia—. ¿Y si es Humberto?

Humberto sabe que estamos aquí abajo y tan solo tiene que aporrear la puerta y decir que es él. Sea lo que sea lo que hay ahí afuera, no es el marinero. Luego nos fijamos que el pasador que aseguraba la trampilla del techo estaba cerrado, por lo que el marinero no podía haber salido. Pero allí, con nosotros, no estaba.

—¿Dónde está Humberto? —pregunté atemorizado.

—Tiene que estar aquí dentro. —Blas hablaba en susurros—. A no ser que haya otra forma de salir de la bodega, que no creo.

—No la hay —apuntó Marta—. Él mismo nos dijo que era la única forma de acceder.

Escuchamos un chasquido, como el de las ramas de un árbol partiéndose. Luego se escuchó un cuerpo deslizándose lentamente. Después pasaron varios minutos sin que ocurriera nada. Blas comenzó a relajarse o el arma le pesaba demasiado, y se la colocó en la cintura, como si fuese un bebé. Lo único que se escuchaba era la respiración ajetreada de Marta.

—¿Habéis oído? —dije en voz alta, cuando escuché unos pasos caminando.

—¿Pasos? —consultó Sonia.

—Sí, sí. Estoy seguro —aseguré ilusionado—. Son pisadas.

Nos tiramos al suelo cuando Blas descargó una ráfaga de disparos contra el techo de la bodega. Varias chispas saltaron del cañón del Kalashnikov y se estrellaron contra la trampilla. El ruido nos dejó sordos.

Levanté la vista y vi una columna de humo que salía del cañón. Más arriba estaban los ojos de Blas, conmocionados.

—¡Maldito idiota! —le dijo Marta, echándose las manos a la cabeza—. Allí arriba no estaba la sirena, porque la sirena no puede taconear —chilló.

—Tenemos que salir afuera y ver qué ha pasado —sugirió Sonia.

—Esperad. —Hice un gesto con la mano—. Todavía no ha amanecido del todo y en la cubierta no veremos nada.

—¿Y si es alguien malherido? —preguntó Marta.

—Cuando dices alguien te refieres a Humberto —añadió Sonia.

—Después de la ráfaga de disparos de nuestro amigo Clint Eastwood —lo miré con rabia—, no creo que haya nada vivo allí arriba.

## Capítulo 23

Blas, que para eso disparó, fue el primero en subir por la escalinata. Era gracioso verlo escalar despacio mientras en su mano derecha agarraba el Kalashnikov. El cañón apuntaba a la trampilla y los travesaños crujían a cada paso que daba. El sonido me recordó a un barco zozobrando. Sonia y Marta se habían quedado en un rincón de la bodega, detrás de unas cajas. Marta sostenía en la mano la cruz y miraba hacia el culo de Blas, mientras subía.

—¿No tendrías que ser tú el que saliera primero? —me preguntó Sonia.

—¿Yo, por qué?

—Eres el más joven.

—Sí, pero no hice la mili y no sé manejar un arma. Él —lo señalé con la cabeza—, sí que sabe. Ya habéis visto lo bien que dispara.

—Para que os quede claro, el arma se me ha disparado por accidente —se defendió.

—El arma se me ha disparado, se me ha disparado... —me burlé con descaro.

Entonces pensé que si quería tirarme a Sonia, tenía que demostrar mi valentía. Estaba claro que hubiera lo que hubiera allí arriba, estaría más seco que una mojava.

—¡Espera, Blas! —lo llamé—. Déjame pasar a mí delante.

Al tío le sudaba tanto la frente, que pensé que no vería una mierda cuando saliera a la superficie. Al oír mis palabras se quedó clavado en el penúltimo peldaño de la escalera.

—Tú ya has hecho bastante —le dije—. Deja que sea yo el que salga primero.

—Coge el fusil —me lo entregó extendiendo las dos manos como si me estuviera dando un trofeo—. No tienes que hacer nada, solo apretar aquí. —Me señaló el disparador.

—No —lo rechacé—. Yo no he disparado nunca con un arma.

Descorrí el pasador y empujé la portezuela con mi mano izquierda. Asomé la cabeza, girando trescientos sesenta grados, hasta que vi toda la cubierta del barco. Hacía frío y una leve niebla matutina lo humedecía todo.

—¿Ves algo? —me preguntó Blas desde abajo.

—No. La cubierta está desierta.

Apoyé las manos en los resbaladizos tablones y me vino un olor nauseabundo.

—Me cago en la puta —grité.

—¿Qué ocurre? —me preguntaron.

—Que eres un tirador de puta madre. Te has cargado a Humberto.

—¡Fue un accidente! —chilló perdiendo la voz.

El cuerpo del marinero estaba tendido junto al timón, al lado de una botella tumbada de ron, cosido a balazos, y en la madera del suelo había un charco de sangre.

La primera en asomar fue Sonia, que para eso era la veterinaria oficial del grupo. Su rostro reflejaba el espanto de lo que había ocurrido en la cubierta.

—¡Joder! Se ha cargado a Humberto.

—Sí. Y bien cargado —atiné a decir.

Marta subió con esfuerzo y cuando hubo colocado los dos pies en la cubierta, dijo ceremoniosa:

—Está muerto del todo.

—¡Tú y tu puta manía de jugar a la guerra! —le grité a Blas, en cuanto asomó su pelo cano por la trampilla.

—Javier, tranquilo. —Sonia me frotó el hombro—. Ha sido un accidente. Él no podía saber

que era Humberto el que estaba en la cubierta.

—Sí, me parece muy bien. Pero él era la única oportunidad de salir de aquí. —Miré hacia el cuerpo destrozado del marinero—. ¿O alguien más sabe reparar un barco? —chillé.

—No creo que él tampoco supiera —habló Marta, señalando el cuerpo con la barbilla—. Por eso atracaron en esta isla, para solicitar ayuda desde aquí.

Blas movía la cabeza de un lado hacia otro, buscando respuestas que le sacaran del atolladero donde se había metido con su acción y tratando de solucionar el conflicto.

—Deja el arma ya, me estás poniendo nervioso —le dije.

—Conservemos la calma, así no vamos a solucionar nada —se interpuso Marta—. Has hecho lo correcto. Ninguno de nosotros podíamos saber que era Humberto el que caminaba por la cubierta. La culpa ha sido suya por no advertirnos que era él, cuando sabía que nosotros estábamos en la bodega. Ahora no es momento de lamentos, ahora es momento de actuar. Hay que enterrar su cuerpo.

Cuando terminó de hablar levantó los ojos hacia el cielo para que comprendiéramos lo evidente de su reflexión.

—No habéis oído que un marinero jamás se entierra, sino que se arroja al mar —cuestioné.

Mi inconveniencia era más por lo de tener que cavar un agujero en la tierra, que por el respeto que pudiera sentir hacia Humberto. Y ante el silencio de los demás, seguí con mi argumentación.

—Deberíamos amortajar el cuerpo con mantas y subirlo a la barca y adentrarnos en el mar lo suficiente como para arrojarlo sin que su cuerpo regrese a la orilla.

—Entonces deberíamos atarle los pies con peso para que no reflote —sugirió Blas.

—Por Dios —se molestó Sonia—. Sois patéticos.

—Haced lo que os de la gana, pero su cuerpo no puede quedarse ahí tirado —insistió Marta—. ¿O alguno de vosotros se quiere quedar aquí con ese cadáver mirándonos?

Sonia se había agachado y estaba examinando el cuerpo con atención.

—¿Qué haces? —le pregunté con descortesía.

—Lo examino —respondió arrugando los labios—. Los disparos de Blas le han entrado por el abdomen y hay dos impactos en el muslo y en el hombro. No me explico qué hacía en la cubierta, de noche y solo, y por qué el pasador de la trampilla estaba cerrado por dentro.

—Me estás asustando —le dije tocándome el corazón—. ¿Qué estás insinuando cuando dices que la puerta se cerró por dentro?

—Pues eso mismo. ¿Cómo pudo salir Humberto si la puerta estaba cerrada?

Blas se había apoyado en la barandilla y sus ojos estaban como idos, por lo que no participaba en lo que estaba aconteciendo alrededor del cuerpo destrozado del marinero.

—¡Qué estupidez! —clamó Marta—. Tuvo que salir por algún otro sitio.

—No hay otro sitio —intervino Sonia—. Ya lo habéis visto.

—Pues alguno habrá —insistí—, porque no hay otra forma de explicar cómo está Humberto fuera y la puerta cerrada por dentro.

## Capítulo 24

Entre Blas y yo envolvimos a Humberto en dos mantas que nos trajo Sonia de la bodega. No sé qué olía peor, si el cadáver desangrado o las mantas llenas de mugre. El olor nauseabundo hacía que cada vez odiara más a Blas, porque su presencia me recordaba constantemente que estábamos amortajándolo por su culpa.

Cuando terminamos, nos quedamos observando el cuerpo tendido en el suelo, anudado toscamente con una cuerda.

—Tendremos que lanzarlo al mar cuanto antes. —Marta era la que más prisa tenía en deshacerse del cadáver.

—O enterrarlo —insistió Blas, retomando su idea inicial—. Nosotros no tenemos por qué conocer las reglas de marinería, y tal y como están las cosas creo que no es buena idea la de arrojar su cuerpo al océano. A ver si por nuestra inconsciencia se nos va a llenar la isla de tiburones.

—Pues no sería mala idea —habló Sonia encendiéndose un cigarrillo—. A lo mejor se pelean los tiburones con la morsa y terminan matándose entre ellos.

Entre los cuatro cogimos el cadáver, con el *rigor mortis* parecía que estuviéramos transportando un tronco de madera. Me fijé en Sonia, que parecía un camionero con el cigarro pendiendo de sus labios resecos. Aun así la vi guapa. Blas y yo lo agarramos por la cabeza, donde más pesaba. Mientras que Sonia y Marta lo cogieron por los pies. Con extrema dificultad bajamos por la estrecha escalera que nos separaba de la barca, con cuidado de no tropezar. Hubo un momento en que la cabeza del cadáver estaba en la parte de arriba, donde Blas y yo lo habíamos agarrado por los hombros; y los pies en la parte de abajo, donde las mujeres lo aguantaban por los tobillos.

—Ya no puedo más —nos dijo Sonia, escupiendo el cigarro que saltó de sus labios como un tirachinas y se quedó flotando en el agua.

—Venga —la animó Blas—, cuatro peldaños más y llegamos.

—¿Ya has pensado dónde lo vamos a enterrar? —le pregunté.

—¿Y por qué tengo que decidirlo yo? —se defendió.

—Porque tú eres el de la genial idea de enterrarlo —repuse con rabia.

—Dejadlo ya, por favor —protestó Marta, quejicosa—. Así no vamos a ninguna parte.

—Está bien —aceptó Blas—. En el camino que va hacia la cima hay una zona de arena blanda, donde nos será fácil hacer un agujero lo suficientemente profundo como para enterrar la mortaja.

—¿No habrá zorros? —le pregunté a Sonia.

—Aquí no hay zorros —respondió muy convencida—. De hecho lo único que podemos hallar en esta isla son aves.

—Y si hubiese alguno ya se lo habría comido la sirena —comentó Marta, provocando que Sonia y Blas se rieran como unos estúpidos.

Menudo hatajo de subnormales, pensé.

—Tenemos que darnos prisa —azuzó el viejo—. Lo que sí hay, y en cantidad, son mosquitos —dijo espantando con la mano un grupo que se estaba arremolinando alrededor de la mortaja.

—Perdón por interrumpir —habló Sonia con un tono de voz cómico—. Me ha parecido escuchar que habéis hablado de cavar un agujero. ¿Cómo pensáis hacerlo, con las manos?

—Sí. —Blas giró la cabeza hacia arriba—. Antes he visto un par de paletas de esas que utilizan los albañiles, en la misma caja de herramientas donde están los útiles de carpintería.

—Escuchad —les dije resoplando—. Este tío está muy muerto, por lo que no es necesario

andar con tantas contemplaciones. Os recuerdo que esto es un funeral, no una procesión.

Y sin añadir nada más, le pegué un empujón. El cadáver se cayó a plomo por el lateral de la escalera y se dio de bruces contra la barca.

Marta se santiguó.

—Virgen Santa —profirió—. Qué poco respeto por los muertos.

Blas aplaudió un par de veces.

—Muy bien, Javier. Ahora has conseguido que las entrañas del cadáver se remuevan y la pestilencia será insoportable.

—No perdamos más tiempo —animó Sonia, asomando la cabeza por la cubierta del barco y mostrando dos paletas, una en cada mano—. Y por cierto, no sé si sabéis que aquí hay una tabla.

—La tabla —chascó la lengua Blas, como si se acabara de acordar que en la cubierta había una tabla.

Arrastramos la barca hasta la zona donde menos agua había. Luego colocamos la tabla en el suelo, en la parte seca, y situamos el cuerpo encima, tratando de que estuviese centrado para que no se cayera cuando lo aupáramos.

Mientras caminábamos hacia el sendero de la cima, me dio por pensar que lo que estábamos haciendo se castigaba con pena de cárcel. Pero allí, en esa isla, todo estaba permitido.

—No puedo más —se quejó Marta, aflojando la fuerza sobre la tabla y facilitando que se torciera.

Nos agachamos y la posamos en el suelo. Una nube de mosquitos revolotearon alrededor del cuerpo.

—Aquí es un buen sitio para enterrarlo —sugerí al ver que estábamos al límite de nuestras fuerzas.

Blas pateó el suelo un par de veces.

—El terreno es duro —dijo.

—Pues cavaremos con más fuerza —repuse—. Pero estoy hasta la polla de acarrear este muerto que mataste tú —subí el tono de voz cuando dije la última palabra.

## Capítulo 25

—¿Qué ocurre? —me preguntó Sonia, cuando vio que yo me había quedado mirando un arbusto.

—Nada, nada. Esta zona del camino me da mal rollo.

—¿Por?

—Me siento incómodo estando aquí —le dije—. Tengo la sensación de que ya he estado aquí antes. Quizá en un sueño —rechacé comentarle nada más—. No me hagas caso, la estancia en esta isla me hace decir estupideces.

Sin tiempo que perder, cogí una de las paletas que trajo Sonia y me agaché comenzando a quitar tierra del suelo. Blas tenía razón y el terreno era arisco, pero nos costara lo que nos costara, conseguiríamos hacer un agujero lo suficientemente profundo como para enterrar el cuerpo de Humberto. Blas cogió la otra pala e hizo lo mismo un metro más arriba de donde me había puesto yo. Marta se sentó en una piedra y se secó repetidas veces el sudor de la frente, mientras que Sonia se encendió un cigarro con amargura.

No sé el tiempo que pasó, solo sé que tenía las manos y la espalda destrozadas de tanto quitar tierra, al principio, y piedras, después. Blas se puso en pie y se metió dentro de la zanja, girando trescientos sesenta grados como si fuese la bailarina de una caja de música.

—Hay que profundizar más —expelió.

—Pues yo creo que cabe —contradije.

—Sí, pero el cuerpo tiene que estar bien sepultado para que las alimañas no puedan olerlo y sacarlo.

—¿Qué alimañas? —sonreí—. Aquí la única alimaña que hay es la sirena.

—No hay ningún animal —resopló Sonia—. Ya os lo he dicho. Como mucho algún ave.

Le hice caso y seguimos cavando al límite de nuestras fuerzas. Entretanto, Sonia se fumó el paquete de tabaco entero y Marta se retiró a buscar, luego lo supimos, algo de fruta para que repusiéramos fuerzas. Halló unos salaks que estaban muy ricos; aunque tuve dudas de que fuesen venenosos. Pero ella nos dijo que no existían los salaks venenosos, pese a que parecían pequeñas serpientes enrolladas. La creímos.

—Ahora sí —profirió Blas midiendo con los brazos el agujero del suelo, en un movimiento que me pareció circense.

Colocamos la tabla al lado del hueco y tiramos fuerte de la manta para arrastrar el cuerpo. Pero se deshicieron los nudos y el cadáver quedó a la vista. Era una visión atroz. Aparte del deplorable aspecto de Humberto, destrozado y manchado de sangre, le faltaba un ojo y ofrecía un aspecto terrorífico.

—Cielo Santo —gritó Marta—. Tapadlo, por lo que más queráis.

Sonia arrojó el cigarro que sostenía en su mano sin encender y deslizó la manta por encima de la cabeza del cuerpo. Al hacerlo se cayó al suelo un paquete de Camel que el marinero portaba en su bolsillo. Lo cogió y lo apartó. Me pareció un gesto de lo más salvaje que podía verse en esa isla: la de robarle el tabaco a un muerto.

—Él no se lo va a fumar —fue la respuesta a mi mirada.

—¿Y si lo dejamos aquí? —ofrecí, queriendo ser práctico.

—Javier, por favor —me reprochó Blas—. Un poco de humanidad.

—Pues entonces, señor sabelotodo —repliqué fastidiado—, lo podríamos dejar en la arena de la playa y ya verás como la morsa da buena cuenta de él.

—¡Anda! —insistió Blas, sin hacer caso de mi comentario—. Ayúdame a envolverlo otra vez

en la manta antes de enterrarlo.

Sin seguir su recomendación, empujé el cuerpo con el pie desde la tabla y giró cayendo en medio de la zanja. Luego cogí la manta y lo cubrí.

—Venga, ahora ya podemos taparlo.

Y cogí mi paleta y comencé a echar tierra por encima.

—Espera —me detuvo Marta, elevando la mano.

Y se colocó en la punta del hoyo e inició una plegaria por el alma del difunto, mientras agarraba con fuerza la cruz de su pecho. En medio minuto ya estábamos sepultándolo.

—Regresemos al barco —nos dijo Blas con semblante de preocupación—. No tardará mucho en anochecer y tenemos que protegernos en la bodega.

Mientras iniciamos el regreso, vi como Marta se había entretenido clavando una cruz rudimentaria que hizo con dos palos que recogió del suelo.

—Tenemos que tomar una decisión —Blas inició la conversación que nos traía de cabeza desde el barco—. Huir de la isla como sea o matar a la sirena para permitir que nos rescaten. No hay otra.

Sonia mostró un mohín de disgusto que no quiso esconder.

—Ya sabéis lo que opino —dijo—. No soy participe de asesinar a la sirena.

—Ya has aceptado que es una sirena —sonreí con ganas.

—He aceptado que es un ser vivo y por su aspecto es un mamífero. Lo de llamarla sirena es para que vosotros sepáis a quien me refiero.

—Ya, ya —volví a sonreír—. Un mamífero carnívoro.

—Ríete lo que te apetezca, Javier, pero hasta la fecha no hemos presenciado ninguna acción por parte de lo que sea eso, que nos haga pensar que es hostil.

—El marinero murió por su culpa —afirmé.

—No, Javier. Humberto murió por una fatalidad. Hasta que nadie me demuestre lo contrario, eso de la roca de la playa es una morsa a la que le gusta cantar por la noche.

## Capítulo 26

Ya en el barco, abrimos tres latas de judías y nos las comimos en la bodega después de calentarlas en cubierta. Mientras masticábamos, ni siquiera nos miramos a la cara. Había llegado ese punto de inflexión en que no sabíamos qué era mejor: si prepararnos para afrontar una larga temporada en la isla o hallar la forma de salir de allí. Lo de reparar el barco ya había quedado descartado, entre otras cosas porque ninguno de nosotros tenía ni idea de mecánica. Lo de pedir auxilio también había quedado desechado, porque la morsa no dejaría que nadie se acercara. Y en las horas que llevábamos en la isla solo había llegado un barco, la sirena se cargó a dos marineros y Blas al tercero.

—Cuando amanezca —les dije—, nos subiremos a la barca y remaremos fuera de aquí.

—Ya —repuso Blas, burlándose—. Y el océano nos escupirá hacia la isla y cuando regresemos ya nos estará esperando el monstruo para zamparnos y no dejar ni los huesos.

—Pues algo tendremos que hacer —insistí—. ¿Qué propones tú, listo?

—Yo —dijo mirando hacia los bidones de parafina—, haría un pira descomunal en la playa en cuanto anochezca y le prendería fuego. Si con eso no nos ven, es que ya no nos verán con nada.

—Oye —alabó Marta—, sabes que no es mala idea.

—A ver si te vas a hacer daño —le reprochó Blas a Sonia, cuando la vio trasteando con el Kalashnikov.

—Parece muy manejable —afirmó la chica, resbalando su mano por el cañón—. No me extraña que se te haya disparado antes. Es que ni siquiera pesa.

—Por eso es una de las armas más vendidas del mundo —corroboró Blas—. Creo que se han vendido cien millones de unidades desde que se fabrica.

—Pues sí que se venden —comentó Sonia sin soltar el arma.

La imagen de Sonia allí de pie, en medio de la bodega del barco, con esos pantalones cortos y las botas Martens, la chaquetilla vaquera, y sosteniendo en sus nervudos brazos un fusil de asalto, me provocó tal erección que creí que iba a romper el pantalón.

—Entonces, ¿te parece buena idea la de asesinar a la sirena? —Blas retomó la idea inicial.

—No. Ya sabéis que no me parece buena idea la de asesinar a nadie, porque entre otras cosas no sabemos si eso solucionará el problema: el estar encerrados en esta isla.

No pude evitar sonreír cuando Sonia dijo que no le parecía buena idea la de asesinar a nadie, porque la expresión que puso el viejo era un poema.

—Estamos encerrados en esta isla —siguió hablando Blas—, porque la sirena no deja que nadie se acerque a rescatarnos.

—Y dale que te dale, tío. Que no lo sabemos —se enfureció—. Ella sale por la noche, se sube a su roca y canturrea como lo haría cualquier animal. ¿Qué dirías si en vez de ser esa morsa la que se sube a la roca de la playa, lo hiciera un lobo en una roca de la cima? Estoy convencida de que no le achacarías que los barcos no vienen a rescatarnos por su culpa. No vienen porque no saben que estamos aquí y no lo saben porque esta isla es de difícil acceso. Y si no, mirad este barco como ha embarrancado —taconeó el suelo con tanta fuerza que debió hacerse daño, porque emitió un gesto de dolor.

—¡Cuidado! —grité cuando el fusil que sostenía en los brazos se disparó.

Sonia soltó el Kalashnikov, golpeándose contra una caja y rebotando hacia el suelo.

—Pues sí que es sensible esta mierda —dijo mirando hacia el fusil.

Blas recibió un impacto de bala en su pierna derecha. El muslo se tiñó de sangre enseguida.

—Se me ha disparado —dijo la chica, como si eso fuese una disculpa—. Creí que estaba

descargado.

Lo estaba cuando Blas disparó a Humberto, pero luego vi como cambió el cargador por uno nuevo; aunque no dije nada para no delatarle. Pensé que no lo hizo con mala intención. El rostro de Sonia reflejaba el miedo en estado puro, ella estaba realmente aterrada.

Blas se arrastró medio metro tratando de llegar hasta la colchoneta donde durmió la noche anterior. Su aspecto era lamentable.

—Me duele mucho —se retorció.

—Dame esa sábana —me dijo Sonia, señalando un trapo que sobresalía de una de las cajas de madera—. Hay que practicarle un torniquete antes de que se desangre. Marta —se dirigió a la anciana que estaba de pie balanceándose de un lado hacia otro sin saber qué hacer—, acércame el botiquín. Busca alguna botella de ron en las cajas de ahí —me las señaló con la mano—, creo que Humberto tenía varias.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Blas, a punto de perder el sentido.

—Tranquilo. Te recuerdo que soy veterinaria y el cuerpo de un hombre no es tan distinto al de un animal.

—Me quedo más tranquilo —trató de esbozar una especie de sonrisa, pero quedó en una mueca horrible.

Con unas tijeras cortó el pantalón y descubrió el muslo desde la entrepierna hasta la rodilla. Tuve que contener una carcajada por la visión tan cómica del viejo, ya que parecía que llevara puestas unas mallas de danza.

—Tienes un agujero de bala. —Le dijo, palpando el muslo de su pierna derecha.

—¿Es grave? —preguntó Blas, mientras su rostro se retorcía de dolor.

—Pues no sabría decirte —fue la respuesta poco tranquilizadora de Sonia—. Intentaré, si obtengo los útiles necesarios, extraer el proyectil.

—Supongo que no es la primera vez que lo haces —interrogó el viejo.

—No. He trabajado durante un tiempo en una clínica veterinaria rural donde cuidamos perros de caza. No es la primera vez que extraigo perdigones.

—Aquí hay dos botellas de ron —dijo al abrir una de las cajas de la bodega.

—Abre una y dásela a Blas —me dijo Sonia.

—No me gusta el ron —lamentó el viejo, tocándose la pierna.

Ya no sabíamos si Blas hablaba en broma o en serio.

—Pues te jodes —le dijo Sonia—. Ten. —Le dijo mientras cogía una botella de mis manos—. Pégale un trago largo.

Marta dejó el botiquín en el suelo, al lado de donde estaba Sonia aguantando la pierna de Blas, y le dijo que lo abriera.

—A ver. —Removió el interior de la caja—. Gasas, tiritas, tijeras, aguja, hilo, agua oxigenada, alcohol, pinzas de cirujano y paracetamol. Suficiente. —Luego arrugó la frente—. ¿Y las pastillas que faltan de Zolpidem y la Zopiclona?

—¿El qué? —le pregunté.

—Los hipnóticos. Había dos cajas de cada, sin empezar, y ahora están abiertas y faltan algunas pastillas.

—¿Estás segura, Sonia? —le preguntó Marta.

—Es igual, no tengo tiempo de pensar en eso ahora —expelió con malestar—. Igual se las tomó el marinero y por eso estaba por la cubierta más perdido que una vaca en un garaje.

Cogió la botella de alcohol y me pidió que le quitara el precinto, ya que con una sola mano no podía.

—Acércame esa botella —me dijo, señalando una botella de color claro.

Cuando se la entregué, la abrió y la olió.

—De puta madre —expelió—. Es cloroformo. Hay muy poco, pero será suficiente como para que no sienta dolor cuando intente extraerle la bala. Dame el pañuelo de tu cabeza.

Marta se lo deslió y se lo entregó. Su cabello canoso se desparramó por su frente. Sonia vació toda la botella, los nervios entorpecían sus manos y parte del líquido se derramó por la cubierta de la bodega. Luego acercó el pañuelo a la cara de Blas y lo mantuvo a unos cuantos centímetros de su boca, pero sin llegar a ponerlo encima.

—Aquí hace falta luz —nos dijo arrugando los ojos. Su frente se había perlado de sudor—. Sería fantástico que encontraras un cable alargo para que esa mierda de bombilla alumbrara aquí —señaló la pierna de Blas.

Me dediqué a recorrer el interior de la bodega abriendo y cerrando cuantas cajas o botes hallé, pero no encontré nada parecido a un cable eléctrico.

—Si aguantara esta noche, mañana con la luz del día le podías sacar la bala en la cubierta —dije sin saber qué decir.

—Mañana ya habrá pasado el efecto del cloroformo y la herida quizá sea irreversible —atajó Sonia—. Lo que se tenga que hacer se hará ahora mismo.

Deslizó los dedos por la parte trasera del muslo y le pidió a Marta que rociara esa parte con alcohol.

—¿Aquí?

—Sí, aquí. Pero no viertas mucho, que hay que reservarlo para esterilizar la herida después de extraerle el proyectil —afirmó con aflicción.

Blas comenzó a despertarse y Marta le volvió a aplicar el pañuelo con cloroformo sobre su nariz. No había suficiente luz como para encontrar la bala y el tiempo jugaba en nuestra contra.

—Oye —le dije tratando de colaborar—, ¿la parafina esa no es inflamable?

—Sí —balbuceó Sonia.

—Espera —le dije abriendo el armario y sacando una garrafa de cinco litros—. Si encontrara un recipiente donde verterla y encenderla, tendrías luz durante un rato.

—Arriba hay una palangana metálica —recordó Marta.

Y subió de nuevo las escaleras para ir a buscarla.

## Capítulo 27

En unos minutos la parafina ardió y creó una llama tan alta que parecía que hubiese un faro en el interior de la bodega del barco. Hacía tanto calor que pensé que nos íbamos a achicharrar.

—O saco la bala a la primera —anotó Sonia— o me muerdo abrasada.

La cabeza de Blas comenzó a bascular de un lado hacia otro y nos temimos que el efecto del cloroformo se le estuviera pasando.

—Echa en el pañuelo el que queda —le dijo Sonia a Marta—. Aunque este cloroformo debe tener tantos años que quizá ya no sirva para el propósito esperado.

Sonia cogió aire varias veces y luego agarró las pinzas de cirujano y comenzó a hurgar la herida. El rostro de Blas se rasgó de dolor.

—A ver. A ver. A ver. Ya te tengo.

El sonido metálico de la bala cayendo al suelo nos dijo que la operación había sido un éxito. Marta le puso una manta por encima a Blas cuando vio que tiritaba, mientras que Sonia le vació la botella de alcohol en la herida. Y como la sangre no dejaba de manar, me quitó la botella de ron de la mano y la vertió también. Luego aplicó varias gasas, las únicas que había en el botiquín, y practicó media docena de puntos de sutura con aguja e hilo.

—Tómame esto —le dijo a Blas, entregándole un par de hipnóticos.

Luego me miró y me dijo, señalando la pira de parafina ardiendo:

—Apaga eso.

Necesité llenar hasta cuatro jarras de agua, que iba vertiendo de uno de los depósitos, para apagar la llama.

—Esto no se apaga ni a la de tres —gruñí—. ¿Es normal que la parafina arda tanto?

—Deberías haber cogido agua de mar —reprochó Sonia—. El agua bebible quizá la necesitemos más adelante. Y sí que es raro que la llama sea tan alta, quizá no es parafina pura y está mezclada con algún tipo de combustible líquido. Apágalo antes de que explote.

Me alegraba que ella hablara como si fuésemos a pasar una larga estancia en esa isla, porque yo no quería irme jamás de allí. Y no porque me gustase la isla, sino porque estaba ella.

—Abriré la trampilla del techo para que salga el monóxido de carbono acumulado —dijo Marta antes de subir otra vez las escaleras.

—Espera —la llamé cuando iba por la mitad—. No creo que sea buena idea, la sirena sale por la noche.

—Vamos a ver, Javier —me dijo Sonia—, la morsa esa puede nadar, pero en ningún caso podrá acceder a la cubierta de este barco.

—¿Estás segura de eso?

—No, pero prefiero pensar que es así. De la misma forma que ayer creíamos que no podía subir a la cima de la isla y por eso nos refugiamos allí y ahora lo hacemos en el interior de esta bodega, más seguro.

Me fui al rincón donde tenía mi colchoneta y me eché encima boca arriba, mientras Sonia se encendió un cigarrillo.

—Es mejor que esperes a que se ventile el ambiente —le aconsejé—, o te vas a tragar todo el monóxido que hay ahora mismo aquí dentro condensado por culpa de la parafina.

—Tiene razón —corroboró Marta, mientras bajaba las escaleras.

Pensé en cómo esa anciana era capaz de subir y bajar esas escaleras tantas veces sin apenas resollar.

—Gracias, Marta —agradecí.

—No, me refería a que tiene razón Sonia, al decir que la cima era más segura que este barco.  
—Nada más tocar el suelo con sus pies se dirigió a la pared donde todo ese tiempo había estado apoyado el fusil, desde que lo recogí del suelo después de que se hubiera disparado—. ¿Sabes manejarlo? —me preguntó.

—Yo no, pero Sonia —la mencioné mirando la pierna herida de Blas—, sí que sabe.

—No estoy para bromas —se molestó Marta—. Está rodeando el barco.

—¿Quién está rodeando el barco? —preguntó Sonia, inquieta.

—La morsa. Ten —me entregó el Kalashnikov—. Si sube al barco lo vamos a necesitar.

—Qué estupidez —chasquéo la lengua Sonia—. Eso que dices no tiene ningún sentido.

—Compruébalo tú misma —la retó Marta.

Los dos, Sonia y yo, ascendimos por la escalinata hasta la cubierta. Yo iba delante, sosteniendo el fusil en mi mano derecha. No tenía ni idea de cómo funcionaba, pero sabía que si tenía que disparar solo tendría que apuntar lo mejor que pudiera y apretar el gatillo, como si fuese una escopeta de feria. Sonia había cogido los prismáticos de Humberto y los balanceaba en su mano. Cuando llegamos arriba nos acercamos a la barandilla de la zona que daba a la costa. La luna nos permitió ver el arrecife de arena y parte de la playa hasta la roca. Alrededor del barco estaba dando vueltas en círculos la morsa. Podíamos distinguir su gigantesco lomo entrando y saliendo del agua, como si fuese una orca.

—Pues sí, es la morsa —balbució Sonia.

Su mandíbula se balanceaba de un lado hacia otro tratando de buscar una explicación. Marta accedió a la superficie asomando su cabellera blanca por la portezuela.

—¿Qué? Veis como estaba en lo cierto.

Sonia ajustó los prismáticos y observó la roca donde se subía la sirena por la noche.

—No está —masculló entre dientes—. Es esta de aquí —la señaló con la cabeza.

Yo levanté el fusil por encima de la barandilla y apunté.

—Espera. —Sonia me tocó el hombro—. Desde aquí no le darás. Y de hacerlo no la matarás y no sabemos de lo que es capaz si la cabreamos.

—¿Ya no es una morsa? —pregunté ironizando.

—No —respondió sin dejar de mirar a través de los prismáticos—. No sé qué es, pero es una mutación. Vamos abajo —nos dijo a Marta y a mí—. Mañana ya pensaremos lo que haremos con la luz del día y tenemos que esperar a ver si Blas se recupera favorablemente.

El último en descender fui yo y me aseguré de que la trampilla estaba bien cerrada y con el pasador corrido. Estuve despierto hasta medianoche, porque no podía dormir pensando en la morsa que estaba dando vueltas alrededor del barco. Finalmente me quedé dormido echando de menos el iPod de Sonia. Si funcionase, podría haber conciliado el sueño escuchando Rock Island.

## Capítulo 28

—¡Despertad, despertad! —chilló Marta, mientras daba puntapiés en nuestras colchonetas.

—¿Qué ocurre? —balbuceé tratando de desvelarme.

—Ha llegado un barco —gritó como si estuviera poseída.

—¿Un barco, dónde? —preguntó Sonia, poniéndose en pie como si tuviera un muelle en el culo.

—Lo he visto arriba, está varado a unos quinientos metros de donde estamos nosotros. —Marta parecía una niña en la mañana de Reyes.

—¿Nos ha visto? —pregunté, poniéndome los zapatos con torpeza.

—Supongo que sí —respondió—. Si yo, que veo menos que un gato de escayola, lo he visto, ellos también lo habrán hecho.

—Subid vosotros —nos dijo Sonia—. Yo voy a ver que tal sigue Blas.

El abuelo estaba tumbado boca arriba y su frente permanecía seca, por lo que supuse que le habría bajado la fiebre. Aunque de su muslo sobresalía un bulto enorme por debajo de la gasa, como si le hubiera crecido la pierna.

—Es normal que se hinche la herida —me dijo Sonia, cuando reparó en que yo lo estaba mirando—. Es buena señal —añadió.

Marta y yo nos apoyamos en la barandilla y comenzamos a mover los brazos en señal de saludo, para que los del otro barco nos vieran. Yo no entendía mucho de embarcaciones, pero a simple vista parecía un barco de recreo, como un yate de fin de semana. Tenía un par de velas desplegadas y en la cubierta no se veía a nadie. Evidentemente, ese barco había encallado.

—¿Qué coño es eso? —me preguntó la anciana, mirando hacia la costa.

—Pues no lo sé —respondí aturdido.

Desde la orilla de la playa había crecido una especie de manga de tierra que llegaba hasta la mitad de donde estaba nuestro barco. Era como si alguien estuviese construyendo un camino de tierra para que pudiéramos caminar hacia tierra firme sin mojarnos.

—¿Un camino? —interrogó la anciana, mesándose el pelo reseco.

—Esto cada vez comienza a parecerse más a una isla artificial —fue mi comentario.

—¡Eh! ¡Los del barco! —gritó Marta con un tono de voz apagado.

Yo cogí los prismáticos y los ajusté para observar la cubierta de ese yate. Aparentemente no se veía nada, era como si estuviera abandonado. Pero no se apreciaba ni sucio ni destartado, por lo que si lo habían abandonado tenía que haber sido hacía poco tiempo y el océano lo remolcó hasta la isla.

—¿Qué es eso? —me preguntó señalando un bulto que sobresalía en la superficie del agua, en la parte que daba al océano.

Torcí la cabeza y lo apunté con los prismáticos.

—Es una botella de vidrio con el cuello ancho, como una botella de leche. Y está taponada —añadí cuando la botella estaba más cerca.

—Vamos —sonrió Marta—, solo nos faltaba eso ahora.

—¿El qué? —le pregunté.

—Un náufrago pidiéndonos ayuda —respondió sin evitar que se le escapara la risa.

—¿Qué ocurre? —nos preguntó Sonia, accediendo a cubierta por la trampilla.

—Allí hay un barco —le dije—. Parece un yate de recreo, por las velas. Pero no se ve nadie a bordo —afirmé entregándole los prismáticos para que lo comprobara ella misma.

Sonia me los cogió y se dispuso a observar con detenimiento.

—No se ve nadie, no.

—¿Cómo está Blas? —le preguntó Marta.

—Bien. Bien. Le ha bajado la fiebre, pero le he dado otro calmante por si acaso. Creo que saldrá de esta, pero lo que no sé es si podrá caminar bien. La bala le tocó el hueso y cuando cicatrice lo dejará deformado. Cuando llegemos a la civilización —siguió explicando—, se lo tendrán que operar para dejárselo bien. No está muy lejos —dijo sin dejar de mirar a través de los prismáticos—. Podíamos llegar con la barca y ver si hay alguien dentro.

—¿Te parece buena idea? —consulté algo atemorizado.

—El barco se ve en buen estado. Quizá está ahí porque lo ha traído el viento y en cuanto vuelva a soplar podremos maniobrarlo para meternos en alta mar. ¿Y eso de ahí? —señaló la botella que flotaba encima del agua.

—Una botella —respondió Marta—. La hemos visto hace un rato.

—¿Qué coño hará una botella aquí? —expelió desconcertada—. Esta isla es un nido de sorpresas. Creo que se está alejando —observó cuando la distancia de la botella crecía con respecto a nuestro barco. Abajo hay una red de pesca telescópica.

—Ya la he visto —confirmé—. Pero como mucho podrá alargarse unos tres metros y esa botella debe estar a treinta metros. No llegaríamos ni de coña.

—Pues no queda otra que acercarse con la barca —me dijo.

—Uf —resoplé—. ¿Y si se va a la deriva y me lleva mar adentro?

—Vamos, Javier. De aquí hasta la botella no debe haber más de treinta metros. Eso es menos que una piscina olímpica. Si ves que la barca se va hacia el fondo, solo tienes que saltar y nadar hacia aquí. El agua no te cubrirá porque el arrecife de arena es muy extenso. Prácticamente podrías llegar hasta la botella andando.

Le hice caso y me quité los pantalones y la camiseta, quedándome en calzoncillos. Me sumergí en el agua, bajando por la escalera metálica, y noté como mis pies se hundían levemente en la arena. Esa noche había soñado que en realidad la isla era un monstruo y que nosotros estábamos encima de él. Y ese temor me hacía pensar que no estuviera ahora caminando sobre su lomo. Ciertamente todo era muy extraño, pero esa hipótesis era tan absurda como improbable.

—Date prisa —me conminó Sonia—, la botella cada vez se está alejando más.

Comencé a caminar sobre el agua dando pequeños saltos, ante la atenta mirada de Marta y Sonia, que me observaban desde la barandilla de cubierta. Me sorprendió que las dos sonrieran, como si todo eso fuese divertido. Cuando apenas me quedaban veinte metros para llegar a la botella, avizoré que en su interior había algo, pero no distinguí muy bien el qué. Seguí acercándome al doble de velocidad del que se alejaba la botella, por lo que en quince minutos como mucho ya la habría alcanzado. La botella bailaba encima del agua y en alguno de los movimientos comencé a distinguir lo que había en su interior.

—No puede ser —mascullé.

Cuando regresé al barco, con la botella en la mano, y apenas me faltaban unos diez metros para llegar, Sonia me preguntó:

—¿Qué es lo que se ve dentro?

—Un iPod classic —respondí—. Y creo que es el tuyo.

—Eso es imposible —me dijo mirando la botella con atención.

—Lo que es imposible es que alguien haya metido este iPod dentro de esta botella.

## Capítulo 29

Tuve que romper la botella para extraer el iPod de su interior, porque por el cuello, y a pesar de que era ancho, no había manera de sacarlo. Sonia nos confirmó, sin ningún género de duda, que era el suyo. No se podía poner en marcha y seguramente jamás se pondría, pero tenía una pequeña muesca en la parte trasera de una pegatina que enganchó con cola. Lo que lo hacía inconfundible, según nos dijo.

—Pero qué broma es esta —bramó—. Es imposible meter ese cacharro dentro de la botella sin romperla. Por el cuello no cabe.

Parecía que le preocupara más el hecho de que el iPod hubiera entrado en la botella, que la extrañeza de que apareciese allí, cerca de nuestro barco.

—Sí que cabe —aseguré mirando los pedazos rotos que había en el suelo de la cubierta—. Lo que pasa es que no debe ser sencillo meterlo ahí dentro. Pero ya sabes lo que dicen.

—¿Qué dicen?

—Que con paciencia y con saliva, un elefante se la metió a una hormiga.

—Tú eres imbécil, tío —fue su respuesta a mi broma para tratar de relajar el ambiente.

La botella se veía bastante nueva y parecía de esas que se usan para la leche fresca; aunque no tenía ninguna pegatina. De lo que no había duda es que alguien se tomó la molestia de introducir el iPod dentro.

—Es evidente que alguien nos está gastando una broma —comentó Marta con el rostro consternado—. Y como broma no me está gustando. Quizá dentro de unos años me ría, pero ahora no.

—Tenemos que salir de aquí cuánto antes —avanzó Sonia, descendiendo a la bodega—. Una vez que Blas pueda incorporarse, nos acercaremos a ese yate que parece abandonado y trataremos de salir de aquí.

—¡Espera! —le grité mientras miraba con los prismáticos—. Allí hay alguien. Veo movimiento en la cubierta.

—¡Eh! —gritó Sonia levantando los brazos—. ¡Aquí!

—¡Hostias! —exclamé—. Nos está mirando.

Era un hombre y, por su aspecto, parecía de mediana edad. Vestía pantalón corto y un polo de color blanco, también llevaba una gorra de visera.

—¿Qué hace? —preguntó Marta, quien todavía sostenía en su mano un fragmento de la botella, como si no diera crédito a lo que estaba ocurriendo.

—Se ha acercado a la barandilla de su barco y...

—¿Qué? —me apremió Sonia a que siguiera hablando.

—Está alumbrándonos con un foco de forma intermitente.

—Estás agilipollado, Javier. Lo que está es emitiendo señales en código morse.

—Pues va listo si pretende que sepamos qué nos quiere decir.

—Quiere decirnos algo —anotó Sonia—. Eh, oiga —gritó—. No tenemos ni puta idea de morse. Venga usted aquí —le dijo haciéndole gestos con la mano para que se acercara—. El tío tiene una moto acuática con la que se puede acercar hasta nosotros en un santiamén.

Yo apunté los prismáticos hacia el lateral derecho de su embarcación y comprobé como efectivamente había amarrada una moto.

—¿Qué hace ahora? —me preguntó Sonia.

—Creo que está descolgando la moto —le dije, no muy seguro—. Espera, sí. La moto está bajando hacia el agua.

—De puta madre —pataleó eufórica—. A ver si podemos salir de esta isla de una puñetera vez.

El forastero inició el recorrido con su moto acuática hacia nuestro barco. Desde la distancia podíamos escuchar el sonido de su motor, parecía la motocicleta de un quinqui haciendo el caballito.

—Espero que hable nuestro idioma —suspiré, dejando los prismáticos encima de una caja de las que había en la cubierta.

—Eso es lo de menos —apuntó Sonia—. Para decirle que nos ayude a escapar de esta isla no necesitamos hablar mucho.

—¿Qué es aquello que se ve en la playa? —preguntó Marta, alargando su brazo y señalando hacia la roca donde por la noche subía el monstruo.

Sonia recogió los prismáticos y apuntó hacia donde le indicaba la anciana.

—Es la sirena —balbució.

—Pero esa no salía solo de noche —refuté.

—Eso creíamos—. Sonia se quedó pasmada sosteniendo los prismáticos en su pecho.

—¿Y qué hace? —pregunté.

—Nada.

—Algo hará —insistí.

—Eso —repitió Sonia—. Nada hacia aquí.

## Capítulo 30

La sirena se desplazaba sobre el agua a una velocidad vertiginosa, a pesar de que ese bicho tendría que pesar más de una tonelada. Por la trayectoria calculé que atajaría a la moto acuática del forastero antes de que esta llegara hasta nuestro barco.

—Eh, oiga —le gritamos—. Regrese a su yate.

El tío seguía conduciendo hacia nosotros, ajeno a ese monstruo que lo acechaba desde la playa.

—No la ve —dijo Marta, aunque era una pregunta.

—No, Marta. No la puede ver a no ser que mire hacia ella.

La sirena incrementó la velocidad de natación en cuanto el nivel del agua era más profundo. En menos de un minuto alcanzaría al tío del yate, que había comenzado a disminuir la aceleración de su moto conforme se aproximaba a nuestro barco. En un momento determinado giró la cabeza y la vio. Pero, como nadaba sumergida, para él no sería más que una morsa común. Supuse que recapacitó en qué cojones hacía una morsa en esa playa y fue cuando se asustó y viró en redondo, regresando a su yate.

—La puta de oros —clamé consternado—. El monstruo no le deja acercarse. —Luego miré a Sonia con antipatía—. ¿Las morsas hacen eso?

—¿El qué? —me preguntó expeliendo odio en su tono de voz.

—Lo de joder a la gente.

—Vayamos abajo —fue su respuesta—. No tardará en llegar hasta nosotros.

Justo nos íbamos a meter en la bodega, cuando nos topamos con la cabeza de Blas asomando por la trampilla. Nos pegó un susto de muerte, el muy cabrón.

—¿Qué ocurre? —nos preguntó.

—La sirena ha impedido que un tío que embarrancó su barco y venía a rescatarnos, se acerque hacia nosotros con una moto acuática —le resumí antes de empujarlo hacia abajo.

—Espera, espera —protestó—. No puedo estirar la pierna bien.

—Ya, pero si no bajamos estiraremos la pierna todos.

—No sé cómo puedes bromear con la que está cayendo —se quejó Sonia.

—Marta —la llamó Sonia—, venga, baja tú primero —le dijo al ver que seguía asomada a la barandilla del barco.

—Se va —nos dijo—. La sirena regresa a la playa.

Sonia y yo nos asomamos también. Ella cogió los prismáticos y nos dijo que la sirena estaba llegando a la roca.

—¿Y la moto acuática?

—El forastero ha regresado al yate.

—¿Qué hace? —le pregunté al ver que miraba a través de los prismáticos.

—Se ha subido a la cubierta y nos está mirando.

—¿Por qué habrá hecho eso? —preguntó Marta—. Para él solo es una morsa.

—Seguramente no está acostumbrado a ver a esos animales por aquí, en esta zona, y al asustarse ha optado por cobijarse en su yate de nuevo —explicó Sonia.

—El Kalashnikov —murmuré.

—¿Qué pasa con él? —me preguntó Blas.

—¿Dónde está?

—Supongo que sigue ahí abajo, en la bodega.

—Desde aquí le podíamos haber disparado —sugirió Marta—. Un tiro entre ceja y ceja y a esa se le quitan las tonterías.

—No. Estamos demasiado lejos como para que ella ofrezca un blanco seguro —comentó Blas, torciendo la boca por el dolor que le suponía estar inmóvil en el peldaño de la escalera.

—Pues podíamos haberlo probado —insistió Marta.

—Espera, Marta. Espera —interrumpió Sonia sus explicaciones—. No perdamos los papeles y no saquemos esto de madre. Hasta ahora sabemos que esta isla está dominada por una morsa enorme, por lo que debe ser una mutación de la naturaleza y por eso sobrevive en un clima que no le corresponde. Pero no debemos atribuirle poderes sobrenaturales ni inteligencia más allá de la que pueda tener un animal inteligente, como un delfín, por ejemplo.

—¿Me puedes explicar esto? —preguntó levantando con una mano la botella rota de donde habíamos sacado su iPod.

—No. No te lo puedo explicar —se rindió Sonia.

—Ella es la que ha introducido el aparato de música en el interior de esta botella —la señaló Marta—. Y si ha aparecido cerca del barco es porque alguien la ha puesto aquí. Y yo soy muy vieja para creer en la magia.

—¿De qué estáis hablando? —se interesó Blas, sin moverse de la trampilla donde al parecer se había acomodado.

—Hemos recogido una botella de vidrio del agua y dentro estaba mi iPod, el que llevaba en el viaje antes del accidente. Alguien lo ha debido meter, no sabemos cómo, porque la botella estaba intacta y hemos tenido que romperla para sacarlo.

—¿Estás seguro de que es tu iPod?

—Sí, Blas. Estoy segura porque hace tiempo le pegué una pegatina con cola en la parte de atrás, para que no resbalara cuando viajaba en el tren de alta velocidad y se iba moviendo por la bandeja mientras escuchaba música. La marca es esta —le dijo mostrándole el iPod mientras lo sostenía en su mano.

—Ayer te escuché decir que ojalá tuvieses tu iPod para escuchar música.

—Sí. Pero no funciona —arrugó la frente.

—No. No te lo digo porque no funcione, te lo digo porque lo tienes. Ese era tu deseo, el de tener tu iPod. ¿No escuchas lo que te estoy diciendo?

—Sí, te escucho —dijo molesta—. Y mi deseo era fumar y en este barco hay tabaco para aburrir.

Justo acabó de hablar y todos nos silenciamos.

—Y yo quería encender el faro y hemos hallado parafina —musitó Blas.

—Dios mío —se santiguó Marta—. La sirena cumple nuestros deseos. ¿Tú querías que ese forastero nos rescatara? —le preguntó mirándola con odio.

—¿De qué estás hablando, Marta? Yo lo que quiero es salir de aquí, de esta isla, como vosotros. ¿A qué viene esa pregunta?

—Pienso que la sirena ha espantado al marinero para que no se acercara, siguiendo el deseo de alguno de nosotros —aseguró Marta.

—Eso es una bobada —concluyó Sonia—. ¿Quién de nosotros no querría escapar de esta isla?

## Capítulo 31

—Esperad un momento, esperad. —Marta se interpuso entre nosotros y Blas, antes de que descendiéramos a la bodega—. ¿Qué estuvisteis hablando en el avión? —nos preguntó.

—No te entiendo —le dije mirándola algo asustado por su ímpetu.

—Sí. Recuerdo que durante el viaje, Sonia iba escuchando música y llevaba los auriculares puestos —me dijo mirándome—. Le preguntaste qué estaba escuchando, y ella te respondió el nombre del grupo.

—Sí, Jethro Tull —dijo Sonia, elevando los ojos y sin saber si esa era la respuesta que esperaba la anciana.

—No. No —elevó la voz—. Dijiste otra cosa.

—Rock Island —dijo.

—Sí, eso fue. Rock Island. ¿Qué significa?

—Isla de rocas —respondió la chica—. ¿Qué interés tiene eso?

—Ah, ya entiendo —intervino Blas—. Marta quiere relacionar la música del iPod con esta isla.

—Pues me parece una somera memez —rechazó Sonia con desprecio.

—No lo es —insistió Marta—. La música que estabas escuchando —le dijo mirándola—, tiene relación con el nombre de esta isla.

—No sabemos si esta isla se llama así —repuso Blas con enojo—. Lo de isla de rocas puede ser cualquier isla que tenga rocas, no necesariamente esta. Vamos abajo que esta pierna me está matando.

—¿Y el yate? —preguntó Marta, antes de que nos metiéramos dentro de la bodega.

—Oíd —les dije—. Voy a coger el fusil y me voy a acercar con la barca hasta el yate. Aún es de día, pero ya hemos comprobado que la morsa sale de día o de noche o cuando le salga del coño —proferí malhumorado. Mientras hablaba distinguí como Sonia no me quitaba los ojos de encima, como si le interesara mi bravura—. Vosotros cobijaos en el sótano y esperad a que yo regrese. Comprobaré quién es ese tío del yate y si su barco funciona. También quiero comprobar si tiene emisora o un teléfono. Por la manera en que llegó y por la forma que su ocupante se dirigió hacia aquí con su moto acuática, no parecía que fuese consciente del peligro de esta isla, por lo que seguramente será un aventurero de fin de semana que se acojona con la sola visión de un animal con exceso de peso.

Me subí en la barca con el fusil, que lo coloqué al lado, en el suelo. Lo último que vi mientras remaba de espaldas, con los dos remos, fue la sonrisa de Sonia mirándome desde la barandilla del 'Takdir'. Luego desapareció y yo me encontré solo, a media distancia entre un barco y otro y remando sobre un arrecife de arena. Confieso que no tuve miedo, porque tenía la extraña sensación de que no me iba a pasar nada malo. Allí, en esa isla, tenía todo lo que necesitaba. Comida, un refugio en el faro, provisiones, un arma, y el amor que comencé a percibir en Sonia. Blas, el único que podía hacerme sombra, estaba malherido y, si salía de esta, arrastraría una cojera de por vida. Sonia era veterinaria, pero de cirugía no tenía ni puta idea, según se pudo apreciar por el zurcido de la pierna del abuelo. Pero eso sí, tenía un buen culo y unas buenas tetas.

Cuando llegué al yate, me giré antes de subir a bordo. Vi que en la cubierta del Takdir estaban Marta y Sonia, turnándose con los prismáticos para mirar qué estaba haciendo yo.

—¿Habla mi idioma? —le pregunté al tío que me miraba con expresión de asombro desde la barandilla de su yate.

—Sí —balanceó la cabeza como un perro de esos que viajan en la bandeja trasera de los

coches—. Pero con dificultad. ¿Quién es usted? —me interrogó.

—Turistas —resumí en una sola frase.

—¿Cuántos son? —me preguntó mirando hacia nuestro barco.

—Somos cuatro personas. Aquellas dos chicas de allí —señalé en dirección al Takdir—, y un abuelo herido que está en la bodega porque no puede subir por la escalera.

Omití lo de que la herida de la pierna fue por un disparo, porque ese hombre quizá se asustaría.

El forastero miró hacia nuestro barco y arrugó los ojos, como si le costara ver.

—Entiendo —emitió una inapreciable sonrisa.

—¿Y qué era esa ballena? —me preguntó.

Entonces supe que ese no tenía ni pajolera idea de animales marítimos, porque confundir una morsa con una ballena era de necios.

—Es una morsa —le dije para no atemorizarlo. Sus ojos parecían que se le iban a salir de las órbitas.

—¿Y eso? —señaló al Kalashnikov que tenía en el suelo de mi barca.

—Un fusil. ¿Qué cojones se piensa que es? Y lo llevo para defenderme en caso de necesidad.

—Okey, okey —repitió un par de veces—. Suba.

Amarré la barca en un cabo que había en la parte de abajo de las escaleras del yate, al lado de la moto acuática, y me encaramé dejando el Kalashnikov abajo. Sabía que no lo iba a necesitar.

—¡Vaya! —exclamé—. Menudo barco tiene usted.

Él sonrió orgulloso.

El yate era más pequeño de lo que parecía desde la distancia. Había una cabina de un solo espacio con el timón, un confortable sillón para manejarlo y una cama de matrimonio. Todo estaba limpio y recogido y encima de un sofá de tres plazas había varios libros. Sobre una bandeja de piel marrón resplandecía un teléfono móvil.

—¿Funciona? —lo señalé con la mano.

Al levantarlo, la pantalla se iluminó mostrando el día y la hora.

—Sí, claro —respondió.

Me acerqué a un palmo de él y comprobé como en la parte superior de la pantalla había dos líneas verticales que indicaban que tenía cobertura; aunque débil.

—¿Le gusta el béisbol? —le pregunté cuando vi un bate dentro de una vitrina, como si fuese un trofeo.

—Es el bate de béisbol de Roberto Clemente —me dijo como si yo tuviese que conocerlo.

—Supongo que es un jugador de béisbol —anoté con desaire.

—Oh, sí —sonrió afable—. Y uno de los mejores de la historia.

Al mencionarlo supuse que el tío ya era historia.

—Me lo muestra, señor...

—Smith —me dijo. Entonces supe que ese tío era norteamericano, solo un yanqui se podía apellidar así. Y localicé su acento, que no distinguí al principio.

Abrió la vitrina, sacó el bate de béisbol y me lo entregó como si fuese una espada: con las dos manos extendidas.

—¿Le apetece tomar algo? —me preguntó dándome la espalda y abriendo un mueble bar que había encajado entre dos mullidos sofás de capitoné.

Antes de que reaccionara le propiné dos golpes en la nuca con el bate de béisbol. Le di tan fuerte que saltó un reguero de sangre que manchó los dos sofás y el tresillo de color crema. Recordaba haber visto una escena similar en *Los Intocables de Eliot Ness*, y en esa película también salía mucha sangre de una cabeza golpeada con un bate. Entonces comprendí que el cine,

ciertamente, era un reflejo de la vida real. Por suerte, el chorro salpicó de lado y a mí apenas me rozó. Me daba mucho asco que un tío al que no conocía me ensuciara con su sangre.

## Capítulo 32

El señor Smith se quedó tendido en el suelo, boca abajo, con la cabeza hecha un guiñapo y con las manos encogidas como si fuese un gorrion tratando de cogerse a una rama. Cogí el teléfono móvil y lo levanté, comprobando que no estaba bloqueado y se podía utilizar sin insertar ningún código. Me asomé desde un ojo de buoy que había al lado del timón y comprobé como Marta y Sonia seguían en cubierta, seguramente observando con los prismáticos; aunque no podían verme en el interior del yate. A partir de entonces, todo lo que ocurriera sería lo que yo les dijese que había ocurrido.

Mantuve el teléfono en mi mano al menos durante un par de minutos. Durante ese tiempo calibré las ventajas y desventajas de usarlo. Si llamara, en menos de veinticuatro horas nos rescatarían de esa isla, porque delataría nuestra posición. Yo regresaría a mi insulsa vida y disfrutaría del dinero del finiquito de la empresa de paquetería, hasta que se agotara. No disponía de ningún plan para después, pero supongo que tendría que buscar otro empleo. Me imaginé allí, en el piso de mis padres, en esa habitación que daba a un tragaluz, y escuchando todo el día como renegaba mi padre cuando no estaba conforme con nada de lo que hacía mi madre. Los dos se habían transformado en unos viejos decrepitos e inservibles, como esos dos abuelos que nos acompañaban en el naufragio. Ella no paraba de repetir que tenía que visitar a la psiquiatra, que ella me ayudaría.

—No, mamá. Esos no ayudan en nada, solo medican.

—Todo pasa, hijo. Y ya verás como todo se arregla —insistía.

Unos padres no pueden comprender lo que supone que en poco tiempo te deje la novia y te echen del trabajo. Sin trabajo se desvanecía cualquier posibilidad de tener novia, porque una chica no sale con un *matao* que no tiene donde caerse muerto. Y sin novia y sin trabajo, jamás me podría independizar. Estaba condenado a vivir en casa de mis padres, compartiendo su podredumbre de viejos desilusionados. Sin embargo, aquí, en esta isla, tenía muchas posibilidades. No nos faltaba el agua ni el alimento. La casa del faro la podíamos habilitar como vivienda. Teníamos mar, sol, plantas y, de vez en cuando, llegaban restos de naufragios o barcos piratas o barcos de recreo, como ese yate, que proveían de cualquier cosa que necesitásemos Sonia y yo.

—Sonia —musité en un susurro inaudible.

Me distraje de mis reflexiones cuando caí en la cuenta de que el cadáver del señor Smith estaba allí, tumbado bajo mis pies. Lo miré con un sentimiento encontrado de pena.

—Pobre hombre —murmuré—. Ir a parar a una isla donde hay una sirena y morir de la manera que lo ha hecho.

Siguiendo con mi primera reflexión, calculé que si llegaran los servicios de emergencias, no habría ningún problema en mentirles. Cogí una servilleta de tela que había sobre la nevera y limpié el mango del bate de béisbol para borrar cualquier vestigio. Justo terminé de hacerlo, cuando acepté que no iba a llamar a nadie. Esa isla era mi reino y Sonia mi princesa.

Cargué en la barca todo el alimento que hallé en el yate. Un surtido variado de sandwiches, cuatro paquetes de latas de cerveza y tres de limonada, latas de atún, sardinas y aceitunas rellenas de anchoa, varias bolsas de frutos secos y un montón de cajas de galletas variadas. Había una docena de garrafas de agua de ocho litros. Pero como la barca ya estaba a tope, solo cogí tres. Y me hice con dos potentes linternas y cuatro baterías de recambio. Antes de partir golpeé el teléfono móvil con el bate de béisbol y seguidamente los arrojé por la borda, asegurándome de que se hundían en el océano.

Regresé al Takdir remando, cuando ya comenzaba a anochecer. A lo lejos pude ver a Sonia escrutándome con los prismáticos desde la barandilla del barco. No pudo ver en ningún momento como me deshice del móvil, porque cuando lo lancé al agua lo hice desde la parte trasera. Si algún día lo viera, negaría que el teléfono estaba en el barco. Antes de llegar, cuando me quedaban unos cien metros, le hice señales con una de las linternas.

—¿Y el hombre del yate? —gritó utilizando sus manos como un embudo.

—No ha querido venir con nosotros —respondí.

—¿Y la emisora? —me preguntó.

—¿Qué emisora? —repliqué—. En el barco no hay nada.

—¿Nada? ¿No hay ninguna emisora o teléfono móvil?

—No. Ese tío es un chalado que no sabe ni dónde está. Un aventurero de esos que no quieren ningún contacto con la civilización.

—Y si no quería ningún contacto, ¿por qué quiso llegar hacia aquí con la moto acuática?

—Por eso, porque está como una cabra. No he podido sacar nada en claro hablando con él —afirmé cuando apenas me quedaban unos metros para llegar al barco—. Pero me ha entregado unas linternas que nos vendrán bien y varios productos de alimento.

—Y su barco —me dijo cuando amarraba la barca al Takdir—. ¿No funciona?

—No, está averiado también.

—Escucha, Javier —me miró desconcertada—. ¿No habéis hablado de la situación en la que nos hallamos?

—Sí, claro. Pero el tío no quiere ni oír hablar de irse de aquí. Dice que su barco se ha estropeado y se quedará ahí, en el yate, hasta que venga alguien a rescatarnos.

—Esto es ridículo —se molestó Sonia—. Se supone que todos estamos atrapados aquí, en esta mierda de isla.

—Uf, Sonia. Tú no has visto a ese tío —busqué convencerla—. Está como una puta cabra.

## Capítulo 33

Sonia se dispuso a ayudarme a descargar de la barca todo lo que traje. Pero la interrumpí con una idea que se me ocurrió en el último momento.

—Espera —le dije—. Creo que lo mejor es que traslademos todo esto al faro. Allí estaremos más seguros que aquí —comenté sobre la marcha, tratando de ser convincente.

—Lamento contradecirte —emitió una mueca de disgusto—, pero ahí abajo estaremos más seguros que en ninguna otra parte.

—Ya has visto lo que la sirena hizo con los marineros de la playa y lo que ha hecho con ese pobre desgraciado de allí —señalé hacia el yate.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué tiene que ver la sirena con la locura de ese payaso? —expelió molesta por la actitud del propietario del yate.

—Creo que la sirena influyó en los marineros de la playa y pienso que ha hecho lo mismo con ese de ahí —incliné la cabeza hacia atrás.

—Este es un barco grande y robusto y sigue siendo más seguro que la cima de la isla —argumentó.

—Sonia, aquí nos moriremos de asco. Apenas hay ventilación y no podremos ver si se acerca alguien a rescatarnos.

—Desde la cima tampoco podremos verlo —siguió rebatiéndome.

—Está bien —acepté—. ¿Qué te parece si nos llevamos unas cuantas garrafas de parafina y alumbramos el faro?

Sonia hizo un mohín con la boca, lo que me indicó que esa idea no le parecía tan mala.

—Con la luz del faro nos verían de lejos y alguien podría acercarse a curiosear cómo es que un faro que hacía siglos que no funcionaba se había puesto en marcha —sonrió—. Pero, Blas no está en condiciones de viajar en la barca, caminar por la arena de la playa y mucho menos subir por la cuesta que lleva a la cima.

—Bueno, Blas y Marta se podían quedar en este barco —sugerí—. Al menos hasta que él esté en condiciones de venir con nosotros. Podríamos ser la avanzadilla y arreglar el faro para hacerlo habitable —le dije esbozando una sonrisa que quiso transmitir confianza.

—No me puedo creer que estés proponiendo eso —censuró—. Debemos permanecer juntos si queremos salir juntos de esta isla. Yo no me iré a ningún sitio sin ellos.

Mientras Sonia hablaba, yo pensé que se desvanecía cualquier oportunidad de yacer con ella. En un principio, me pareció una idea estupenda la de estar los dos juntos en el interior del faro, acurrucados. Una cosa lleva a otra, y albergué la ilusión de que ella acabaría amándome. Pero por lo visto estaba más preocupada por esos dos carcamales que por nuestra relación. Nunca en mi vida se me iba a presentar una oportunidad como esa, la de estar en una isla paradisíaca con una tía buena.

—Está bien —acepté a regañadientes, mientras descendía por la escalera de la bodega, cargando bultos de la barca—. Pero tú serás la culpable si esta noche nos ataca la sirena.

—¿Qué había en el yate? —me preguntó Marta, cuando llegué abajo.

—Comida y bebida —respondí sin mucho ánimo—. He acaparado todo lo que he podido para nuestro provecho. ¿Cómo está? —señalé con la cabeza a Blas, que estaba recostado de lado cerca de la pared y aparentemente dormía.

—Sigue estable —respondió—. Al menos hasta que le podamos administrar calmantes.

En ese instante le mostré una bolsa de plástico que sostenía en mi mano.

—Quizá alguna cosa de aquí le vaya bien —ofrecí.

Sonia me arrancó la bolsa de la mano y, alumbrándose con una de las linternas que cogí del yate, indagó en su interior.

—Joder, Javier. Aquí hay paracetamol de un gramo que aliviará el dolor y la fiebre de Blas.

—Lo he cogido del botiquín del yate —le dije.

Y ella se acercó hasta mi cara y me dejó un par de besos.

—Le he comentado a Sonia —mientras hablaba me dirigí a Marta—, que en la cima de la isla podíamos estar mejor que aquí abajo. Nos podríamos llevar mantas, alimento, bebida y medicinas. Estaríamos más seguros y más visibles, en el caso de que llegara algún barco o sobrevolara un avión.

—¿Y el tío del yate? —me preguntó Marta—. ¿Por qué no se une a nosotros?

—Bah, ese está como una puta cabra —insistí otra vez—. No quiere saber nada de nosotros.

—Javier ha tenido una idea estupenda —atajó Sonia—, con la de encender el faro con la parafina que tenemos aquí y hacernos muy visibles tanto a otros barcos, como aviones que puedan pasar cerca.

—No es mala idea —aceptó la anciana—. Pero no creo que Blas esté en condiciones de viajar mucho —lo miró con pena.

—Podríamos mudarnos por partes —dije de sopetón—. Primero podíamos ir dos y cuando el faro esté en condiciones de habitabilidad, podrían ir los dos restantes.

—Está bien —sonrió Marta—. Iremos nosotros dos de momento —me señaló a mí y a ella misma—. Y cuando tengamos el faro limpio y nos hayamos acomodado, os avisaremos y entonces podrán venir Blas y Sonia.

—Bueno, Marta —contradije—, lo idóneo para hacer un primer viaje de enseres es que vayamos los jóvenes, ya que podemos transportar más peso.

—Oh, Marta está fuerte como un caballo —sonrió Sonia—. O no has visto como ha bajado paquetes a esta bodega sin apenas despeinarse.

—Bueno —dije finalmente—. Comienza a ser tarde para ir hasta el faro, así que propongo que pasemos la noche aquí y mañana a primera hora ya decidiremos quienes serán los primeros en irse del barco.

«Maldita metomentodo», murmuré sin que pudieran oírme.

## Capítulo 34

Sonia se sentó cerca de Blas e inició una conversación insulsa que me molestó. No soportaba que estuvieran cuchicheando y mucho menos que ella se riera constantemente con las tonterías de ese viejo malherido. Marta, aprovechando la luz que nos daban las dos linternas que cogí del yate, se dedicó a escarbar en las cajas y estanterías de la bodega, como si fuese un gato curioseando. Se incorporaba en una caja, la abría y, con la linterna en una mano, con la otra iba sacando lo que había en su interior y lo dejaba ordenado en el suelo.

—Oh —exclamó eufórica—. Aquí hay herramientas de jardinería. —Y seguidamente las mencionó conforme las sacaba de la caja y las posaba en el suelo—. Un cavador de agujeros para postes, una pala, un rastrillo, tijeras de podar, serrucho, cortasetos y un rodillo de jardín. Es fantástico.

Me fijé en ella y me dio rabia verla tan feliz. Parecía una niña estúpida estrenando un vestido nuevo el día de su primera comunión.

—¿Qué te hace tanta ilusión? —le pregunté enojado.

—Como jardinera es emocionante hallar todas estas herramientas —respondió mostrando unas tijeras de podar—. Mientras no nos rescaten, podré arreglar todos esos setos que hay en el sendero hacia la cima de la isla y limpiar la hierba del faro.

—Ah, vale. Es estupendo —proferí sin mucho ánimo.

La vieja ahora parecía estar alegre por quedarse en la isla, pensé mientras me recostaba de lado.

—Inclínate —escuché que le dijo Sonia al abuelo—. Te voy a cambiar la gasa por una limpia y así le echaré un vistazo a la herida.

Luego le pidió una de las linternas a Marta, pero la anciana se ofreció a apuntar con ella la herida de la pierna.

—Tú dime donde tengo que apuntar —profirió solícita.

—Un poco más atrás. Más arriba. Hacia la derecha. Perfecto.

Desde mi esquina los contemplé como si fuesen unos niños jugando al juego ese de ‘Operación’. Blas estaba recostado de lado, sosteniendo su pierna, mientras Sonia le retiraba la gasa y rociaba la herida con alcohol.

—Parece que tiene mejor aspecto —comentó Marta, sujetando la linterna bien alto.

—Sí, eso parece —asintió Sonia—. Si sigue así tu recuperación, en un par de días podrás correr por la playa.

Y luego le dio un beso en la frente. Yo pensé que era una injusticia, porque si en vez de caer los cuatro en esa isla, solo lo hubiéramos hecho Sonia y yo, a estas horas estaríamos follando como posesos en el faro. O mejor aún, en la cama mullida del yate. Y entonces recordé que ahí afuera, cerca de donde estábamos nosotros, había un yate de lujo con toda serie de comodidades, y sin embargo nosotros cuatro estábamos allí, en esa bodega apestosa, oliendo a inmundicia.

—Oye —le dije a Sonia en un momento que se separó de Blas para lavarse las manos con agua que cogió del depósito—. Acabo de caer en la cuenta de que en el yate había un set completo de perfumería y un armario lleno de ropa, tanto de hombre como de mujer. Cuando lo vi no le eché cuentas, porque me obcequé en convencer a ese cabestro para que se uniera a nosotros. Pero podíamos ir allí y pedirle si podemos coger más cosas que necesitamos.

—Eso sería estupendo —agradeció sonriendo—. Quizá mañana nos acerquemos tú y yo y entre los dos lo convenzamos para que venga con nosotros.

En ese instante sentí que mi plan había calado en ella. Me las ingeniaría para partir lo más

tarde posible y retrasaría tanto la vuelta que no nos quedaría más remedio que quedarnos a dormir en el yate. Un yate de lujo y equipado a tope para nosotros dos solos. En esos momentos de soledad, con la tensión de los días que llevábamos en la isla, con el peligro de la sirena, pensé que Sonia sería una presa fácil para caer rendida en mis brazos. Me tumbé boca arriba con la sonrisa dibujada en mi tez. Ni siquiera me preocupó que el cadáver de Smith estuviera allí, observándonos. Presentí que la morsa lo habría retirado y de ese hombre no quedaría ni siquiera el recuerdo.

Esa noche soñé que Marta y Blas se habían ido y que en la isla solo estábamos Sonia y yo. Los dos, en mi sueño, nos habíamos cobijado en el faro, el cual estaba arreglado y lustroso. Marta lo había limpiado de hierbajos y el camino a la cima lucía esplendoroso. Y Blas, como buen carpintero, había instalado una puerta y reforzado las ventanas rotas, tanto la de arriba como la de abajo. Sonia y yo hicimos el amor y después nos tumbamos en la puerta del faro, contemplando el manto de estrellas que iluminaba el cielo azul celeste.

Me desperté azorado cuando el barco se tambaleó como si algo lo hubiera golpeado.

—¿Qué ha sido eso? —escuché que preguntó Marta, mientras encendía una de las linternas y nos alumbraba a todos.

—Ha sido un golpe —dijo Sonia—. Algo ha chocado contra el barco.

Nos quedamos en silencio, escuchando el sonido de nuestra respiración ajetreada, mientras Marta alumbraba con la linterna hacia todas partes.

No había pasado ni un minuto, cuando un golpe fuerte movió el barco como si lo estuviera arrastrando.

—Nos estamos moviendo. —Blas respiró con fuerza.

—Quizá sea un remolcador —dijo Sonia, ilusionada—. Puede que piensen que el barco está abandonado y lo estén arrastrando hacia la playa.

—Qué tontería —intervine—. Antes de arrastrarlo tienen que comprobar que el barco está vacío.

—No pueden —comentó Marta, alumbrando hacia la trampilla—. La portezuela está cerrada y por eso no han podido abrirla desde fuera.

—Será mejor que la abramos —sugirió Sonia, sin moverse. Parecía divertirse con esa nueva situación.

Como vi que nadie se movía, decidí coger la segunda linterna con intención de subir por la escalera y salir a la cubierta.

—¿Qué vas a hacer? —me preguntó Marta.

—Abrir la trampilla y ver quién está remolcando el barco.

—Espera —me interrumpió—. Coge esto. —Y me entregó el fusil.

—No lo hagas —comentó Blas—. Si estamos en lo cierto y lo que hay ahí afuera es un barco que esté arrastrando este, seguramente sean militares. Y los militares están entrenados para abrir fuego contra probables enemigos armados. Si te asomas con el Kalashnikov, te freirán en segundos.

—Pues saldré sin el arma —les dije—. Cualquier cosa es mejor que la de quedarnos aquí con la incertidumbre.

Justo dije eso y el barco se movió tanto que se cayeron varios tarros de judías que Marta había dejado en una estantería para comer esos días.

## Capítulo 35

Mientras subía las escaleras hacia la trampilla, mi mente iba procesando con lo que me podría encontrar ahí afuera. Es posible que Blas estuviera en lo cierto y fuese un buque de la armada. Habría pasado por allí en una patrulla rutinaria y al ver nuestro barco a la deriva, decidió remolcarlo a la orilla. Entonces me comenzó a preocupar el yate de Smith. Los de la armada disponían de medios avanzados como radares y todas esas cosas, por lo que podrían localizar su cadáver por muy bien que lo hubiera ocultado la sirena. Opté por no pensar en eso, porque sabía que en ningún caso me podrían relacionar a mí con su muerte. Pero si el Takdir estaba encallado en ese arrecife de arena, porque no podía navegar y por eso se averió el motor, cómo cojones iba a acceder un barco de la armada, me pregunté.

Descorrí el pasador, mientras Sonia me alumbraba desde abajo con una de las linternas. La otra la sostenía yo en mi mano izquierda y es con la que iluminaría la cubierta en cuanto levantara la trampilla.

Justo me asomé y cualquier sonido que hubiera allí arriba se detuvo. Apunté la linterna hacia el timón. Luego hacia las barandillas de un lado y de otro. La cubierta estaba limpia, a excepción de las manchas de sangre de Humberto. No podía distinguir qué había más allá, hacia la playa, porque apenas había luna y la linterna no tenía tanta potencia.

—¿Ves algo? —me preguntó Sonia desde abajo.

—No. Esto está tranquilo.

Entonces pensé que fuese lo que fuese lo que movía el barco, tenía que estar en el agua.

—Regresa, Javier —me suplicó Sonia, cuando vio que subía el último pie hasta la cubierta.

—Tranquila —le dije asomando la cabeza y guiñándole un ojo.

Me acerqué a la barandilla que había más próxima al acceso de la bodega y me asomé oteando el lateral del barco. Cuando enfoqué la linterna, pude distinguir una sombra oscura que permanecía inmóvil. No eran rocas, porque no recordaba haberlas visto a la luz del día. Fuese lo que fuese, antes no estaba allí. Y la única opción que se me ocurrió fue la que ya habíamos visto antes: la morsa. Ella se había acercado hasta el barco y lo estaba remolcando hacia la playa, pero cuando detectó mi presencia se quedó quieta, para que yo no la viera. ¿Qué sentido tenía que hiciera eso? Me pregunté consternado.

Giré sobre mis pasos y descendí de nuevo al interior de la bodega. Cuando llegué abajo, Sonia me preguntó si había visto algo.

—Es la sirena —le dije—. Está arrastrando el barco hacia la costa.

—Eso no tiene sentido —contravino arrugando su frente de forma exagerada—. Las morsas no pueden hacer eso, no tienen manos para empujar el barco.

—Lo estará moviendo apoyando su lomo en la base, este barco es pequeño para ella —le dije—. No la he visto, pero he visto su sombra debajo del agua. Se ha quedado quieta en cuanto ha detectado mi presencia.

Justo acabé de hablar y notamos como el barco se seguía moviendo. Blas se irguió y con su mano trató de alcanzar el fusil, pero Marta lo apartó.

—No —le dijo—. No queremos más muertes.

—Y tú, como veterinaria —se dirigió a Sonia—, ¿no tienes una explicación para el comportamiento de esa morsa?

—Es un comportamiento extraño, desde luego —dijo mientras se encendía un cigarrillo y cuya primera calada le llegó al alma—. Pero aquí todo lo es y no podemos aplicarle una lógica a cualquier cosa que ocurra.

—Al final ya has aceptado que es una sirena —sonreí como si hubiera triunfado.

—He aceptado que en esta isla hay algo endiablado y nuestra salvación pasa por comprender cómo actúa. Tenemos que entender su comportamiento y saber qué es lo que quiere de nosotros.

—Las linternas estas no alumbran lo suficiente como para distinguir si es la sirena la que está arrastrando el barco —le dije.

Marta sostenía la cruz de nácar en la mano y la frotaba inquieta.

—No quiere que nos vayamos —musitó como si estuviese rezando—. Está apartando este barco de la vista para que nadie lo pueda ver. Por eso influyó en los marineros para que se pelearan y también tiene que ver con la locura del tío ese del yate.

—Vamos a ver. —Sonia soltó una enorme bocanada de humo que se estrelló contra el techo de la bodega—. Como veterinaria debo pensar en cómo pensaría un animal. Si damos por hecho que eso es una morsa, está claro que su intención no es utilizarnos como alimento, porque si no ya nos hubiera devorado. Esos animales cazan para comer.

—Yo tengo otra teoría —habló Blas desde su rincón—, pero quizá no os apetezca escucharla.

—¿De qué se trata? —le pregunté, molesto por su afán de llamar la atención.

—¿Qué hacen los animales cuando cazan una presa y no se la van a comer enseguida?

—La almacenan —respondió Sonia.

—Este barco es ahora mismo una enorme despensa que arrastra hacia un lugar seguro —concluyó Blas.

A mí esa explicación me sirvió porque es la que esgrimiría para esclarecer, cuando no lo halláramos, la desaparición del señor Smith.

## Capítulo 36

Esa noche no dormimos, ninguno. Sonia estuvo todo el rato fumando, Marta toqueteando la cruz de su pecho, Blas armando y desarmando el Kalashnikov, mientras probaba los cargadores que cogió de una caja. Y yo me limité a deambular por los pocos metros de espacio que había entre las cajas, las estanterías y las colchonetas. De vez en cuando me cruzaba con Sonia y ella me miraba directamente, como si quisiera decirme algo. Pero lo único que hacía era arrugar los labios y torcer el gesto, como si estuviera enfadada conmigo.

—Todo tiene un porqué —suspiró Marta, cuando estaba a punto de amanecer y hacía un buen rato que el barco dejó de moverse—. Si estamos aquí, en esta isla, prisioneros de ese monstruo, es por algún motivo que desconocemos.

—Creo que nunca saldremos de esta isla —comentó Blas, apesadumbrado—. Esta noche he llegado a soñar que debajo de nosotros, bajo la playa y las rocas de la arena, hay miles de esqueletos de todos los náufragos que han pasado por aquí antes.

—No digas eso, Blas. Mientras hay vida hay esperanza. —Sonia se puso en pie y se mesó el pelo con nerviosismo, era la primera vez que vi como le temblaban las manos—. La única posibilidad que tenemos es la de alejarnos de esta isla con este barco o con el yate del tío rancio ese.

—Bueno —intervine—, no tenemos que olvidar que podemos activar el faro y hacer señales por la noche con la parafina —la señalé con la barbilla.

—Desconozco cómo funciona el asunto de los faros —intervino Blas—. Pero hasta donde sé, son una señal de aviso para que los barcos no se estrelen contra las rocas. Ahora ya no tiene sentido, porque todos van equipados con radares GPS y saben por donde transitan. Dicho esto, imagino que si encendiéramos el faro por la noche, usando la parafina, cualquier barco o avión que pasara cerca y lo viera, no le daría más importancia. ¿Recordáis que Humberto nos dijo que estábamos en Indonesia? —Asentimos cabeceando—. Pues creo que por aquí hay más de dieciocho mil islas dispersas. Es imposible que ningún gobierno pueda controlarlas todas.

—Sí —interrumpió Sonia—, pero en Indonesia no hay morsas, te lo puedo asegurar. Ya lo comenté el otro día, las morsas solo habitan en el Ártico.

—Pero el clima de esta isla no se corresponde con el Ártico —apuntó Marta, frotándose ambas piernas con las manos para desentumecerlas—. Así que lo primero que tendríamos que saber es dónde estamos exactamente.

—Javier —me dijo Sonia, mirándome mientras expulsaba una bocanada de humo—, ¿recuerdas si en el yate había algún mapa o algo de ese estilo? Supongo que el marinero dispondrá de alguna carta de navegación.

—No, no había nada de eso —negué moviendo la cabeza.

—¿Ni un teléfono móvil? —volvió a insistir.

—No. No. Ya te lo dije. Ni una triste emisora.

—Cuando amanezca me gustaría acercarme al yate a echar un vistazo.

—¿No te fias de mí? —me puse a la defensiva.

—No es eso, lo que pasa es que cuatro ojos ven más que dos. ¿Tienes algún inconveniente con eso?

—No, claro que no. Te acompañaré.

—No te preocupes —rechazó mi ofrecimiento—. Iré sola.

—Es peligroso —se interpuso Marta, mientras miraba a Blas buscando su apoyo—. Dile que no lo haga.

—Ya es mayorcita —la defendió el viejo—. Quizá vea más cosas que Javier.

—Dado que somos tres los que estamos capacitados —habló Sonia obviando a Blas, ya que no podía moverse todavía—, propongo que nos repartamos las tareas de hoy y abarquemos todas las posibilidades de salir de esta isla. Ese ha de ser nuestro objetivo principal. Veamos —dijo elevando la cabeza como si estuviese pensando—. Yo iré remando con la barca hasta el yate. Tú, Javier, descarga las garrafas de parafina y súbelas hasta la cima, esta noche encenderemos el faro y dormiremos allí. Y tú, Marta, te podrías encargar del avituallamiento. Cocinar, que se te da bien, y recoger frutas y bayas para estos días o por si pudiéramos salir de esta isla para que no nos falte alimento en la travesía. No sabemos dónde estamos ni cuánto tiempo tardaríamos en encontrarnos con algún otro barco.

—Bien, me parece muy bien —expelí satírico, cuando Sonia concluyó con sus órdenes—. Hay algún fleco suelto que tendremos que pulir —carraspeé—. Tenemos que pensar que hay que trasladar a Blas, porque él no puede hacerlo por sus propios medios. También hay un detalle que nos ha pasado desapercibido, y es que esta zona no está en ninguna ruta de aviación, porque en este tiempo no hemos visto ni un triste avión en el cielo. Ni a lo lejos —añadí—. Tampoco sabemos dónde coño se oculta la morsa cuando no está visible. Quizá a pocos kilómetros de aquí hay otra isla más grande donde se refugia.

—La hubiéramos visto desde la cima —me interrumpió Sonia—. Y desde el faro solo se ve agua y más agua.

—¿Habéis visto El show de Truman? —preguntó Blas por sorpresa.

—¿Es una broma? —le dije mirándolo con odio.

## Capítulo 37

El primero en subir a la cubierta fui yo. Detrás de mí venía Sonia. Y más atrás, Marta. Blas se quedó en el interior de la bodega cambiándose la gasa de la herida, que por lo visto se estaba curando de forma favorable. Cuando salimos afuera y comprobamos dónde estábamos, nuestros rostros se desbarajustaron como si nos hubiéramos roto en miles de pedazos.

—¿Y la isla? —preguntó Marta, no dando crédito a lo que estábamos viendo.

—Esto es imposible —masculló Sonia, asomándose a la barandilla del barco.

El barco estaba amarrado a un muelle artificial de madera, construido rudimentariamente, y había una playa pequeña, repleta de restos de naufragios: cajas, maletas, bolsas, maderas rotas y flotadores. Parecía como si todos los restos de todos los accidentes de barco y avión de los últimos años, estuviesen allí concentrados.

—Estamos en la misma isla —habló Sonia, mientras se dirigía a la escalinata para salir del barco—. Es la misma isla, pero por la parte trasera. —Y señaló con su mano hacia la cima, donde asomaba la punta de la torre del faro.

Yo eché un vistazo rápido al centenar de pertenencias que había esparcidas sobre la arena de la playa y distinguí mi maleta de mano.

—Allí —la señalé con la cabeza—. Esa de ahí es mi maleta.

Corrí por la playa, sorteando toda la porquería de restos de algas, y equipaje de todos los viajeros que perecieron en esa isla, y llegué hasta mi maleta. Al cogerla noté que pesaba en exceso, seguramente porque se había llenado de arena.

—Sí, es mi maleta de viaje —afirmé cuando estuve seguro de que era esa.

Allí estaba mi neceser de aseo con la máquina de afeitar, el desodorante y la crema facial. Ropa interior y el par de camisas y pantalones de recambio. También estaban los calcetines y un libro cuyas hojas se habían arrugado y alguna estaba rota.

—¿Qué ocurre? —preguntó Blas, asomándose por la trampilla.

—¿Has podido subir? —le preguntó Sonia.

—Sí, ya no me duele tanto la pierna. ¿Dónde estamos?

—Por alguna extraña razón, la morsa ha arrastrado el barco hasta la parte trasera de la isla. —le respondió Sonia—. Mira —señaló hacia arriba—. Allí podrás distinguir la punta del faro.

—Estamos en un puerto artificial —dijo asomándose por encima de la barandilla—. ¿Y la barca?

—La barca —repitió Sonia.

Blas estaba en lo cierto, la barca que nos acompañaba, y nos dotaba de cierta movilidad, había desaparecido. La morsa arrastró al Takdir, pero no se ocupó de su barca.

—Sin ella no podemos ir a ningún sitio. —El viejo arrugó la frente visiblemente agotado—. ¿Por qué nos habrá arrastrado hacia aquí?

—Nos ha escondido de la vista —masculló Marta, agarrando fuertemente la cruz de su pecho—. Nos ha traído hasta aquí para dificultar que nadie pueda encontrarnos. Cada vez nos esconde más y destruye cualquier posibilidad de salir de esta isla. Esa morsa es discípula del demonio y nosotros estamos en el infierno.

—No perdamos la calma —trató de apaciguar Sonia—. Quizá ha apartado el barco porque le molestaba para comer. Ella se alimenta de moluscos, camarones o cangrejos, y el Takdir supone un impedimento en su zona de pesca. Si lo miramos desde esa perspectiva, no ha hecho otra cosa que limpiar su comedero, el arrecife. Esto es un puerto artificial, lo que significa que se utilizó para otros barcos; aunque parece que hace mucho tiempo que no se usa. Igual que el faro.

—Tenemos que regresar a la parte frontal de la isla —conminó Blas, con los ojos desencajados—. Aquí estamos demasiado ocultos para que alguien pueda vernos.

## Capítulo 38

Durante toda la mañana estuvimos revisando los bultos que había en la playa y hallamos un sinfín de pertenencias de otros viajeros, estábamos convencidos de que nos serían de utilidad. Cada vez que descubríamos algo de interés, lo acercábamos al barco y lo dejábamos en la cubierta, donde Blas determinaba qué era útil y qué no.

—Si encontráis un teléfono móvil, traedlo aquí aunque esté apagado —nos dijo—. No hay que descartar que alguno funcione, ya que muchos pasajeros los suelen apagar cuando despega el avión y, si no se ha dañado la batería, es probable que todavía funcione.

Blas se había sentado en una tosca silla de madera que subimos de la bodega y observaba con los prismáticos todos los bultos que había en la playa. De tanto en tanto llamaba al que estaba más cerca de alguno y le señalaba lo que a su juicio pudiera ser interesante.

—Sonia, allí —voceaba con comicidad—. Hay una bolsa abierta y dentro parece que se ve un teléfono móvil.

Entonces, Sonia daba cuatro saltos con sus gráciles piernas, sin pisar ningún bulto de la arena, y se plantaba delante del objetivo que le había marcado Blas.

—Sí, es un móvil —chillaba—. Pero está apagado. Y no se enciende —añadía tras probar a ponerlo en marcha.

En menos de una hora habíamos reunido una docena de teléfonos móviles, pero todos estaban apagados y no se encendían pese a que pulsamos con insistencia sobre sus botones, lo que nos indicó que estuvieron muchas horas sumergidos en el océano. Nos llamó la atención que había algunos muy antiguos, de los primeros modelos de Nokia con botones, síntoma de que muchos de esos equipajes llevaban décadas allí.

Marta, muy perspicaz, me preguntó en un momento que los dos nos quedamos solos cerca del camino que llevaba a la cima, cómo es que el propietario del yate dejó que yo me llevara tantas cosas de allí.

—¿Él no necesita esas provisiones? —fue su pregunta.

—Uy —exclamé cómicamente—, no sabes la de cosas que tiene ese tío en el yate. Ya os dije que no está muy bien de la cabeza y me vi obligado a recoger en la barca todo lo que me entregó. Ya verás cuando lo conozcas, es un tipo muy peculiar.

Después de hablar conmigo, caminó unos metros agachada, observando con atención un grupo de maletas con ruedas que había en la arena.

—Antes te he visto toqueteando un teléfono —comentó Blas desde su poltrona, cuando me acerqué hasta él a entregarle la funda de unas gafas—. ¿No funcionaba?

—No, lo siento. Pensé que estaba encendido, pero fue una jugarreta de un rayo de sol que iluminó la pantalla cuando lo saqué de la bolsa.

Cuando calculamos que era mediodía y el hambre nos comenzó a apretar el estómago, Marta abandonó la búsqueda y se encaminó a la cubierta del barco para hacer, según nos dijo, la comida. Entre lo que había en la bodega del Takdir y lo que le requisé al yate de Smith, teníamos para aguantar unos días, pero no demasiados. Yo lo tenía todo previsto, y sabía que en una isla no nos faltaría de nada. Y siempre podía aprender a pescar.

—¿Cómo va tu pierna? —le preguntó Sonia con un tono cariñoso.

A mí me comenzó a poner enfermo ese acercamiento que tenía ella hacia él. Pero, Sonia, por favor, pensé, no ves que es un viejo decrepito y acabado.

—Me duele —fue su respuesta—, pero parece que la herida está sanando.

—No te cambies la gasa tú —le dijo—, ya lo haré yo y así veré como evolucionan los puntos.

Mientras Marta calentaba una olla de judías blancas en el fuego que hizo con la parafina, yo quise mantener una conversación con Sonia. Pero ella, no sé por qué, me esquivó. Parecía más ocupada en hallar la forma de salir de esa isla, que en conversar conmigo. Sin embargo, bien que hablaba con el viejo. Por un momento hasta lamenté que no fuese yo el que me hubiera jodido la pierna, solo para que Sonia me curara y me hiciera mimos.

Después de comer, las mujeres iniciaron una conversación entre ellas, mientras Sonia se fumaba un cigarrillo detrás de otro. Yo presté atención un rato, hasta que me cansé. Sabía que mientras Blas estuviera malherido, ella no querría subir al faro conmigo. Si supiera lo que a mí me importaban esos dos abuelos. Mientras las escuché, estuvieron analizando el comportamiento de la sirena y se preguntaron sobre su última hazaña, la de arrastrar el barco hasta ese puerto artificial. Blas había anotado que era para tenernos cerca por si necesitaba comernos. Y la sabionda de Marta sugirió que era para no dejarnos escapar de la isla. Sonia seguía sosteniendo que la sirena no era más que la mutación de una morsa, pero no se portaba muy distinto a esos animales. Ella sabría, que para eso era la veterinaria oficial del grupo. Pero yo comencé a desarrollar mi propia teoría, y quizá era la más acertada. Ese monstruo no era tan tonta como pensé en un momento y es posible que su comportamiento fuese más humano de lo que se podría esperar. Estaba convencido de que se había confraternizado con Sonia, y pensé que todas sus acciones estaban encaminadas a protegerla.

—¿De qué te ríes? —me preguntó Sonia, en un momento que debí esbozar una sonrisa.

—Nada —rechacé darle alguna explicación—. Estaba acordándome de un compañero de trabajo muy gracioso. Ojalá estuviese aquí, con nosotros, para animarnos.

Luego se giró y siguió conversando con Marta, como si yo acabara de decir una gilipollez. Y de hecho lo era, pero no se me ocurrió ninguna excusa mejor para justificar mi sonrisa.

—¿Y tú, cómo lo llevas? —me preguntó Blas, tratando de iniciar un diálogo conmigo.

—Bien, no lo llevo mal.

—Espero que no estemos mucho tiempo aquí, en esta isla. Esto empieza a ser preocupante.

Mientras hablaba, se iba probando varias gafas que habíamos hallado entre las pertenencias de la playa y comprobaba si la graduación se aproximaba a la suya. Las que desechaba se las entregaba a Marta, para que ella examinara si le servían.

—Bueno, tampoco se está mal —reflexioné como un zoquete.

—Sabes —siguió hablando—, antes, cuando buscabais entre los paquetes de la arena, os he estado observando con los prismáticos y he visto algo que me ha causado pavor, pero no he dicho nada para no asustar a las mujeres.

Yo encogí el rostro y le animé a que me siguiera explicando. Su tono de voz había bajado tanto que era imposible que las mujeres nos pudieran oír.

## Capítulo 39

Hubo un momento —me dijo—, que Marta estaba hurgando entre unas bolsas que hay en la parte más próxima al muelle y Sonia estaba husmeando en una maleta grande. Aquella de color rojo donde halló los perfumes de Chanel.

—La recuerdo —asentí.

—Tú te habías acercado a la parte más alejada, la que está pegada al inicio del camino hacia el faro, pero por la parte trasera. ¿Te acuerdas?

—Sí. Sí —otorgué, molesto por la lentitud con la que estaba hablando.

—Te vi como trasteabas con un bolso de mujer y removías el interior buscando un teléfono móvil.

—¿Y qué?

—Antes de que llegaras hasta allí, yo ya había peinado esa zona con los prismáticos, para otear si había alguna cosa de interés. Y recuerdo perfectamente como en la arena de aquella esquina había huellas de pisadas.

—¿Huellas de pisadas? Serían las nuestras —le dije.

—Imposible, porque el único que llegó a esa zona fuiste tú, y cuando vi las huellas aún no las habías hecho.

—¿Estás insinuando que hay alguien más en esta isla, aparte de nosotros? Eso es absurdo. Puede que esas huellas lleven aquí mucho tiempo, antes de que llegáramos nosotros.

—No, imposible. Con los prismáticos las pude ver bien y te puedo asegurar que son huellas recientes, de un par de días a lo máximo. Si fuesen más antiguas se habrían secado y he comprobado que siguen húmedas.

—Bueno, quizá sea de alguno de esos marineros que había en este barco —traté de restarle importancia—. Es posible que antes de que nosotros los viéramos desembarcar en la isla, ya lo hubieran hecho ellos en esta zona.

—Es posible, es posible —repitió un par de veces antes de repantigarse hacia atrás—. Creo que trataré de echar una siesta, el dolor de la pierna me está matando.

Mientras Blas dormía recostado en la cubierta del barco, sobre una manta que subió Marta desde la bodega, contemplé como el sol de la tarde le sombreaba la cara. Detrás de él, acodada en la barandilla, estaba Sonia. Su mirada se había perdido en el horizonte.

—Si no fuera por la sirena, la verdad es que esto es un paraíso —comentó conteniendo un bostezo.

—¿En qué quedamos? —quise ser gracioso—. ¿Es una sirena o una morsa?

Marta se puso a limpiar los platos con un trapo húmedo.

—Creo que es una mutación extraña. Créeme, eso es una morsa, pero por algún descalabro de la naturaleza es diferente a las de su especie. Ni siquiera sabemos si es de aquí.

—¿De esta isla, quieres decir?

—No, de esta isla seguro que no es. Las morsas solo están en el Ártico. Me refería a si es de este planeta.

Marta había terminado de limpiar los platos, los vasos y los cubiertos, y se situó cerca del muelle y se arrodilló. Sonia y yo la contemplamos mientras se puso a rezar sosteniendo la cruz en su mano.

—Como un extraterrestre.

—Sí, algo así. Quizá llegó a esta isla hace unos años, cuando aún era una cría, y se ha ido adaptando al clima. En cierta manera, es un ser incomprendido. Única en su especie, por eso digo

que quizá no sea de este planeta.

—Pero es un monstruo, Sonia.

—¿Por qué insistes tanto en eso, en que es un monstruo? No es más monstruo de lo que podamos ser nosotros para ella.

—Ella mató a los marineros de este barco —repetí otra vez.

—No. Un marinero mató al otro y el que se salvó se lanzó sobre ella.

—Embelesada por sus cánticos.

—Otra vez no —dijo con sequedad y con una pequeña inclinación de su cabeza—. Canta porque le gusta cantar, como nos podría gustar a nosotros. Imagínate que ella, que está rezando —me dijo mirando a Marta—, atrajese a algún animal distinto a nosotros. ¿Podríamos acusar a Marta de ser una asesina?

—Hombre, Sonia, el ejemplo que me has puesto no vale mucho, la verdad. Nadie se abalanzaría sobre Marta si la viera rezando.

—Porque para ti, una anciana rezando no significa nada. Pero si viniese alguien de otro planeta quizá, para él o ella, una mujer rezando supondría un reclamo. La sirena se sube a su roca y entona baladas porque es lo que le gusta, pero no tiene la culpa de que los hombres se sientan atraídos por ella.

—¿Y por qué crees que nos ha arrastrado hasta aquí? —le pregunté al ver que parecía tener respuesta para todo.

—Para protegernos —respondió Marta, incorporándose a nuestra conversación.

—¿Protegernos, de quién?

—En esta isla hay un peligro y no es la sirena —explicó Marta, sosteniendo en su mano derecha la cruz del pecho—. Si hubiera querido comernos ya lo habría hecho en el mismo momento que llegamos. No era necesario esperar a que la viéramos. Pero sin embargo ha arrastrado este barco hasta aquí, a la parte oculta de la isla, que no sabíamos ni que existía, donde hay equipaje de otros viajeros a los que también se les accidentó el avión o el barco. Presiento que aquí estamos más seguros que en alta mar.

—Tampoco era alta mar, sino una zona alejada de la playa, pero en el arrecife de arena —la contradije.

Cuando la anciana bajó a la bodega del barco, miré a Sonia con inquietud y le dije:

—Esa vieja está como una chota.

Sonia me miró con odio.

## Capítulo 40

Antes de que anocheciera, estuvimos hablando los cuatro de cuál sería el plan al día siguiente. De momento llevábamos ya varios días en la isla, y no parecía que estuviésemos avanzando mucho. La teoría de Marta de que la sirena nos estaba protegiendo no tenía ningún sentido, porque si nos protegiera lo que tendría que hacer era canturrear por la noche para atraer a un buque de rescate y no un barco pirata de mierda, y encima estropeado, o un yate de recreo de un payaso que seguramente estaba viajando de puro aburrimiento.

En un momento dado, cuando Sonia se había encendido el enésimo cigarro del día y Marta me dijo que cerrara el pasador de la trampilla del techo, me dije que hasta que no desaparecieran esos dos carcamales, Sonia y yo no podríamos ser felices en ese paraíso. No podía seguir usando el Zolpidem, porque Sonia había comenzado a desconfiar al percatarse de que faltaban algunas pastillas del botiquín del barco. Deshacerse de Blas era complicado, porque el tío no se movía. Y con Marta tenía que aprovechar un momento en que estuviéramos los dos solos, pero siendo una anciana eso también sería difícil. Así que la única forma de hacerlo sería sacándola del barco con cualquier excusa y llevarla al faro.

—Marta —le dije interrumpiendo la conversación que mantenía con Sonia—. Qué te parece si a primera hora de la mañana nos acercamos al faro, mientras Sonia cura la herida de Blas y tú, que eres manitas con los jardines, arreglas aquello un poco para adecentarlo en los días que tengamos que estar allí arriba.

Sonia me miró con dulzura. Ella entendió que lo que yo quería era hacer que la anciana se sintiera feliz con lo que más le gustaba: arreglar jardines.

—Yo aprovecharía para acercarme al yate si tuviera la barca y convencer al forastero de que nos ayude a salir de la isla —nos dijo a punto de bostezar—. Pero a saber por dónde para la puta barca.

En el fondo me preocupaba que Sonia quisiera ir sola hasta el yate, porque temía que viera algo que la hiciera desconfiar. Afortunadamente pude desenganchar la barca la noche anterior y la sirena estuvo de mi parte al arrastrar el barco hasta ese muelle artificial.

—Prefiero quedarme aquí, en el barco —objetó Marta—. Hay muchas cosas que hacer, como preparar la comida y limpiar, y me da reparo que nos separemos.

Dicen que el miedo guarda la viña, y Marta estaba tan asustada que temí no poder alejarla de allí, así que tuve que tirar de imaginación.

—No estaremos aquí eternamente, así que lo mejor es que tú y yo subamos mañana al faro y lo preparemos para dormir la noche siguiente. Yo daré varios viajes transportando las garrafas de parafina y lo iluminaremos toda la noche, esperando que alguien nos vea.

—Está bien —pareció aceptar finalmente, con un leve balanceo de su cabeza—. Ahora es mejor que descansemos, no sé qué me pasa que cada día tengo más sueño.

Yo miré la jarra metálica de agua y calculé que ya no podía deshacer más hipnóticos allí sin que Sonia los echara en falta.

Esa noche no dormimos bien. El hecho de que el barco estuviera encajado en el muelle artificial, con la playa tan cerca, hizo que todos nos preocupáramos de la inseguridad que eso suponía. Allí, alejado de la costa, nos sentíamos protegidos porque solo se podía acceder al barco a través del arrecife de arena. Pero ahí, cualquiera podía subir por la escalinata y adentrarse en la cubierta. La noche había avanzado y todo sonido que viniera de arriba conseguía que inmediatamente levantáramos la cabeza y observáramos el techo.

—Ha sido el viento —tranquilizó Sonia, cuando se escuchó como algo golpeaba el suelo de la

cubierta.

El Takdir se balanceaba más que cuando estaba en alta mar, quizá porque al estar en el muelle era más vulnerable al viento y al oleaje de la costa.

—¿Y si la brisa nos empuja y nos escupe hacia el océano? —preguntó Marta, atemorizada.

—Eso es imposible —murmuró Blas, desde su rincón—. El viento siempre tiende a arrastrar los cuerpos hacia la orilla, no al revés.

Ese tío me ponía enfermo con su engreimiento, parecía tener respuesta para todo. Aunque yo creo que hablaba por no callar.

Finalmente, todos, yo incluido, nos quedamos dormidos.

## Capítulo 41

Marta fue la primera en subir a la cubierta. Como buena anciana dormía poco y era la que antes se despertaba. Yo abrí un ojo y contemplé sus piernas blancas y las venas azules, mientras ascendía por la escalinata. En ese instante me dio por pensar que una caída desde los casi tres metros que había no la mataría, pero la dejaría lisiada como a Blas. Luego miré a Sonia y me recreé observando sus piernas ladeadas y sus manos apoyadas en la cabeza, como una niña pequeña acurrucada en su cama.

—Esta noche no he oído a la sirena —musitó Blas, haciendo el esfuerzo de incorporarse.

—Yo tampoco —comentó Sonia—. Aunque he dormido del tirón.

—¿Tú, la has oído? —me preguntó Blas.

—No, tampoco he oído nada esta noche.

El sonido del pasador de la portezuela abriéndose nos distrajo. Marta estaba asomándose a la cubierta, contraviniendo las instrucciones de Blas, que dijo que el primero en salir tenía que ser yo. Y con el Kalashnikov en las manos.

—Déjala, así se siente útil —le dijo Sonia en susurros, para que ella no nos oyera.

La baza de que la vieja tenía que sentirse útil es la que me iba a permitir alejarla de ellos en el camino hacia el faro durante esa mañana.

—¡Venid! —chilló Marta desde arriba.

—¿Qué ocurre? —preguntó Blas, haciendo el gesto de ponerse en pie.

—Hay otro naufrago en la arena.

Yo fui el primero en subir por la escalera, y Sonia venía detrás de mí. Ni siquiera pensé en coger el fusil, porque no creí que lo fuese a necesitar. Marta habló de un naufrago, y todos pensamos que estaba vivo. Mientras subía pensé que si cuatro ya éramos muchos en esa isla, con cinco ya ni te cuento.

—Allí —señaló con su mano hacia la orilla.

Ella estaba en lo cierto. En la orilla de la playa, mecido por las olas, había un cuerpo tendido boca abajo. Evidentemente estaba muerto o el tío podía aguantar la respiración como un bestia. Estaba hinchado, lo que nos indicó que tenía que llevar mucho tiempo bajo el agua. El primero en descender del barco fui yo, por lo tanto es el que estuve más cerca de él cuando comprendí que ese cadáver era el de Smith, el tío del yate. Reconocería esa ropa de turista playero en cualquier parte. Enseguida miré hacia el océano y, aunque no se podía ver el yate desde allí, sí que calculé que era demasiada casualidad que el agua hubiera escupido su cuerpo desde donde yo lo arrojé.

—¿Está vivo? —gritó Sonia antes de acercarse.

—No. Está más muerto que mi abuela —dije sin pensar.

—No me gustan esas bromas, Javier.

—Lo siento. Es la tensión de estar en esta isla —justifiqué.

Cuando lo giré, Sonia y Marta ya se habían situado detrás de mí.

—Será otro pasajero de nuestro vuelo —comentó Marta, agarrando esa estúpida cruz que siempre le colgaba del pecho.

Tardé medio minuto en pensar si decirles que era el tío del yate o dejar en el aire que podía ser un pasajero de nuestro avión. En ese tiempo de silencio calibré una posibilidad y otra, decidiendo cuál sería mejor en mi situación. Finalmente, ante la mirada expectante de las dos, les dije:

—Oh, es el señor Smith, el del yate.

Sonia arrugó la frente de una forma tan exagerada que hasta la vi fea.

—Pero, ¿qué ha podido pasar?

—Ya os dije que ese tío era muy raro. Igual se ha suicidado.

Mientras hablaba, Marta se había acercado al cuerpo y lo palpaba como si no se creyera que estuviera muerto.

—Se golpeó la cabeza al tirarse del yate —comentó despreocupada.

Sonia se interesó por el comentario de la vieja estúpida y se acercó hasta la cabeza para examinarlo. Con su mano derecha hurgó entre la cabellera rubia de Smith y enseguida emitió su veredicto.

—Tiene el cráneo destrozado —dijo.

—Se habrá golpeado con una roca al tirarse al agua —sugerí.

—No —negó tajante mientras palpaba el cuero cabelludo—. Tiene dos fracturas, y no creo que en el agua se pueda rebotar para darse dos golpes tan juntos. Trae la tabla del barco, con la que transportamos a Humberto. Lo examinaré con más detenimiento en cubierta. Pero a este tío lo han asesinado —expelió con profesionalidad forense.

## Capítulo 42

Cuando subimos el cuerpo de Smith a la cubierta del barco, percibí como alguien se movía en el comienzo del camino que llevaba a la cima de la isla. En un inicio pensé que se trataba de algún animal, como un ave que se hubiera posado sobre unas ramas. Pero mientras Sonia comenzó a examinar el cadáver, me di cuenta de que quien estaba oculto entre la maleza era un hombre. Entonces lo comprendí todo. Fuese quien fuese, era el que había arrastrado el cuerpo del tío del yate para ponerme en evidencia. No sé cómo, pero lo debió hallar sumergido al lado de su barco y lo remolcó hasta esa playa para que todos lo vieran.

—¿Qué miras tanto? —me preguntó Sonia, cuando se percató de que me había distraído mirando hacia el camino.

—Nada. Me pareció ver a alguien.

—Anda, coge de ahí —me señaló el cuerpo de Smith—, que quiero examinar bien el cadáver.

—¿Qué ocurre? —le preguntó Marta, cuando vio que Sonia mostraba un mohín de preocupación.

—Creo que a este tío lo han asesinado —insistió—. En el tiempo que estuve haciendo las prácticas en una clínica veterinaria rural, tuvimos que curar a perros de caza que habían sido apaleados, y las heridas de la cabeza de este hombre me recuerdan mucho a las que provoca el golpe de un objeto contundente, como un palo.

Yo ni siquiera presté atención a lo que estaba explicando, porque no dejaba de mirar hacia los arbustos.

—¿Dónde vas? —me pregunto Sonia, atribulada.

—Voy a estirar las piernas un poco —mentí—. Me estoy agobiando.

Bajé del barco y caminé por el estrecho trozo de playa hasta que llegué al camino de la cima. Desde esa parte de la isla había más trecho hasta acceder al faro, pero el trayecto era menos empinado, por lo que no costaba tanto ascender. Me iba girando cada pocos pasos, conforme me alejaba de la playa, y cada vez lo veía todo más pequeño, como un juego de mesa donde puedes distinguir todas las piezas de un solo vistazo. Abajo estaba la playa repleta de fardos resquebrajados de todos los naufragios y accidentes de avión anteriores. Pude ver el muelle de madera, con el Takdir amarrado. Y a Marta y Sonia en la cubierta, examinando el cadáver de Smith. A lo lejos se distinguía su yate, anclado a pocos metros de la orilla, sobre el arrecife de arena. En un momento determinado presencié como Sonia levantó la cabeza y me miró. Yo elevé la mano y la saludé, pero ella no me vio o hizo ver que no me veía.

Y entonces fue cuando divisé una embarcación de color blanco, aparentemente muy moderna, amarrada al lado de nuestro barco. Me extrañó que no la hubiera visto antes. Y que ninguno de los otros la hubiera visto, ni siquiera Blas.

—¡Oiga! —escuché que me hablaba alguien—. ¿Quién es usted? ¿Entiende mi idioma?

Me fijé que era un hombre muy delgado y menudo, no mediría más de un metro sesenta y cinco y pesaría unos sesenta kilos. Iba ataviado con un mono de color gris oscuro, como si fuese del ejército, y en sus labios pendía una pequeña rama que estaba chupando. Cuando me llamó sostenía en su mano un pequeño capazo y parecía que estaba recogiendo bayas del camino.

—Soy el de ese barco —respondí mientras caminaba hacia él.

—Lo he visto esta mañana cuando he llegado —me dijo—. Pero pensé que estaba abandonado. Hay varios pescadores de la zona que cuando se les averían sus barcos, los traen aquí y los amarran hasta que alguien viene a repararlos. Pero usted no tiene aspecto de pescador —me dijo mirándome como si yo fuese un bicho raro.

—¿Y usted quién es y qué hace aquí? —le pregunté con el mismo tono que él me estaba hablando—. Llevamos días en esta isla y pensábamos que estaba abandonada.

—Y lo está —sonrió removiendo el palo de su boca—. Pero alguien tiene que mantener el faro para que las pequeñas embarcaciones que faenan entre semana por la zona no embarranquen en el arrecife de arena.

—¿El faro? ¿Qué faro?

El hombre señaló hacia arriba con la barbilla y contemplé una torre de unos seis metros de alto, pintada de blanco, y con una lámpara en la cima. Lo acompañé mientras ascendía con el capazo bajo su sobaco.

—Yo soy mexicano —me dijo—. Por eso hablo bien su idioma. Sé que es usted hispano porque antes lo escuché hablar solo en la cubierta del barco. Yo hago igual a veces.

—¿El qué?

—Hablar solo. Paso tanto tiempo en esta isla, al cuidado del faro, que hablo solo para entretenerme.

Cuando llegamos a la explanada del faro pensé que era algún tipo de broma. Al principio creí que en esa isla había dos faros: uno en cada lado, pero el faro de ese hombre era el mismo en el que habíamos estado cobijados los cuatro durante los primeros días, solo que más alto.

—¿Cómo lo ha hecho? —le pregunté cuando dejó el capazo en el suelo y abrió la puerta metálica accionando la manivela.

—¿El qué? —respondió con desconfianza.

—Reparar el faro en tan poco tiempo. Ayer no era más que un edificio en ruinas.

—Así que es usted el que ha dormido aquí este fin de semana —me dijo sin perder la sonrisa—. Esta mañana al llegar he visto que alguien se había acostado en mi camastro, pero no le he dado importancia. Es habitual que algún fin de semana, cuando yo no estoy, llegue hasta aquí alguna embarcación, como ese yate que hay ahí abajo, y suban hasta la cima a otear el paisaje. El piélagos es precioso desde aquí. Por eso no cierro la puerta con llave, y hasta ahora nadie ha robado nada. Me parece inconcebible que alguien viaje a esta isla solo para robar a un pobre farero. Por cierto: ¿cuántos días hace que llegó?

—Llegamos el viernes por la noche, creo —respondí no muy convencido.

—¿Llegamos?

—Sí, ya se lo he dicho antes, somos cuatro en total.

—¿Los del yate vienen con ustedes?

—El señor Smith viaja solo.

—Veo que lo conoce —anotó cuando lo nombré.

—Hablé con él ayer —le dije—. Es un tío muy extraño.

—¿Le apetece una taza de café indonesio? —me preguntó con hospitalidad—. Justo ahora iba a preparar una cafetera.

—Claro —acepté—. Un café siempre apetece.

—Acomódese que enseguida se la sirvo —y me señaló una pequeña butaca que había frente a una estufa de carbón.

Yo me senté algo conmocionado por lo extraño de la situación, mientras él salió afuera y caminó hasta el borde de la cima. Vi que extrajo un teléfono móvil y se dispuso a hablar.

Me acerqué despacio por detrás, sin hacer ruido, y presté atención a la conversación que mantenía. Hablaba en inglés, pero no tuve ningún problema en comprender lo que estaba diciendo. Alertaba de que en la isla del faro había un hombre muy extraño que podría tener relación con la desaparición de los marineros del Takdir. Escuché como sugirió que podía ser el chico que saltó

del crucero de recreo que hacia la ruta por las cinco islas, como indicaba la propaganda del puerto.

Enseguida comprendí lo que estaba pasando. El farero pretendía culparme a mí de los desaguisados de la sirena. Y yo no podía permitirlo de ninguna de las maneras. Recuerdo su expresión de espanto mientras caía braceando hacia atrás como si estuviera nadando en el aire. Sonia y Marta ni siquiera advirtieron cuando su cuerpo impactó contra la arena de la playa. Y eso que hizo ruido, vaya si lo hizo. Unos metros a la derecha de donde cayó, oculto entre unos matorrales, estaba el cadáver del señor Smith. Pero solo se podía ver desde el faro.

## Capítulo 43

El poco dinero que llevaba en mi viaje se agotó y decidí sacar un billete de avión desde Ho Chi Minh a Macasar, donde podría vivir mi propia aventura en alguna de esas islas solitarias de las dieciocho mil que dicen que hay en Indonesia.

Cuando salté del crucero de recreo no había ningún otro pasajero mirando, ya que procuré hacerlo desde una zona donde nadie me pudiera ver. Sabía que en algún momento detectarían mi ausencia, pero esperaba que para entonces yo ya estuviera tan lejos que les sería imposible saber dónde estaba.

Después de unas agonizantes horas braceando, pensé que finalmente no lo iba a conseguir y moriría ahogado. Recuerdo que estuve amontonando piedras y algas húmedas en la arena de la playa, formando la palabra 'HELP'. Después del esfuerzo que me llevó toda una mañana, no estuve conforme y lo destruí, arrastrando los pies con furia, y caligrafí la palabra 'SOS'. Me parecía una estupidez distinguir entre una palabra u otra, porque lo cierto es que en ese instante lo único que ansiaba es que alguien me rescatara de la isla. Ya no me parecía tan buena idea el estar allí, solo. El miedo no me dejaba pensar y temí ser atacado por un animal o unos piratas o el peor de los temores a los que se puede enfrentar un náufrago: el hambre. Ya era consciente de que no sobreviviría a base de salaks y bayas que pudiera obtener del camino que llevaba al faro. Y lo que señalara en la arena solo se vería desde un avión, pero por allí no parecía que pasaran aviones. Y los cruceros solo pasaban cerca de la orilla si estaba en el trayecto de su ruta turística, como el que me llevó a mí.

La primera vez que sentí extrañeza de la presencia de Blas y Marta, los primeros que vi, fue cuando ella seguía manteniendo la cruz nacarada colgando de su pecho. ¿Cómo es que el océano no se la ha arrebatado? Me pregunté. El aspecto de Blas también era extraño, ni siquiera se había despeinado y su traje se veía igual de impecable que en el vuelo desde Madrid. También era curioso que estuvieran allí, conmigo, los únicos pasajeros con los que entablé contacto durante el viaje.

—¿Os habéis salvado? —les pregunté al comprender que nosotros éramos los únicos supervivientes del accidente de avión.

Desde el faro vi que había movimiento en la playa. Pensé que éramos pocos y parió la abuela, porque si ya me molestaba la presencia de Blas y Marta, por el punto de distracción que infringían en la relación que podíamos mantener Sonia y yo, no toleraría de ninguna de las maneras que hubiera alguien más. Pero ni Blas, un viejo de más de setenta años, ni Marta, por supuesto, suponían una competencia en el flirteo con ella. Pero dos avezados y aguerridos marineros era algo bien distinto. No había duda de que Sonia era una mujer echada para adelante y pensé que esos piratas de ahí abajo la contemplarían con lujuria. Así que lo mejor que podía hacer era eliminarlos de la ecuación, si quería protegerla.

Descendí por el camino de la cima y me adentré en la playa con intención de entablar contacto con ellos. Cuando llegué, los dos estaban acuclillados cerca de un árbol y por lo visto estaban recogiendo fruta en sendas bolsas que portaba cada uno en el hombro.

—Hola —los saludé con desparpajo.

Los dos me observaron como si no entendieran mi idioma, aunque su aspecto era europeo.

—¿Son ustedes de por aquí? —les pregunté.

Ellos sonrieron y el más alto me respondió.

—Sí, somos colombianos —me dijo con un marcado acento sudamericano—. Somos pescadores y hemos parado aquí a repostar algo de fruta. ¿Es usted el nuevo farero? —me

preguntó.

El otro parecía que no entendía mi idioma o era sordomudo, porque se limitó a sonreír con expresión estúpida. Mientras pensaba en cómo justificar mi estancia allí, pero sin hablarle de la presencia de Sonia, Marta y Blas, que seguían protegidos en el interior del faro, vi que en el suelo habían dejado un machete de explorador de grandes dimensiones y que seguramente lo usarían para hacerse paso entre la maleza.

—No, el faro no funciona —respondí.

Ellos miraron hacia arriba y se sonrieron.

—Sí, ya sabemos que no funciona el fin de semana. ¿Está usted solo?

—Sí —balbuceé—. Más solo que la una. ¿No les asusta la morsa? —les pregunté a continuación.

—¿Qué morsa?

—Esa de ahí —señalé hacia la roca de la playa.

Cuando los dos giraron sus cabezas y, aprovechando que estaban agachados recogiendo piezas de fruta del suelo, agarré el machete y lo lancé contra la cabeza del que era más alto y, por lo tanto, podía ofrecer mayor resistencia. El otro no tuvo tiempo de ponerse en pie, pero trató de alejarse arrastrándose, supuse que buscando la distancia para poder erguirse y correr o atacar. Lo perseguí mientras clavaba el machete en su espalda. Finalmente, cuando se detuvo, lo lancé varias veces contra la cabeza, hasta que me cercioré de que no se movía.

Luego arrastré sus cuerpos y los oculté entre la maleza. No quería que si los vieran mis compañeros de accidente, se asustaran. Y tampoco tenía ganas de estar dando explicaciones de por qué los maté. Y si tuviera que hacerlo, les diría que ellos me atacaron primero. O, mejor aún, que fue la sirena la que se los cargó.

Tuve que hacer un esfuerzo enorme para empujar la barca de los marineros y devolverla al agua. Tenía que darme prisa si quería llegar al barco antes de que su tripulante supiera lo que había ocurrido en la isla. Mientras yo empujaba, Sonia, Marta y Blas me miraban sonriendo desde la playa, como si les pareciera gracioso. Pero los convencí de que teníamos que llegar al barco si queríamos salir de esa isla. Ellos me creyeron y yo me di por satisfecho.

El marinero me recibió acodado en la barandilla del barco. Cuando subí por la escalera me sorprendió que hubiera un fusil apoyado en la caseta del timón.

—No tenga miedo, mi amigo —me dijo señalándolo con la barbilla—, no somos unos piratas, pero por estas islas es mejor llevar uno por si acaso.

El tío hablaba español, pero con acento, como sus colegas. Me dijo que transportaban parafina y tabaco de contrabando y que se habían detenido en esa isla a recoger provisiones, ya que había una charca de agua dulce y varios árboles frutales.

—¿No ha visto a mis compañeros? —me interrogó.

Yo sabía que se refería a los dos marineros que desembarcaron en la playa. En ese instante no le podía decir la verdad, que una morsa gigante se los había cargado.

—No, no he visto a nadie —le dije imprimiendo sinceridad en mi voz—. Escuche, ¿no tendrá usted algún calmante? Creo que me lastimé el muslo de la pierna derecha en el accidente y me duele horrores.

—A ver, déjeme ver esa herida —me dijo agachándose para observar mi pierna.

El tío me dio unos cuantos puntos de sutura con aguja e hilo que extrajo del botiquín del barco. Me comentó que había estudiado tres años de veterinaria, aunque no acabó la carrera. Mientras sellaba la herida, me fijé en varias cajas de medicamentos.

—¿Y eso? —le pregunté.

—Son hipnóticos —me dijo—. Zolpidem y Zopiclona, sirven para dormir a un caballo.

Se presentó como Humberto y me enseñó la bodega del barco, ofreciéndomela por si quería pasar la noche allí.

—En cuanto regresen mis compañeros nos iremos de la isla y le dejaremos en el primer puerto que hallemos —avanzó mientras apoyaba el fusil en la pared de la bodega.

Yo lo miré con desconcierto.

—No se preocupe tanto por ese arma —sonrió mostrando unos dientes negros—, ya que veo que la mira mucho. Es un Kalashnikov, el mejor fusil del mundo y que hasta un niño puede usar por su sencillez.

Me preguntó si tenía hambre, ya que se disponía a preparar un buen puchero de judías. Le dije que sí y que estaría encantado de comer con ellos, refiriéndome a los otros dos marineros que, por lo visto, estaban a punto de regresar.

—Acomódese —señaló hacia unos colchones roídos que había en el interior de la bodega.

## Capítulo 44

—Estoy agobiado de estar aquí encerrado —le dije, conchabándome con él.

Mientras le hablaba, el marinero no le quitaba ojo a las piernas desnudas de Sonia. No había duda de que si pudiera forzarla allí mismo, lo haría.

—Está buena tu compañera —me dijo, sonriendo monstruosamente.

—Sí que está buena —asentí con desgana. Pero tú no la catarás, pensé a continuación—. Oye, que te parece si salimos a cubierta a que nos de el aire. Así podrás fumarte un cigarro tranquilo —lo animé.

Él torció el gesto, como si no se fiara de mí o no le apeteciera salir a la cubierta. Así que tuve que convencerlo con la mejor arma de la que disponía en ese instante.

—Sé una forma de conquistar a Sonia para que se rinda en tus brazos.

Humberto sonrió con exageración y se encaminó a la trampilla de la bodega. Yo le seguí pegado a su espalda.

—Espera. —Se detuvo en el primer peldaño del escalón—. Cogeré el Kalashnikov por si nos ataca la sirena.

—Deja —le dije—, la sirena jamás podrá llegar a este barco y mucho menos subirse encima.

—¿Estás seguro? —dudó de mis palabras.

—Claro —afirmé en tono convincente—. Sonia, que es una experimentada veterinaria, me ha dicho que la sirena es una mutación de una morsa y como tal es imposible que pueda acceder a la cubierta de este barco.

Cuando llegamos arriba, Humberto se acodó en la barandilla y extrajo un Camel del bolsillo de su pantalón, ofreciéndome uno, que rechacé, luego se lo encendió y se quedó embobado mirando el océano.

—Esa tía —me dijo refiriéndose a Sonia—, es la más guapa que he visto en años. Y he visto muchas —añadió.

Yo le seguí la corriente y le mentí diciéndole que Sonia estaba loca por tirarse a un marinero como él.

—Le gustan los tipos duros —aseguré.

El efecto del Zolpidem comenzó a hacerle mella y vi como sus ojos se apagaban.

—Ha sido una jornada agotadora. —Soltó un enorme bostezo.

—Venga, echemos un trago y nos vamos a dormir —le dije, entregándole una botella de ron que cogí del armario que había a los pies del timón.

Antes había disuelto tres pastillas de Zopiclona que cogí del botiquín. Supuse que si la mezcla del Zolpidem y la Zopiclona con ron, no lo dormía, por lo menos lo mataría. Al cuarto cigarro y al tercer trago de ron, el tío se sentó en la cubierta y se estiró hacia atrás. Yo seguí hablando tratando de comprobar hasta cuánto aguantaría despierto. Cuando dejó de hablar le mencioné un par de veces a Sonia. En una de ellas le dije que la tía era una viciosa de cuidado.

—¿De qué Sonia hablas? —inquirió, frotándose la cabeza como si le doliera.

Esperé hasta que dejó de reaccionar, entonces supe que se había quedado roque.

Abrí la trampilla con precaución de no hacer ruido y cerré el pasador de nuevo, asegurándome de que la portezuela se quedaba cerrada. Humberto, cuando se le pasó el efecto de los hipnóticos, deambuló por la cubierta como un pato mareado hasta que Blas dio buena cuenta de él disparando con el Kalashnikov.

Junto al timón estaba el cuerpo del marinero tendido, y en la madera del suelo había un charco de sangre. Lo primero que pensé es que si lo arrojaba al mar, su cuerpo podía hallarlo algún

guardacostas. Así que lo mejor era enterrarlo en tierra firme.

Apoyados en la barandilla, de espaldas al océano, estaban Sonia, Blas y Marta. Los tres me miraban con la confusión dibujada en sus rostros.

—¿Por qué lo has matado? —me preguntó Sonia.

Yo quería decirle la verdad, pero tenía que hacerlo a solas. No quería que los viejos supieran que me quería quedar en esa isla para siempre. Ellos no lo entenderían.

—Ha sido un accidente —musité melancólico—. Un desgraciado accidente.

Luego comenté en voz alta mi idea de enterrarlo en tierra firme. Sonia fue la que objetó que no podíamos ir porque no sabíamos pilotar ese barco. Pero teníamos la barca. Así que arrastré al marinero y lo arrojé por la borda, cayendo medio cuerpo en la barca. Cuando llegué a la orilla, lo arrastré por la arena hasta la zona donde estaban sus dos compinches y dejé el cadáver al lado. En ese momento había una nube de moscas alrededor de los cuerpos.

No recuerdo muy bien quién hirió en la pierna a Blas. Creo que fue Sonia, pero también es cierto que el Kalashnikov estaba descargado y fui yo el que introduje un cargador nuevo después de disparar contra Humberto. Tampoco era importante quién hubiera disparado, porque ese viejo se merecía que le metieran varios tiros, solo por pesado y metomentodo. También era casualidad que solo se hubieran salvado del accidente de avión las tres únicas personas con las que tuve contacto durante el vuelo.

Esa noche la sirena estuvo merodeando alrededor del barco. Su obcecación en no dejar que saliéramos de la isla se había convertido en nuestro principal escollo. Desconozco qué pretendía nadando en círculos alrededor del Takdir, pero fuese lo que fuese no lo iba a conseguir. Nuestra voluntad era inquebrantable.

Cuando Sonia me dijo que podíamos ir los dos al yate y buscar ropa y perfumes, mis ojos se iluminaron ante la posibilidad de yacer allí esa noche. Un yate era un nido de amor perfecto para que dos jóvenes aventureros estuvieran toda la noche haciendo el amor. En ese instante ni siquiera recordé que el señor Smith estaba en el suelo, sangrando por la cabeza. ¿O quizá ya lo había arrojado por la cubierta? Ya no recordaba si lo hice en el primer viaje hacia el yate o en el segundo. Creo que la sirena también comenzó a influir en mis decisiones.

Sonia me había dicho que el Zolpidem que había en el botiquín del Takdir servía para dormir a un caballo. Tan solo tuve que deshacer una docena de pastillas en el agua que bebimos esa noche, para asegurarme que todos dormirían como marmotas.

La noche siguiente decidí aventurarme a recorrer la isla, aprovechando que había luna creciente y utilizando una de las linternas de Humberto. El día que estuvimos en el faro no les comenté nada a ellos, pero cuando me subí a la parte de arriba, observé una pequeña playa en la parte trasera de la isla donde en la arena había algo más que restos de algas. Siguiendo mi instinto, supe dar con ese pequeño rincón atajando por uno de los tramos del camino a la cima. Después de sortear un conjunto de hierbas tan altas como un árbol, me di de bruces con esa cala. Alguien construyó un pequeño puerto de madera donde debían anclar los barcos que traían provisiones para el faro, en los tiempos que funcionaba. Me subí con cautela, pues tenía miedo de que alguno de sus tablones se partiera y me cayera al agua. Erguido, encima de la madera, distinguí la silueta de la morsa. Supuse que ella comprendía mis intenciones. Fuera de esa isla no había nada, solo un mundo incivilizado donde el destino de cualquiera pasaba por trabajar deslomándose para pagar facturas. Pero allí tenía todo lo que necesitaba: cobijo, alimento y la compañía de Sonia. Y esa sirena era el garante de que nadie nos molestaría.

Uno a uno fui escudriñando los bultos que había esparcidos sobre la arena de la playa. Allí había bolsas de viaje, teléfonos móviles, chaquetas, bolsos, maletas, auriculares, libros y

cualquier objeto susceptible de transportarse en un viaje de avión o de barco. No sabría explicar por qué tuve un presentimiento y ese augurio se cumplió, pero el haz de la linterna iluminó la mochila de Sonia. Supe que era la suya por las pegatinas de ciudades europeas, como París o Londres. La abrí con nerviosismo y allí estaban sus pertenencias y entre ellas los iPod con los que escuchaba música en el viaje de avión. Evidentemente no funcionaban, porque se habían calado de agua, pero imaginé lo contenta que se pondría ella si los recuperara. En cierta manera, recuperar ese aparato de música era como un regalo. Los cogí y los aguanté en mi mano mientras seguí recorriendo la playa, buscando más objetos que fuesen útiles. En una maleta metálica hallé varias botellas de vidrio, algunas rotas, pero había una que parecía de esas que se usan para contener leche fresca, y estaba intacta. Desenrosqué el tapón y probé a introducir el iPod en su interior. Y mi sorpresa fue que cabía. Justo, pero cabía. Cuando regresé al Takdir, antes de introducirme de nuevo en la bodega, arrojé la botella con el tapón bien cerrado, en la parte lateral del barco. Deduje que por la mañana, cuando se despertaran todos, la botella no se habría alejado mucho y el hecho de hallar los iPod dentro, impresionaría a Sonia. Lo último que vi antes de cerrar la portezuela, fue a la sirena amontonando arena en la orilla de la playa, como si estuviera construyendo una carretera hacia nuestro barco.

—Estúpida —murmuré—. Cuando llegues aquí, nosotros ya estaremos viviendo en el faro, donde tú no puedes llegar.

El viejo vio unas huellas en la arena de la zona donde hallé la mochila de Sonia. El capullo parece ser que con los prismáticos veía de puta madre, así que comenzó a comerme la cabeza con que había alguien más en la isla. En la conversación que mantuvimos tuve la sensación de que él sospechaba algo. No sé, la forma en que me miraba y como insistió en que en la isla había alguien más, aparte de la sirena. No sabía cómo, pero sabía que tenía que deshacerme de él si no quería que acabara por delatarme. Esas huellas que dice que vio, eran las mías.

## Capítulo 45

El tío del yate se acercaba hacia nuestro barco en su moto acuática, y yo sabía que no podía dejar que lo hiciera por dos motivos: uno porque nos ayudaría a salir de la isla, algo que yo rechazaba de plano. Y el otro era que al contactar con nosotros sabría que estábamos allí y se lo podría contar a alguien. Cogí el Kalashnikov y lo apoyé en la barandilla del Takdir, mientras él se acercaba hacia nosotros. En cuanto lo vio, dio media vuelta y regresó a su yate.

Sonia se asomó por detrás de mí, surgiendo de la bodega del barco, y se interesó por el hecho de que ese hombre hubiera dado media vuelta. Le dije que vio a la morsa nadando desde la orilla de la playa y se asustó.

—Mierda de morsa —se quejó—. Al final va a ser cierto que no quiere que nos vayamos.

Una vez que convencí a Smith de que yo no tenía malas intenciones y que no le apunté con el Kalashnikov, como él sospechó en un inicio, sino que lo mostré porque lo tenía en la mano, me dejó acceder a su yate.

Se había quedado más tieso que una estatua de madera con los golpes del bate de béisbol. Había sangre por todas partes y sabía que no podía irme de allí sin deshacerme de su cadáver. En cualquier momento podría llegar otro barco o, incluso, Sonia podía aventurarse a viajar hasta el yate y no era plan que lo viera de esa guisa. La única forma que tenía de deshacerme de su cuerpo era arrojándolo por la borda. Pero tenía que sacarlo a la cubierta sin que Marta o Sonia, que estaban en la barandilla del Takdir, contemplándome con los prismáticos, lo vieran.

Entonces se me ocurrió que podía hacer acopio de provisiones de ese barco y decirle a ellas que el señor Smith me autorizó a que lo hiciera, ya que le sobran víveres como para regalarlos. En todo momento argumentaría su locura y ahí cabría cualquier estupidez inexplicable. Comencé a desplazar pertenencias del yate hacia la barca, por lo que ellas me verían arrastrando bultos por la cubierta. Uno de esos bultos era el cuerpo de Smith, amortajado convenientemente con la colcha de su cama. Lo lié con cinta de embalar americana que hallé en un cajón y lo arrojé al mar atándole la emisora del barco en los pies, que, por cierto, pesaba lo suyo. Ese no volvería a salir a flote, me dije.

Luego me di cuenta de que ese no era un buen plan, porque cualquier barco de pesca podría hallar el cadáver si pasara por allí faenando, así que cambié de planes y decidí trasladar su cuerpo a la orilla de la playa y dejarlo junto al de los marineros del otro barco. Antes comprobé que en la cubierta no estaban ni Sonia ni Marta. No sabía a dónde habían ido, pero seguramente se habrían introducido en la bodega.

La sirena me la había jugado arrastrando el Takdir hacia la parte trasera de la isla. Desconozco por qué lo hizo, pero comencé a pensar que quizá sí que tenía una inteligencia aventajada y esas acciones eran premeditadas y razonadas. La muy cabrona quería ponerme en evidencia ante ellos. No me importaba lo que pensarán el viejo y la vieja, pero sí me importaba lo que Sonia pudiera pensar de mí.

Nunca sospeché que alguno de los teléfonos móviles de las bolsas de la playa pudieran funcionar. Muchos de ellos llevarían allí años y los más recientes, como podían ser los pertenecientes al accidente de nuestro avión, habían estado tanto tiempo sumergidos en el agua, que dudaba de que pudieran ni siquiera encenderse. Pero la buena suerte quiso que el único, seguramente, que se encendía, fue el que me tocó revisar a mí. Cuando lo saqué de la bolsa y vi que la pantalla estaba iluminada, enseguida busqué el botón lateral para apagarlo. Lo pulsé durante unos agonizantes segundos hasta que la pantalla se apagó por completo, emitiendo el último fulgor final. Lo que más rabia me hubiera dado es que en ese último instante alguien

llamara a ese teléfono y comenzara a sonar.

El cabrón del viejo se percató de algo desde la cubierta y apuntó enseguida los prismáticos hacia donde yo estaba. Cuando me preguntó si ese teléfono que sostenía en mi mano funcionaba, mi corazón dio un vuelco. No sabía qué pretexto poner si me lo hubiera pedido para revisarlo él o si Sonia se hubiera acercado. Recuerdo que ella estaba a unos diez metros de donde me encontraba yo y si hubiera probado a encender el teléfono vería que funcionaba. Además, al igual que me pasó con el del señor Smith, este también tenía dos rayas de cobertura. Con dos rayas y una pizca de batería, hubiera sido suficiente como para avisar a emergencias y delatar nuestra posición.

No todo tenía que ser mala suerte, me dije. La noche antes de que la sirena arrastrara el barco hasta el muelle de la parte trasera de la isla, desanudé deliberadamente la barca, pensando que la brisa nocturna la alejaría de nosotros. Y sin esa barca, Sonia no podía acercarse hasta el yate. Y efectivamente, durante el traslado la barca se distanció tanto que ya no sabíamos donde estaba.

Me preocupó especialmente cuando Blas sugirió que podíamos estar en una especie de Show de Truman. Ese viejo era un hipócrita, porque yo sabía que también estaba interesado en Sonia. Si no fuese porque el disparo del Kalashnikov le destrozó la pierna, estoy convencido de que hubiera intentado ligársela. Estos viejos suelen ver muchas pelis porno y les apetece recrear con jovencitas alguna escena en la vida real. Mientras pensaba en eso, observé el interior de la bodega del Takdir. Era un sitio oscuro y lúgubre, con un insoportable olor a moho. Hacía frío y tanto el suelo como las paredes estaban llenas de cajas de madera y estanterías metálicas. Las cuatro colchonetas estaban extendidas en el suelo, apoyadas una contra otra, mugrientas, y había manchas de sangre en la madera que cayeron desde cubierta, colándose por las ranuras mal selladas. ¿Dónde habían ido? Me pregunté cuando me di cuenta de que estaba completamente solo.

No sé como di con las palancas necesarias para poner el motor en marcha y trasladar el barco los pocos metros que le faltaban para llegar al muelle de madera, en la parte trasera de la isla. La brisa lo había distanciado de donde lo dejó Humberto, cuando descendieron los dos marineros, y si no lo acercaba de nuevo, acabaría por perderse en alta mar. Mientras avanzaba con cuidado, de no colisionar contra el muelle, contemplé a la sirena navegando a mi lado. Ella siempre estaba allí y se había instituido en una extensión de mi conciencia. Sabía en todo momento en qué estaba pensando y vaticinaba cuál sería mi reacción ante cualquier imprevisto que pudiera surgir en esa isla.

—¿La habéis visto? —les pregunté emocionado.

Los dos viejos y Sonia me miraban desde la orilla, como si no dieran crédito a lo que yo estaba haciendo. Había conseguido mover el Takdir yo solo, sin la ayuda de ningún marinero.

—¡Allí! —señalé con mi mano—. Allí está la sirena pendiente de todo lo que hacemos. ¿No la veis?

El rostro de Sonia se entristeció. Y yo me entristecí con ella. No soportaba verla así, agobiada.

—¿Está bien, señor? —me preguntó un militar mientras me alumbraba con una aparatosa linterna.

Mis pies desnudos estaban apoyados en la puerta del faro. Comenzaba a amanecer y los rayos de sol se reflejaban en uno de los espectáculos más hermosos que vi jamás.

—Sí. Sí —balbuceé extenuado.

—Han aparecido tres cadáveres más —escuché que gritaba alguien a lo lejos.

—¿Dónde? —les preguntó el militar que estaba hablando conmigo.

—En el camino que lleva hasta aquí —respondió.

—¿Es usted Javier Pascual?

—Sí, soy yo.

—Creíamos que ya no lo íbamos a encontrar —me dijo con tono marcial—. Llevamos todo el fin de semana buscándolo, desde que saltó del crucero que visitaba las islas. Habíamos perdido la esperanza de hallarlo con vida.

—Eso no es posible —musité apesadumbrado—. También se ha salvado Sonia. Y Marta. Y Blas. Tienen que estar por aquí —afirmé tocándole el brazo—. ¿Han mirado en el barco?

Detrás de ese militar había dos soldados más, armados con fusiles de asalto. Percibí como se miraron entre ellos y bascularon la cabeza levemente.

—No se preocupe, señor Pascual —me tranquilizaron—. Le vamos a llevar a un hospital para que le curen sus heridas. Esa pierna tiene mal aspecto. Y tendrá que explicarle a la policía cómo murieron los tres marineros del barco que está anclado en el muelle. Y también el único tripulante del yate de la costa y el farero.

—No me gusta su tono —le dije sin poder averiguar cuál era su cargo, ya que desconocía los galones que llevaba en la hombrera—. En cuanto hallen a la sirena, todo se aclarará.

Los tres militares se volvieron a mirar. Pero no dijeron nada.

—Sí, ya sé lo que están pensando, que estoy loco. Pero eso es lo que ella quiere que piensen ustedes de mí. Se ha estado riendo de nosotros todo este tiempo. ¿La han visto? Es sencillo encontrarla, solo tienen que esperar a que anochezca y verán como surge del océano y se sube a esa roca —traté de señalar con mi mano hacia la playa, pero un militar me lo impidió—. Ella está allí, expectante, rigiendo el destino de todos nosotros.

Los soldados me acompañaron a una barca que había en la playa. Al fondo vi un buque de guerra. En la playa había cinco cadáveres cubiertos por mantas, uno al lado de otro. No necesité verlos para saber que eran los tres marineros del Takdir, el señor Smith y el farero. Mientras subía, con mis manos esposadas en la espalda, contemplé a la sirena alejándose nadando sobre la superficie del océano, dejando una estela de soledad. Solo yo sabía que a esos hombres los había asesinado ella.

—Un momento —dijo uno de los soldados, antes de introducirme en una celda del buque—. Déjeme que compruebe que no lleva usted nada encima con lo que se pueda lastimar.

Descorrió la cremallera del bolsillo de mi chaqueta y metió la mano.

—¿Qué es esto? —me preguntó.

Vi como en sus manos sostenía un iPod.

—Rock Island —murmuré.

\* \* \*

## **Nota del autor**

Querido lector, espero y deseo que haya disfrutado de esta novela, y de ser así, le agradecería que la valorara y/o comentara en [amazon.es](https://www.amazon.es) o [amazon.com](https://www.amazon.com), para que de ese modo otros lectores puedan conocer y compartir sus opiniones.

Gracias, y nos vemos en la próxima aventura.

Si quiere saber más, puede buscarme en:  
[www.estebanvarro.es](http://www.estebanvarro.es)

## Sumario

[Capítulo 1](#)  
[Capítulo 2](#)  
[Capítulo 3](#)  
[Capítulo 4](#)  
[Capítulo 5](#)  
[Capítulo 6](#)  
[Capítulo 7](#)  
[Capítulo 8](#)  
[Capítulo 9](#)  
[Capítulo 10](#)  
[Capítulo 11](#)  
[Capítulo 12](#)  
[Capítulo 13](#)  
[Capítulo 14](#)  
[Capítulo 15](#)  
[Capítulo 16](#)  
[Capítulo 17](#)  
[Capítulo 18](#)  
[Capítulo 19](#)  
[Capítulo 20](#)  
[Capítulo 21](#)  
[Capítulo 22](#)  
[Capítulo 23](#)  
[Capítulo 24](#)  
[Capítulo 25](#)  
[Capítulo 26](#)  
[Capítulo 27](#)  
[Capítulo 28](#)  
[Capítulo 29](#)  
[Capítulo 30](#)  
[Capítulo 31](#)  
[Capítulo 32](#)  
[Capítulo 33](#)  
[Capítulo 34](#)  
[Capítulo 35](#)  
[Capítulo 36](#)  
[Capítulo 37](#)  
[Capítulo 38](#)  
[Capítulo 39](#)  
[Capítulo 40](#)  
[Capítulo 41](#)  
[Capítulo 42](#)  
[Capítulo 43](#)  
[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)  
[Nota del autor](#)  
[Más novelas](#)

## Más novelas

Rock Island (2020)  
Verdugos (2020)  
Natasha (2020)  
El ajedrecista (2020)  
La rubia del Tívoli (2019)  
El cónsul infiltrado (2019)  
El apagón (2018)  
Penumbra (2018)  
La marca del pentágono (2018)  
El club de la élite (2017)  
Una historia de policías (2017)  
El reactor de Bering (2017)  
Ángeles de granito (2016)  
La gárgola de Otín (2016)  
Los ojos del escritor (2016)  
Diez días de julio (2015)  
La puerta vacía (2015)  
Los crímenes del abecedario (2014)  
El buen padre (2014)  
La noche de los peones (2013)  
Los fresones rojos (2013)  
La casa de enfrente (2012)